

RICARDO SADA

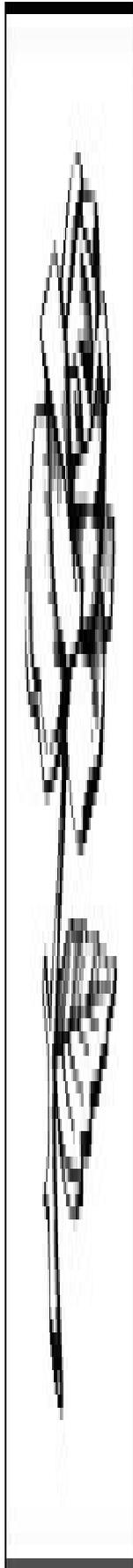
*Consejos para  
vivir la Santa Misa*



**PATMOS**  
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

# CONSEJOS PARA VIVIR LA SANTA MISA



RICARDO SADA

# CONSEJOS PARA VIVIR LA SANTA MISA

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID© 2019 by RICARDO SADA

© 2019 de la presente edición, by EDICIONES RIALP, S. A., Colombia, 63, 28016 Madrid (www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (edición impresa): 978-84-321-5140-8

ISBN (edición digital): 978-84-321-5141-5

Depósito legal: M-18903-2019

ePub realizado por Anzos S.L. - Fuenlabrada - Madrid

La liturgia y la catequesis son las dos mordazas de la tenaza con la que el demonio quiere arrancar la fe al pueblo cristiano y apoderarse de la Iglesia para destruirla y aniquilarla definitivamente.  
(Cardenal CHARLES JOURNET)

Hoy está claro que en la liturgia se ventilan cuestiones tan importantes como nuestra comprensión de Dios y del mundo, nuestra relación con Cristo, con la Iglesia y con nosotros mismos: en el campo de la liturgia nos jugamos el destino de la fe y de la Iglesia.  
(Cardenal JOSEPH RATZINGER)

## PRÓLOGO

Este no es un libro de liturgia, en el sentido teológico de la palabra. No aborda discusiones eruditas sobre tal o cual enfoque cultural o determinada praxis litúrgica. Quiere ser, sencillamente, una recopilación de experiencias propias y ajenas, antiguas y modernas, que quizá podrían servir a alguien para vivir mejor la Misa.

Responde ante todo a una necesidad personal. Lo he escrito fundamentalmente para mí. Porque al final de cada Misa suelo experimentar una sensación de cortedad. Como si tan solo hubiera *sobrevolado* la celebración. ¿Conciencia de lo sagrado? ¿Recogimiento profundo? ¿Participación personal en el Sacrificio?

Por eso quise recoger algunas ideas que me ayudaran a desentrañar un poco más las infinitas riquezas de la celebración. Porque mis treinta o treinta y cinco minutos de cada Eucaristía siempre corren el riesgo de ser rutinarios, distraídos, incluso motivo para fomentar mi necia vanidad. ¿No estaría yo abusando de tanta paciencia de la Víctima divina, y de tanta tolerancia del Padre celestial? ¿No se enfadarán conmigo los ángeles que adoran mientras yo divago? ¿No le dolerán a María mis faltas de concordia con Ella cuando sufre el acerbo dolor de la Crucifixión que no comparto? ¿Y no sería, al cabo, una especie de Pasión repetida para Jesús mi Misa vivida sin suficiente fe ni fervor?

Sé que nunca celebraré *bien*. Para hacerlo necesitaría sintonizar con el mismo Corazón de Cristo. Sé también que quizá los asistentes no saldrán de la celebración con la profunda conciencia de haberse unido a la creación entera en la Liturgia celestial encabezada por el Cordero inmolado. Y sé también que la inmensa mayoría de los cristianos no va a Misa, ni siquiera para el cumplimiento del precepto dominical. Y todo esto, lo que me acontece a mí y a mis hermanos sacerdotes, lo que ocurre al pueblo piadoso y al menos piadoso, sé que tiene como razón definitiva la inconsciencia ante el prodigio. ¡Si supiéramos...!

Tendríamos que consignar aquí una honrosa excepción en aquello de participar bien en Misa. Hay alguien que asiste a todas, y que en todas participa *bien* —e incluso *muy bien*—. Es aquella que corredimió con su Hijo al pie de la Cruz. Solo Ella. Los demás tenemos que plantearnos siempre una mejor Misa. Y por esto, decía, pensé escribir estas páginas. Quizá iluminen algún aspecto del inmenso Misterio, y todos podamos apreciar un poco menos mal el gran don que nos ha regalado Dios.

## I. IR A MISA, ESTAR EN MISA, PARTICIPAR EN MISA

*No se trata de recitar oraciones durante el Misa; se trata de rezar la Misa misma*<sup>1</sup>.

Hay muchas razones —y actitudes muy diversas— en quienes *van* a Misa. Unas mejores que otras, unas con aprovechamiento enorme y otras con escaso fruto, e incluso con ninguno. A veces hasta con resultados contraproducentes, como la de quien, en su infancia, fue *obligado* a asistir muchas veces a Misa y suele comentar que «ya pagó por todas las Misas de su vida».

Sabemos también que el Concilio Vaticano II insistió en la importancia de una verdadera *participación* de los fieles en la liturgia, y le adosó a dicha participación diversos adjetivos: «Consciente, activa, fructuosa, plena, piadosa, fácil...»<sup>2</sup>. Pero, ¿cómo lograr que ese objetivo no se limite tan solo a una mayor colaboración externa de los feligreses —llenando de “actores” el presbiterio—, sino a una verdadera *participación*?

«El Concilio Vaticano II propuso como idea directriz de la celebración litúrgica la expresión *participatio actuosa*... Desgraciadamente, esta expresión se interpretó muy pronto de una forma equivocada, reduciéndola a su sentido exterior: a la necesidad de una actuación general, como si se tratase de poner en acción al mayor número posible de personas, y con la mayor frecuencia posible»<sup>3</sup>.

Buscando una mejor comprensión de lo que podría significar la *participación activa*, quizá nos sirva recordar la antigua forma celebrativa de la Misa. La Misa era un acto de culto al que bastantes fieles asistían *para estar*. Ellos no oían lo que decía el celebrante, o si lo oían no lo comprendían (el dominio del latín había desaparecido casi por completo fuera de los círculos eclesiásticos). Sin duda que su *estar* era un estar devoto, un estar lleno de fe. Pero durante la celebración ellos iban por su cuenta, rezando el rosario o cumpliendo alguna otra devoción<sup>4</sup>. El desarrollo de la Misa, el sentido propio de la celebración, les resultaba ajeno, inteligible en todo caso para el celebrante. Es verdad que percibían el momento de la Transustanciación, y cuando sonaba la campanilla se ponían fervorosamente de rodillas ante la llegada del Señor. Ellos creían firmemente que Jesús estaba ahí, y en muchos lugares, ante la elevación del Pan y del Vino, repetían las palabras de Tomás: *¡Señor mío y Dios mío!* Ellos creían firmemente que Alguien estaba allí, pero estaba para ser llevado al sagrario y ser pan y banquete para ellos.

¿Daban nuestros abuelos a la Misa el sentido no solo de la presencia del Señor, sino también de su Inmolación? ¿O carecían —en su aislamiento audible e inteligible de los ritos—, de una verdadera conciencia del Sacrificio? ¿Conocían que ese Cuerpo y esa Sangre levantados sobre el altar eran Víctima y Hostia para Dios?

Al proponer la nueva liturgia de la Misa, quiso el Concilio recordar a los fieles que su *participación* en el sacrificio provenía del *carácter* recibido en el bautismo, carácter que les permite ejercer su sacerdocio real participando en el culto a Dios. La participación exterior debía ser consecuencia y reflejo de la interior. Debían

participar en el ofrecimiento de esa Víctima uniéndose a los sentimientos de Aquel que se ofrece.

De manera que el modo de *estar* —porque para participar antes hay que *estar* verdaderamente, es decir, tomar conciencia del estar— ha de trascender la pasividad, el aislamiento, la dispersión, la superficialidad... en definitiva, la falta de concordia con la Víctima del Calvario. Pero... ¿cómo lograrlo?

#### COINCIDIR CORAZONES

*Quienquiera que ofrezca un sacrificio, debiera llegar a ser verdadero participante en él, porque el sacrificio externo que se ofrece es una muestra del sacrificio interno por el cual uno se ofrece a Dios. De ahí que por el hecho de participar en el sacrificio, el oferente manifiesta que realmente participa del sacrificio interior*<sup>5</sup>.

«Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que Cristo en el suyo»<sup>6</sup>. Tal recomendación vale para cualquier situación, pero es lógico que se intente más hondamente en el momento cumbre de la vida del Señor. Coincidir corazones es la clave del amor, que es *unio affectus*<sup>7</sup>, unión de corazones (*junta de voluntades por el amor*, según la expresión de los místicos castellanos). Participar en Misa implica la unión de corazones, y el nuestro debe intentar coincidir con el de Jesús cuando realiza su Sacrificio.

En primer lugar, busquemos esa coincidencia en el motivo fundamental que lo lleva al Calvario: el de adorar a su Padre. En realidad, toda la vida del Señor fue una constante rendición de alabanza, gratitud y adoración al Padre celestial, a quien deseaba glorificar<sup>8</sup>. Y esta actitud suya ha de ser también nuestra, y se ha de reflejar en cada una de nuestras acciones, pero aún más, repetimos, en la Santa Misa. Ahí vamos, ante todo, a adorar al Padre.

La liturgia eucarística, cuando concluye la parte central o Plegaria Eucarística —sea una u otra de las previstas—, termina siempre con una oración que da pleno sentido a todas las oraciones anteriores. El celebrante eleva un poco sobre el altar la patena con el Cuerpo del Señor y el Cáliz que contiene su Sangre, y dice enfáticamente: *Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria. Por los siglos de los siglos. Amén.*

Al Padre, todo honor y toda gloria. Sí, la coincidencia de corazones del fiel —y de toda la Iglesia que celebra—, ha de darse en esta actitud fundamental: el primer motivo de «ir a Misa» es advertir el Corazón de la Víctima que glorifica al Padre. Después vendrán otros motivos presentes en ese Corazón: la remisión de los pecados, la petición, la gratitud. Pero este primero es el esencial, el acto de culto fundamental, el cumplimiento del primer precepto y de la primera justicia. Porque toda justicia se cumple con la glorificación al Padre: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados»<sup>9</sup>.

#### VÍCTIMA CON LA VÍCTIMA, HOSTIA CON LA HOSTIA

Ruega para que tu hermano no sea nunca sacerdote sin ser víctima<sup>10</sup>.

Además del deber de glorificación al Padre, nuestra participación ha de incluir los otros motivos presentes en el corazón del Crucificado. Porque la Santa Misa es un verdadero y propio sacrificio. El verbo *sacrificar* admite dos acepciones. La primera, *hacer desaparecer*, y así decimos que desaparece la vida de un animal cuando es llevado al matadero para que lo sacrifiquen. O bien, que desaparece nuestro yo cuando nos humillamos, o que desaparece nuestra voluntad cuando se rinde a la de otro. La segunda acepción del verbo sacrificar hace referencia a *hacer sagrado* algo: *sacrum-facere*.

Podemos identificar los dos sentidos del verbo *sacrificar* con dos sustantivos. En el primero hablamos de víctima; en el segundo, de *hostia*. Ambas realidades están presentes en el Corazón del Señor durante su sacrificio, y han de estar presentes también en el corazón del celebrante y en el de los fieles que participan en Misa.

Hemos de llevar, para sacrificarla, la parte menos recta de nuestra vida y la de toda la humanidad. Quizá nunca como en los tiempos presentes se acumulan cada día carretadas de pecados gravísimos a lo largo y a lo ancho del Planeta. Siempre ha habido abortos, pero nunca se había facilitado y promovido en legislaciones, subvenciones y apoyos públicos ese crimen horrendo. Siempre ha habido clérigos indignos, pero nunca como ahora prolifera la promiscuidad sexual y homosexual en ministros que se convierten en sacrílegos traficantes de lo sacro. Siempre ha habido personas entregadas a Dios que traicionan su vocación, pero nunca como ahora se había visto la incoherencia y la falta de contrición en aquellos que deberían dar testimonio de santidad de vida. Siempre ha habido jerarcas que no han estado a la altura de su dignidad, pero nunca como ahora se ha manifestado una confusión y una pérdida de dirección en su magisterio y en su vida personal. Siempre ha habido espectáculos inmorales, pero hoy le basta un *click* al demonio para corromper instantáneamente mentes y corazones. Siempre ha habido asesinos y perversos, pero ahora campea el crimen organizado y el narcotráfico se ha convertido en plaga endémica. La Víctima asumirá todo eso en su propia Persona para hacerlo desaparecer. E iré también ahí yo, pues en cada Misa aporto mi carga de males. Junto con mis pecados, mis traiciones, mis infidelidades, estarán ahí los pecados que más hieren al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María: los de sacerdotes sacrílegos. Pero antes de señalar con mi mano los crímenes más abominables, advertiré que mientras dirijo mi dedo índice señalando a los grandes pecadores, tres dedos de mi mano doblados sobre sí mismos apuntan hacia mí. Yo soy el abortista, el perverso, el incoherente, el traficante de lo sacro. Por eso me encuentro enormemente aliviado al saber que todo eso lo asumirá Jesús sobre sus hombros para purificarlo con su Sangre.

Ahí estarán, pues, todas las miserias imaginables, comenzando por las mías, incluidas aquellas que me han pasado inadvertidas. Quizá en el momento de mi muerte se abra ante mis ojos la verdad de que nada he hecho con absoluta pureza de intención, sino que he buscado solapadamente mis propios intereses, aun en mis mejores empresas. Estarán ahí también mis inclinaciones torcidas, mi carácter

difícil, mis miedos y mis angustias, mis pecados de alcance singular y también los que han tenido repercusiones sociales, cuya extensión no alcanzo siquiera a vislumbrar. Los daños que con ellos he ocasionado a mi comunidad parroquial, a mi familia, a la Iglesia, a la Humanidad. Y a mis tendencias torcidas añadiré mis innumerables omisiones, que no me atrevo siquiera a contabilizar. Y junto con los míos, los pecados de todo hombre de toda época. Nada debe excluirse, nada debe quedar fuera del altar. Todo debe llevarse ahí para *sacrificarlo*, para hacerlo desaparecer, para convertirlo en ceniza. El Cordero ha cargado ese enorme fardo y ahora lo sacan de la ciudad para sacrificarlo fuera...

Pero he de llevar también la segunda mitad de mi vida, la buena. Y las innumerables obras buenas de todos los hombres, mucho más abundantes que las malas. Y todas, para sacrificarlas también, pero no haciéndolas desaparecer, sino promocionándolas. Sería una pena que todos los esfuerzos rectos, que todos los hombres de Iglesia santos y abnegados, que la entrega de miles de mujeres dedicadas a servir a Dios en los más necesitados, que el abnegado trabajo de una madre de familia, que la enfermedad aceptada, que la injuria perdonada, que la gratitud manifestada, que las limosnas pequeñas y grandes, sería una pena, decíamos, que todo eso fuera bueno con la sola bondad natural, con una bondad que no diera el salto a la eternidad. Cristo no solo llevó al Calvario la suma de pecados de todos los hombres, sino que llevó también todo lo bueno para santificarlo: «Y Yo, cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí»<sup>11</sup>. Y nosotros *participamos* en Misa también cuando unimos la parte buena de nuestra vida y de las vidas de todos a esa Hostia que siempre es *santa, pura y agradable a Dios*. Entonces entenderemos mejor la expresión de san Josemaría Escrivá cuando hablaba de «hacer una Misa de cada jornada», y tendremos la alegría de saber que de ese modo «resultará divino lo más elemental»<sup>12</sup>.

«En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, da a todas a las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda»<sup>13</sup>.

#### ALGUNOS OBSTÁCULOS PARA LA PARTICIPACIÓN

¿Con qué obstáculos podríamos toparnos para una adecuada *participación*? Sin duda que con muchos, comenzando por nuestra falta de fe. O, en ocasiones, incluso con la ausencia de la gracia santificante en nuestra alma. O la falta de preparación, las distracciones, o los motivos menos rectos que nos llevaron a ella... Pero detengámonos por ahora en tres: la rutina, el sentimentalismo, la banalización.

##### a) *La rutina*

Las actividades reiteradas, la constante convivencia con una o con las mismas personas, la idéntica ocupación laboral, el encontrar en nuestro propio yo una y otra vez las mismas faltas... Todo ello podría ocasionarnos desaliento y hastío. Se cierne entonces el fantasma de la rutina, «sepulcro de la verdadera piedad»<sup>14</sup>.

Participamos en Misa todos los domingos, e incluso con mayor frecuencia. Ahí encontramos una ceremonia que en esencia es siempre idéntica: se repiten la mayoría de los textos y se realizan las mismas acciones. Incluso las partes variables son semejantes en su estructura, vocabulario y configuración. Cuando se ha seguido la Misa durante muchos años, la experimentamos como algo de sobra conocido.

Puede entonces surgir la sensación de monotonía. Levemente al principio, más fuerte y persistente después. Nos acecha una crisis de aburrimiento y tedio, y nos ronda la tentación de abandonarla. Al fin y al cabo, siempre habrá cosas más divertidas en qué ocuparse.

Abandonarla no es la solución. La Misa es «el centro y la raíz de la vida interior»<sup>15</sup>, es decir, el centro y la raíz de nuestra historia personal con Dios. Es, además, el culmen de la vida toda de la Iglesia, lo que da sentido a la suma de los esfuerzos pastorales, misioneros, evangelizadores, ecuménicos... Abandonarla sería tanto como caer en un marasmo creciente de insensibilidad ante lo divino. Debemos, por tanto, convencernos absolutamente que la Santa Misa pertenece, de una vez para siempre, a nuestra vida misma. Que forma parte imprescindible de ella, tanto o más que el alimento que nos nutre o el sueño que repara nuestras fuerzas. Ese tomar conciencia de que es algo definitivo e insoslayable nos proporcionará una energía particular. La asistencia a Misa, al menos a la dominical, es algo que no se discute, algo que está por encima de cualquier vaivén.

Además del *consejo* anterior, nos atrevemos a dar otro: *descubrir alguna novedad* en cada celebración. Que cada Misa sea «un cántico nuevo para el Señor»<sup>16</sup>. Pero... ¿cómo puede ser nuevo un cántico que trata siempre el mismo texto, idéntica melodía, los mismos intérpretes? La respuesta es sencilla: porque ha de ser nueva la fe y nuevo el amor, porque es nuevo el deseo de encontrar, en el misterio insondable de Cristo, alguna revelación de su grandeza y de su don.

El encanto de la novedad pertenece a la esencia misma de la vida. La novedad no consiste en hacer algo que antes no se hacía, sino en concebirlo de modo distinto, impulsados por la inagotable acción del Espíritu divino. La clave es la disposición interior. Con ella se rompe la monotonía de lo ya visto y realizado muchas veces, para comenzar una aventura nueva, un «cántico nuevo para el Señor». Y esto es particularmente cierto en la Misa que es, en sí misma, inagotable.

«La rutina y la monotonía expresan que las cosas, actividades e incluso que los hombres mismos, solo tienen una medida limitada del sentido y de la realidad, por lo cual imprevistamente se ven obligados a llegar un punto a partir del cual no pueden decir nada nuevo, y en lugar del interés que los incita, tienen que recurrir a la fidelidad. Pero aquí hay algo completamente diferente. Con quien nos encontramos en la Misa es con Cristo y su obra redentora, es decir, con el Logos en su significación divina e ilimitada y con su amor inagotable»<sup>17</sup>.

Chesterton decía que «en esto consiste la felicidad que dan los niños, en que con cada uno de ellos las cosas son creadas de nuevo y el universo es puesto de nuevo a prueba». Sí, quizá debemos recobrar la estatura de la infancia para ver cada Misa con ojos nuevos. Con la Misa nos sucederá lo mismo que con la eternidad, que será

siempre la misma pero será también siempre diferente. El Amor divino es infinito, y cada uno está llamado a penetrar en él sin atinar jamás con ninguno de sus límites. Sencillamente porque no los tiene.

#### *b) El sentimentalismo*

La liturgia eucarística no apela al sentimentalismo. Es verdad que el sentimiento puede ayudar, pero la estructura de la Misa no busca prioritariamente favorecer el sentimiento. Lo que busca es dar razón de nuestra fe.

La Misa es la actualización del sacrificio de Cristo. Podría haberse enmarcado la celebración con una escenificación dramática de esos terribles momentos. Podría haberse recurrido a resaltar el horror y la crueldad de la Pasión. En el desarrollo de la celebración se podría estar haciendo continua referencia a Jesús y a su Amor oblativo. Pero no. La Iglesia recibió del Señor un encargo específico: *Haced esto en conmemoración mía*, y lo cumple fielmente a través de los siglos. Pero, ¿de qué manera?

Con el puntual desarrollo de un austero acto litúrgico. Los textos de la Misa, principalmente en la parte esencial, son breves y claros, revestidos de una profunda emoción, pero a la vez serenos y respetuosos. No se recurre en ellos a imágenes estremecedoras que permitan experimentar lo horrendo, el desamparo, la desolación, el abandono de la Víctima incluso por su propio Padre. Porque lo que priva en la Misa son las razones de nuestra fe (*¡Este es el Sacramento de nuestra fe!*), y sería un camino equivocado buscar la solución fácil del sentimentalismo.

Las razones de la fe no están sujetas a las oscilaciones del sentimiento. Es la verdad de fe la que comunica a la oración su vigor y su estabilidad. Y si esto es importante en la oración individual, lo es más en la oración comunitaria, por su natural tendencia a contagiar emotividad. Nuestra manera de vivir la Misa se apoya en una base dogmática y racional. Apelar al sentimentalismo —por ejemplo, con cánticos y melodías empalagosas—, podría oscurecer la hondura de la fe, dejándonos en la superficialidad de lo sensible. No es que lo emotivo sea malo, sino que entraña un riesgo: el de ubicar en la emotividad la razón última de nuestra participación. «La verdad os hará libres»<sup>18</sup>.

#### *c) La banalización*

Es quizá la industria del espectáculo lo que más contribuye a magnificar lo trivial... y a trivializar lo importante. Millones de dólares o de euros se mueven detrás de las finales deportivas, y otros millones —en este caso, de personas— tienen el alma en vilo ante el viaje de un balón anidado en unas redes. O trasladado de aquí para allá yardas más, yardas menos.

Lo que tiene objetivamente un valor igual a cero puede convertirse, subjetivamente, en algo de valor inmenso.

Y al revés. Lo que objetivamente tiene valor infinito puede, subjetivamente, ser banalizado. La banalización corre pareja a la pérdida del sentido de lo sagrado, que es la pérdida del sentido de Dios. Y no es un secreto para nadie que la liturgia católica ha sufrido, de muchos modos, el embate de una perniciosa dimensión

reductiva del misterio, dimensión que oscurece que las celebraciones no sean tanto nuestras como de Dios<sup>19</sup>.

Detrás de las distintas maneras de concebir la liturgia hay, como de costumbre, maneras diversas de entender la Iglesia y, por consiguiente, a Dios y las relaciones del hombre con Él. El tema de la liturgia no es en modo alguno marginal; ha sido el Concilio quien nos ha recordado que tocamos aquí el corazón de la fe cristiana<sup>20</sup>.

En este sentido, resulta conmovedora la confianza de Benedicto XVI. Como es sabido, su especialidad teológica no era precisamente la liturgia, sino la patristica. Pero, advirtiendo el oscurecimiento del primado de Dios en los modos celebrativos, dijo: «No me interesaban los problemas específicos de la ciencia litúrgica, sino la fundamentación de la liturgia en el acto fundamental de nuestra fe y por tanto en su lugar en nuestra existencia humana». Son palabras tomadas del Prefacio al primer tomo de sus *Obras completas*<sup>21</sup>. Y en un discurso en la Abadía de Heiligenkreuz del 9 de septiembre de 2007, decía: «En toda forma de esmero por la liturgia, el criterio determinante debe ser la mirada puesta en Dios. Estamos en presencia de Dios; Él nos habla y nosotros le hablamos a Él. Cuando, en las reflexiones sobre la liturgia nos preguntamos cómo hacerla atrayente, interesante y hermosa, ya vamos por mal camino. O la liturgia es *opus Dei*, con Dios como sujeto específico, o no lo es».

Ejercitémonos, pues, en todo aquello que puede sumergirnos en el ámbito de la sacralidad: nuestro sujeto específico es Dios. Para aumentar la conciencia de lo sagrado pueden resultar útiles algunos considerandos, sencillos pero elocuentes: guardar silencio —o, si es preciso hablar, hacerlo en voz muy queda—, dirigir nuestra vista no tanto al celebrante cuanto al crucifijo, acercarnos a comulgar con piedad (venciendo los respetos humanos) y la mirada baja, evitar aquellas celebraciones en las que se introducen arbitrariamente modificaciones en las plegarias de la Misa o se acompañan con música de vodevil. O bien aquellas en que la falta de preparación de los acólitos o la mala dicción de los lectores produce inevitables distracciones, o en las que la homilía discurre por temáticas a ras de tierra... La Santísima Trinidad, la humanidad de Cristo en el Cielo, María Inmaculada, san José, los coros angélicos y el ejército de los bienaventurados son los espectadores de este Drama. Porque la liturgia no *se hace, se recibe: es actio Dei*.

## I.

SAN PÍO X. Cit. en ROMANO GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 7.

«Para asegurar esta plena eficacia es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano. Por esta razón, los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no solo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente» (Const. *Sacrosanctum Concilium* n. 11). El n. 14 habla de participación plena, consciente y activa; el n. 48 de consciente, piadosa y activa; el n. 79 de participación consciente, activa y fácil.

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 195.

San Francisco de Sales aconsejaba a la abadesa del Puits d'Orbe que «durante la Misa, más que cualquier otra oración vocal, recéis piadosamente vuestro rosario; podréis interrumpirlo en el Evangelio, en el Credo, en la Elevación, y reanudarlo luego en donde lo hayáis dejado» (*Cartas*, edición de Annecy, t. II, p. 334).

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, q. 83, a. 4.

*Filipenses* 2,5.

La *unio affectus* es la característica que distingue el amor verdadero, ya que este «lleva consigo la unión afectiva del amante y del amado, de modo que el amante juzga al amado como unido a él o como perteneciéndole, por lo que se mueve hacia él» (*Suma teológica*, II-II, 27,2).

*Padre, glorifica a tu Hijo, como tu Hijo te ha glorificado a Ti* (Jn 17,1). Jesús pronuncia estas palabras en la inminencia de su Pasión.

*Mateo* 5,6.

Carta de mons. D'Hulst a su hermana. Maurice Le Sage d'Hauteroche d'Hulst (1841-1896), notable predicador y escritor francés, fue fundador del Instituto Católico de París.

*Juan* 12,32.

Cit. en PEDRO CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Rialp, 1994.

*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1368.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 551.

«Lucha por conseguir que la Santa Misa sea el centro y la raíz de tu vida interior» (SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 69).

*Salmos* 40,3; 96,1; 98,1; 145,9.

ROMANO GUARDINI, *Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 78.

*Juan* 8,32.

Un pensador agnóstico y mordaz decía que lo que él reclamaba a la Iglesia católica de los últimos decenios no es que hubiera perdido la fe, sino que hubiera perdido el teatro.

JOSEPH RATZINGER, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985, p. 132.

BAC, Madrid 2012.

## II. DESCIFRAR EL ALMA DE LAS COSAS

*Un cura no es un «showmaster», ni la liturgia una «variété». También quedará mal si pretende hacer una especie de tertulia amena... debe dejar claro que se abre aquí una dimensión de la existencia que todos buscamos secretamente: la presencia de lo que no se puede fabricar, la teofanía, el misterio...<sup>22</sup>*

### ABRIRSE AL MISTERIO

La Misa es *actio Dei* y, por tanto, misterio de fe. Saber vivirla no será otra cosa que hacer una y otra vez intentos por incursionar, desde la fe, en el misterio.

Incursionar en el misterio de la Misa supondrá adentrarnos en un mundo nuevo, mucho más maravilloso de lo que nunca hubiéramos imaginado. Aunque no *sintamos* nada, debemos plantearnos, al asistir a ella, trasponer «la puerta de la fe»<sup>23</sup>. El peligro es no trascender. Porque, a fuer de sencilla y cotidiana, podemos vivirla como un evento más de nuestra jornada. En la celebración eucarística lo patente es mucho más pobre que lo latente. La Misa es lo más opuesto al teatro o a los efectos especiales de las películas de Hollywood (donde aparentemente suceden cosas, cuando en realidad no sucede nada). En la actuación teatral y en los efectos especiales todo es fingido. De ahí que cada celebración eucarística sea, en su parte fundamental —la liturgia sacrificial o eucarística— esencialmente idéntica, sin ningún artificio o montaje sobreañadido. La Misa no es un tinglado, o al menos no debería ser. El sacerdote no ha de introducir originalidades, ni pretender competir con el negocio del espectáculo.

Recordemos que, en su sentido original, *misterio* es algo oculto, recóndito, reservado. No es sinónimo de *enigma*, de *incógnita*. Hay muchos enigmas que no han sido resueltos, como las enormes piedras en Stonehenge, monumentos enclavados en la llanura de Salisbury. ¿Qué grupo humano las construyó? ¿Qué técnicas utilizaron? Ese enigma permanece a pesar de las muchas teorías formuladas. Pero la Misa no es un enigma, sino una explosión de luz tan potente que excede nuestra capacidad de comprensión. La Misa es el misterio que hace presente el Único y Eterno Sacrificio de Cristo en el Calvario.

De manera que, aunque nuestras Misas puedan subjetivamente discurrir por un cauce o por otro, intentemos en cualquier caso recordar que estamos introduciéndonos en otra dimensión, en la dimensión de lo que escapa a lo sensible y aun a lo inteligible. Incursionamos en algo que permanece más allá de nosotros mismos. Porque la Misa es —repetimos— un enorme misterio de fe.

La incursión en lo *misterioso* podrá verse facilitado, ciertamente, gracias a un ambiente exterior propicio. Quizá nos ayudaría participar en una Misa en la penumbra del amanecer, dentro de una antigua iglesia gótica con la única luz de grandes hachones y un celebrante en el que resplandezca la más pura santidad... Tendríamos entonces mayor facilidad para incursionar en el misterio que si lo hacemos a mitad del día en un cobertizo minimalista dentro de una celebración estruendosa y desacralizada. Sea lo que fuere, la actitud de recogimiento, de silencio, de la creación de un «espacio vital sagrado», llenándolo todo de simpatía

santa, nos permitirá —siempre con la acción preveniente del Espíritu Santo— incursionar en el misterio.

Y es que el misterio de fe supone la invitación a abandonar lo sensible, lo accidental, el lugar, los asistentes, el día, la hora, las particularidades de esa celebración, haciendo un esfuerzo para comprender que estamos situados en otro lugar y en otro tiempo. Los contenidos de la Revelación no se han de quedar en el enunciado, sino en la realidad<sup>24</sup>. La celebración ha de encontrar en cada fiel la *respuesta* de su fe. Si *estuvimos* en el misterio de la Misa es porque —con la fe— nos ubicamos en un ámbito distinto, más allá del mundo físico en el que estamos. Lo externo que percibimos sensiblemente será tan solo el envoltorio del paquete: lo importante es lo de dentro.

Obligadamente, la Misa es siempre la Misa, es decir, una idéntica sucesión de gestos y oraciones que invitan a cada fiel a llegar hasta lo hondo de sí mismo. En ella todo es sencillo, se sigue un ritmo normal de plegarias, de signos, de ritos, tan común que incluso parecería trivial. Pero todo ha de aparecer iluminado con luz nueva, la luz de la fe. Por eso cada participante, abstrayéndose de lo accesorio, está invitado a descubrir el misterio que subyace detrás, más allá de todo, en lo oculto. La Misa, misterio de fe, no es sino «la presencia real, en el tiempo, del único y eterno sacrificio de Cristo»<sup>25</sup>.

PERO... ¿CÓMO DESENTRAÑARLO?

Ahora bien ¿cómo desentrañar el misterio? ¿Qué medios se ofrecen a nuestro pobre ser anclado en la materia? La respuesta es: *a través de los signos*. El signo penetra todo el dominio de la vida humana, pero es en la liturgia donde encuentra su más alta expresión y su lugar privilegiado.

Sobre este punto el cristianismo se muestra especialmente rico... aunque la mentalidad contemporánea resulte un tanto atrofiada para el sentido de lo simbólico. Porque se ha atrofiado para incursionar en lo invisible. El hombre carnal y materializado, el *animalis homo*<sup>26</sup>, no percibe fácilmente lo espiritual y divino. Pero hay también verdaderos hijos de Dios a quienes el Espíritu del Padre, mediante los toques del don de entendimiento, comunica la capacidad de elevarse a través de las sombras y de la opacidad de lo sensible hacia las realidades del mundo invisible. A la mirada del creyente iluminada por el Espíritu de Dios brota un universo nuevo. *Nosotros*, los cristianos, decía san Pablo a los corintios, *contemplamos, no las cosas visibles, efímeras todas ellas, sino las invisibles, las únicas que son eternas*<sup>27</sup>. El capítulo undécimo de la Epístola a los Hebreos describe las maravillas de esta vida de fe en algunos personajes del Antiguo Testamento, y tiene esta frase final, magnífica, que caracteriza la fe de Moisés: *Caminaba como si viera al Invisible*<sup>28</sup>.

Este ejercicio —transitar del signo sensible a la realidad profunda, no sensible— es una proyección de la naturaleza misma del hombre, a un tiempo material y espiritual. Ciudadanos de dos reinos, el más elemental, el inferior, ha de servir de

vehículo para el otro, el del espíritu. Ya Platón, y también el Pseudo-Dionisio, explicaron que lo sensible era reflejo de lo inteligible. Y Pascal afirmaba que toda cosa esconde un misterio, ya que al fin y al cabo todas ellas no son sino velos tras los cuales se esconde Dios. Lo esencial, decía Saint-Exupéry, es invisible a los ojos.

Los hombres no captamos la esencia de las cosas sino a través de los accidentes. De ahí que nuestro reto sea trascender, trasponer. En Misa, el ver y el oír no deberán detenerse en la vibración de la membrana del tímpano ni en la imagen proyectada en la retina. Tampoco en el aspecto meramente racional de lo percibido. Lo sensible, empapado por la fe y el recogimiento interior, nos permitirá ir más allá de lo físico y de lo racional, para ayudarnos a estar presentes y a participar en el Misterio Pascual del Señor.

«La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente»<sup>29</sup>.

#### LO SIMBÓLICO NO ES COYUNTURAL SINO CONSTITUTIVO

¿Por qué nuestra fe cristiana es tan profundamente simbólica? La respuesta es inmediata: por razón de Jesucristo. Él, en cuanto Verbo encarnado, es lo invisible de Dios hecho carne, sangre, respiraciones y latidos. El lenguaje verbal no es el único lenguaje de la Revelación. Igual que una madre no mima a su hijo con el exclusivo lenguaje de sus palabras, sino que emplea una amplia gama de acciones y gestos, la Iglesia no solo nos instruye con su doctrina, sino también con sus signos.

Esta realidad simbólica de Cristo —y, por consiguiente, de todo lo que es de Cristo— no es coyuntural, sino constitutiva. En otras palabras, nuestra fe cristiana, toda ella, se basa en la unión de lo humano y lo divino, de lo sensible y de lo no sensible, de lo terreno y de lo celestial. Aprendamos a ejercitarnos yendo de lo más palpable a lo más oculto.

Haciéndolo, comprenderemos además por qué la belleza —y también la riqueza— de los elementos empleados en las celebraciones deben reflejar de algún modo que nos ubicamos ya fuera de lo profano, más allá de la tierra, en el ámbito del *agios*, de lo santo. El cáliz para celebrar la santa Eucaristía, por ejemplo, precisa un arte y una riqueza tales que lo hagan trascender la realidad cotidiana, la banalidad que supone un vaso para beber en la comida. Incluso podríamos pensar en la analogía de un brindis: para hacerlo no empleamos un vaso cualquiera, sino una copa de cristal fino que produzca un sonido especial cuando choca con otra. Mucho más digno que cualquier recipiente ha de ser el *calix praeclarus*, porque de alguna manera debe reflejar en su arte el respeto, el *timor Domini*, la veneración hacia lo que contiene: la Preciosa Sangre del Salvador.

Pero no se trata, en la liturgia, de mero *esteticismo*. No pretendemos la búsqueda de la belleza por el gozo de la misma. No. Se trata que la belleza sea, de alguna manera, un reflejo de la verdad. Primero la verdad, luego la belleza. *Pulchritudo est splendor veritatis*, dice el adagio escolástico; la belleza es el esplendor de la verdad. Y si la verdad que estamos presenciando es el celestial culto al Altísimo,

siendo nuestro Sacerdote y nuestra Víctima el Cordero Inmolado, en unión con la Santísima Virgen, las jerarquías angélicas, los santos y la entera creación, la conciencia de esa verdad necesariamente nos inclinará a buscar la belleza de la celebración. La belleza del alma, en primer lugar, pero también la dignidad del vestido y de las posturas, así como los objetos y la corrección: ornamentos, vasos sagrados, actitudes solemnes, devoción profunda, silencio, solemnidad, música acorde con el misterio... Toda esa belleza reflejará, en la modesta condición de nuestro ser corpóreo, la verdad que celebramos.

«La verdad es el alma de la belleza. Quien no sepa acercarse a la verdad y gustar sus delicias, prostituye el concepto de la belleza, que existe y tiene su vigencia en el imperio de lo real, convirtiendo lo que es gozoso y a la vez profundo *juego*, en el más fútil de los pasatiempos»<sup>30</sup>.

#### UN NECESARIO REAPRENDIZAJE

Quizá por eso tengamos necesidad de *re-aprender* nuestra forma de ver y nuestra forma de oír cuando estamos en Misa. La mistagogia, es decir, la enseñanza que capacita para discernir los misterios, busca que el fiel sea capaz de *ver* y que sea capaz de *oír* lo simbólico<sup>31</sup>. Se empleará la razón que cree, pero también el corazón que ama, logrando descubrir la relación de cualquier cosa, persona o circunstancia, con el Autor del que procede. La mistagogia educa en un verdadero *conocimiento sapiencial* que permite descubrir la relación que guarda el signo, el gesto, la palabra, con las causas altísimas.

De la *reeducación* en el sentido de la vista habla el cardenal Ratzinger: «Ya en el plano de la vida cotidiana, el acto de ver es un proceso mucho más complejo de lo que generalmente se piensa. Dos personas que contemplan a un tiempo el mundo exterior, raramente ven la misma cosa. Además, siempre se mira *desde dentro*. Según las circunstancias, una persona puede percibir la *belleza* de las cosas o únicamente su *utilidad*. Alguien puede leer en el rostro de otro preocupación, amor, pena escondida, falsedad disimulada, o puede que no perciba absolutamente nada. Todo esto aparece de forma manifiesta a los sentidos y, sin embargo, se percibe tan solo a través de un proceso sensible-mental, que es tanto más exigente cuanto más profundamente recalca en el fondo de lo real la manifestación sensible de una cosa»<sup>32</sup>.

Pensemos, por ejemplo, en lo que sucedió a los testigos que vieron a Jesús después de su Resurrección. El Señor, entonces, ya pertenecía a una esfera de la realidad sustraída a lo puramente terreno. Solo así tiene explicación el hecho, narrado de manera acorde por los evangelios, de la presencia irreconocible de Jesús en Emaús, en el encuentro con la Magdalena, en la orilla del lago... Él ya no pertenece al mundo perceptible por los sentidos, sino al mundo de Dios. Puede verlo, por tanto, solo aquel a quien Él mismo se lo conceda. Por eso comprendemos que no lo *vieran* —al principio— ni los de Emaús, ni Magdalena, ni Pedro desde su barca. Pero cuando Él les concede verlo, tienen ya la forma especial de visión, en la que participan, junto con la fe, también el corazón, el espíritu, la limpieza integral del hombre.

Nuestra manera de mirar en la celebración litúrgica no será, pues, la misma con la que miramos un producto comercial o el sucederse de vehículos en un cruce de calles. Debemos ejercitarnos en un mirar desde lo hondo de nuestro ser, con nuestra masa cerebral y nuestra capacidad de amar impregnadas por el Espíritu de Dios. Estamos intentando, algo así como una *visión de rayos X espirituales* que permitan no solo reflejar en la retina los actores y el entorno, sino además creer, amar, sintonizar, sensibilizar con Aquel que camina a inmolarse al Padre. El *mirar* es ahora contemplación, y viene a descubrirnos, además, cuál es la sensibilidad —o la insensibilidad— de nuestra alma.

«La Liturgia enseña la contemplación activa, sobre todo por su rico contenido en teología y revelación escrita, rodeándola con su arte, música y poesía de una fuente pura y austera, que afecta profundamente a toda alma que no haya pervertido su gusto con las modas artísticas de una época degenerada»<sup>33</sup>.

Continuemos con el sentido del oído<sup>34</sup>. Viaja por el aire una onda sonora, choca con una membranita de nuestro sistema auditivo llamada tímpano y lo hace vibrar. ¿Cómo comprender que a partir de una vibración física reciba yo un contenido espiritual? El *signo* de la palabra fue *traducido* por mi espíritu, y entonces soy capaz de integrar esa onda sonora, esa realidad material transportada a través de la atmósfera, en una realidad espiritual, en conceptos. Cuando san Agustín habla de los signos y de las palabras, dice que estas, las palabras, tienen la primacía en el orden de significar<sup>35</sup>. Gracias a ellas puedo, más que con ninguna otra realidad simbólica, penetrar en el mundo de la fe: *fides ex auditu*<sup>36</sup>, la fe viene del oír. Dios creó el mundo con una Palabra de su boca, nos ha salvado con Su Palabra y con Ella seguirá haciéndolo.

Siempre la palabra es signo, pero mucho más si se trata de la palabra proclamada en la celebración litúrgica. Entonces se convierte en palabra viva, es decir, en palabra vehículo de gracia. Cuando se *proclama* en la liturgia, es Cristo quien habla<sup>37</sup>. Por eso decimos que se *proclama* (del prefijo *pro*, «hacia delante», y *clamare*, «gritar», «pedir en voz alta»). Entonces los feligreses deben abrir su corazón para el *oír* verdadero, el *oír* de la fe.

Por último, no olvidemos que el lenguaje de los signos tiene la dimensión de interpelar la verdad de la persona. Es posible que, a través de ellos, se despliegue la profundidad de cada uno. O, por el contrario, que aparezca lo opuesto: el superficial, el hombre sin sensibilidad, el que tiene la fe dormida..., corriendo el riesgo de encontrar vacíos, carentes de contenido, todos los signos. Peligroso, incluso para los creyentes, el riesgo del ritualismo.

Y es que los signos son realidades abiertas, en el sentido de que cada persona puede darles la significación que proceda de su interior. Esto es algo muy válido, siempre y cuando nos mantengamos dentro de ciertos límites. Esos límites vienen determinados por el respeto de una cierta relación entre el signo y lo significado: rosas para el amor; flores marchitas para el desamor; agua para lavar el alma, pan para alimentar. A veces, la especificación de los signos viene dada por las palabras que los acompañan, como cuando el celebrante vierte unas gotas de agua en el vino

que será consagrado. El sentido de esa acción se especifica por la oración que pronuncia en voz baja: *Por el misterio de esta agua y este vino, haz que compartamos la divinidad de quien se ha dignado participar de nuestra humanidad.*

#### EL REQUISITO DE LA HUMILDAD

Por lo anterior nos resultará claro que las celebraciones sacramentales deben encontrarnos en una actitud abierta, receptiva, concorde. Para esto es preciso — además, por supuesto, de la acción del Espíritu Santificador—, un corazón humilde. Porque son humildes los velos tras los cuales el Señor oculta y revela su Presencia. A Pascal le parecía que merecía ser reo de crimen todo aquel que se avergonzara de los «sacramentos de la humildad del Verbo», como le sucedía al principio a Agustín, quien confesaba: «Yo no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza»<sup>38</sup>. Nuestra humildad, al coincidir con la humildad de Aquel que se esconde tras humildes velos, nos permitirá discernirlos. De otra manera correríamos el riesgo de participar en las celebraciones tan solo deslizándonos por la superficie.

«Un ver exacto, un oír exacto y un obrar exacto es el supremo arte de aprender a ver y de llegar a saber. En tanto no lo conseguimos, todo permanece para nosotros mudo y oscuro, pero una vez logrado, las cosas se manifiestan como son, muestran su interior, y de ahí, de su esencia, va adquiriendo forma lo que de fuera aparece»<sup>39</sup>.

La *reeducción* en nuestro ver y en nuestro oír, la mistagogia de la celebración, nos invita a saber *descifrar el alma de las cosas*. Porque las cosas tienen alma. No nos referimos, claro está, al alma como principio de vida, sino a aquello que, sin demasiada violencia y de acuerdo a la terminología escolástica, podría llamarse *forma sustancial*. El alma de una cosa será entonces sencillamente aquello para lo que es, su sentido, su función, su tarea.

#### EL ALMA DE LAS COSAS

*Busca en todas las cosas un alma y un sentido oculto; no te ciñas a la apariencia vana; husmea, sigue el rastro de la verdad arcana, escudriñante el ojo y aguzado el oído*<sup>40</sup>.

Nos detendremos ahora en las *cosas* con las que se integra la celebración eucarística. Buscaremos desentrañar sus *almas*, tal como ha sido comprendido por la tradición multiseccular de la Iglesia. Y es que, en la liturgia, las *cosas* juegan un papel de gran importancia en orden a desvelar el Misterio que, a un tiempo, se esconde tras ellas y se desvela en ellas.

No se trata de quedarnos en la estética, es decir, en el mero atender la belleza artística de las cosas o lo armonioso de su integración en el conjunto. Por encima de la estética —que sin duda puede ayudar—, lo que buscamos es leer su relación con el sacrificio del Señor. Se trata, en definitiva, de aprender a *contemplar*, es decir, a mirarlo todo no solo con los ojos físicos, sino también con los de la fe... y los del corazón.

a) *¿Cuál es el alma del altar?*

El altar nos expresa que Dios está entre nosotros, mejor dicho, en nosotros. El altar mismo afirma que hay un camino, que desde la lejanía de nuestra condición de criaturas, nos eleva hacia Él; que desde lo profundo de nuestro pecado, nos conduce hacia Él; que podemos recorrer este camino, pero no con nuestras propias fuerzas, sino con las que Él nos da. Podemos ascender hacia Dios, solo porque ha trazado el camino hacia nosotros<sup>41</sup>.

Como signo sagrado originario, el altar se encuentra en la mayoría de las tradiciones religiosas de la humanidad. Ya el Antiguo Testamento se refiere a él muchas veces, estableciendo reglas precisas que determinan el modo en que ha de ser construido, cómo debe consagrarse y la manera en que los israelitas deben comportarse ante él. Porque entonces y ahora el altar es el misterioso umbral donde termina una realidad y comienza otra. O, mejor, el altar indica que es ahí donde podremos recibir a Aquel que vendrá; es el lugar de la cita, el ámbito donde tendrá lugar la unificación de mundos y el encuentro de personas, las divinas y las humanas.

El altar nos otorga la confianza absoluta de ser capaces de transitar de una dimensión —la terrena, material— a la divina y puramente espiritual. ¿A dónde iríamos, si no? Esa mesa viene a decirnos que es posible trasponer el umbral, y que precisamente es ahí, en el altar, donde se traspone. Porque es el lugar donde se inmola la Víctima. El Padre celestial ha determinado que sobre el altar, como sobre el madero de la Cruz, se realice la ofrenda del Hijo.

No lo veamos, pues, como un elemento decorativo más, como un mueble útil tan solo para colocar sobre él una serie de objetos necesarios para la celebración. Mirémoslo con amor. Es el lugar donde se inmola el Cordero. Es el punto de intersección donde el Hijo —con nosotros— se ofrece al Padre. Es el plano que hace posible unir nuestro pobre amor humano al inefable Amor divino.

#### *b) La centralidad del crucifijo*

La idea de que sacerdote y pueblo en la oración deberían mirarse recíprocamente nació solo en la época moderna y es completamente extraña a la cristiandad antigua. De hecho, sacerdote y pueblo no dirigen uno al otro su oración, sino que juntos la dirigen al único Señor<sup>42</sup>.

En la liturgia anterior no estaba permitido celebrar la Santa Misa sin reliquias en el altar. Debían pertenecer a dos santos, uno al menos mártir. Quería darse así testimonio fehaciente de hombres que supieron entregar su vida por Cristo, uniendo también su sangre con la del Maestro.

La reforma litúrgica prescindió de ese elemento que recordaba sangre y muerte. Pero no del otro, del Modelo por el que ellos entregaron su vida. Es en el crucifijo —más que en el ministro o en los demás elementos celebrativos—, donde deben posar sus ojos el celebrante y los asistentes. El crucifijo es —o debería ser para todos— un constante recordatorio, un elemento indispensable para no perder de vista la íntima conexión entre la Misa y el Calvario.

La atención al crucifijo evita el riesgo que el celebrante se convierta «en un profesor que se pasa toda la Misa dando una clase, reduciendo el altar a un estrado cuyo eje no sería la cruz, sino el micrófono»<sup>43</sup>. La cruz sobre el altar indica la

centralidad de Cristo y de su Sacrificio, y recuerda la orientación que toda la asamblea ha de tener: se mira al Salvador.

«En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el Obispo o el sacerdote después de la homilía exhortara a los creyentes exclamando: *Conversi ad Dominum* “volved ahora hacia el Señor”. Eso significaba ante todo que ellos se volvían hacia el Oriente, en la dirección del sol naciente como señal del retorno de Cristo, a cuyo encuentro vamos en la celebración de la Eucaristía. Donde, por alguna razón, eso no era posible, dirigían su mirada a la imagen de Cristo en el ábside o a la cruz, para orientarse interiormente hacia el Señor. Porque, en definitiva, se trataba de este hecho interior: de la *conversio*, de dirigir nuestra alma hacia Jesucristo y, de ese modo, hacia el Dios viviente, hacia la Cruz verdadera»<sup>44</sup>.

Es muy posible que nos ayude el *consejo*: mirar al crucifijo en lugar de mirar al celebrante. Y lo mismo para el celebrante: tampoco mirar al comulgante. Teniendo a Cristo entre sus manos, lo honrará con su mirada.

### c) *Dar a los cirios la propia alma*

*Con todas las cosas tiene el alma cierto parentesco... ¡en ese cirio, Señor, estoy yo en tu presencia!*<sup>45</sup>.

¿Por qué cirios? ¿No sería más práctico —y más ecológico— sustituir esas llamas contaminantes por bombillas eléctricas, accionadas desde un interruptor?

No, es preciso que ardan cirios, y cirios de cera. Aprendamos a mirarlos, dándoles el significado profundo que descubren en ellos los hombres espirituales: desde el célebre profesor alemán Romano Guardini hasta el piadoso obispo húngaro Tihamér Toth: «El motivo es el hermoso simbolismo del cirio. ¡Cómo va ardiendo el blanco y largo cirio, cómo el pabilo va derritiendo y consumiendo la cera! El cuerpo, la sangre del cirio se consumen... hasta el fin; se consume el cirio por su propia llama. Podríamos decir: el cirio se sacrifica para mayor gloria de Dios. ¿Puede haber un lugar más digno que el altar para que ardan los cirios? ¿Que el altar, donde se sacrifica un día y otro el amor ardoroso del Hijo de Dios? Como un cirio grande y blanco se destaca el cuerpo inmaculado de Cristo clavado en la Cruz. En su corazón flamea el fuego: la llama del amor, la llama del sacrificio de Quien se da a sí mismo por amor a nosotros. Así como la llama del cirio va consumiendo la cera, de un modo análogo el amor que arde en el corazón de Cristo va consumiendo también su sangre, su cuerpo, su propia vida»<sup>46</sup>.

Saber mirar es saber amar. Hagamos el ejercicio de mirar impregnando de amor nuestra mirada, con los ojos del corazón. Le daremos a los cirios nuestra propia alma disponiéndonos, con la Víctima del altar, a nuestro propio holocausto.

### d) *¡Cuánto sabe la flor!*

*¡Cuánto sabe la flor! Sabe entregarse, dar, dar todo lo suyo al que la quiere, sin pedir más que eso: que la quiera. Sabe, sencillamente sabe, amor!*<sup>47</sup>.

Fuera de Cuaresma y Adviento, las normas litúrgicas permiten adornar con flores el espacio celebrativo. Se trata, lógicamente, de flores naturales. El cardenal de Guadalajara (México) Juan Sandoval Íñiguez, conocido por la franqueza de su habla, decía en una reunión a su presbiterio: «Las flores de plástico las guardan para su sepultura».

Como las velas, las flores aportan también el simbolismo de su consunción. Pero añaden el de su belleza: una hermosura que se ofrece como detalle de correspondencia al Autor de toda belleza, que la ha querido participar en el orden natural —y las flores son un elocuente ejemplo— precisamente para que nos gocemos en ella.

Las flores no tienen —al menos no primordialmente— una utilidad práctica. Son, simple y llanamente, bellas. Tienen la gratuidad de la belleza. Nos recuerdan a María, flor de las flores<sup>48</sup>. Y esa gratuidad vendrá a recordarnos el inmenso deber del agradecimiento, de la *eu-xaris*, de la acción de gracias que debe abarcar nuestro ámbito interior ante la ofrenda del más bello de los hijos de los hombres y de la más hermosa de todas las mujeres.

#### e) *El porqué de los ornamentos*

La Instrucción General del Misal Romano señala que el sacerdote ordenado debe vestir al menos cuatro elementos durante la Santa Misa: alba, estola, cíngulo y casulla<sup>49</sup>. No nos detendremos aquí en su simbolismo, sino que consideraremos brevemente el fondo de ese inusual modo de hacerse presente el celebrante.

Incluso en la vida cotidiana el cambio de vestimenta tiene la función de marcar una diferencia que nos permite tanto *cubrirnos* como *descubrirnos*. El sacerdote que se reviste *cubre* su anterior yo para *descubrirse* con un yo nuevo: el de Cristo. Revestido y dispuesto para la celebración, ya no es el padre fulano o el obispo mengano; ahora —en cualquier caso, y así hemos de esforzarnos por comprenderlo— se trata del mismo Cristo, Sacerdote de su propio sacrificio.

En el momento de su ordenación sacerdotal, al neo-presbítero se le reviste con los sagrados ornamentos. La Madre Iglesia, como Rebeca a Jacob, recubre su pobre humanidad con los ropajes de Cristo, y desea presentarlo así, al modo de un icono del Sumo y Eterno Sacerdote. Esa realidad de los vestidos nuevos la realiza —ahora ya por sí mismo— el celebrante en cada Misa. Para él, *revestirse de Cristo* vendrá a significar algo así como *yo, pero no yo*.

«Conviene recordar, con machacona insistencia, que todos los sacerdotes, seamos pecadores o sean santos, cuando celebramos la Santa Misa no somos nosotros. Somos Cristo»<sup>50</sup>.

Los ornamentos manifiestan el intercambio de la persona del ministro por la de su Señor. A los feligreses les vendrá bien recordar *con machacona insistencia* que, por encima de simpatías o antipatías, por encima de la santidad o falta de ella, les vendrá bien recordar, decíamos, que en virtud de la gracia del sacramento y con el simbolismo de los ornamentos, el celebrante ha experimentado el cambio de su limitada humanidad por la de Otro, y se dispone a prestarle su persona para que se realice el Sacrificio.

«Los ornamentos litúrgicos que el sacerdote lleva durante la celebración de la sagrada eucaristía quieren evidenciar, ante todo, que el sacerdote no está aquí como persona particular, como este o aquel, sino en lugar de otro: Cristo. Su dimensión particular, individual, debe desaparecer... no es él el que importa, sino Cristo. No es él mismo el que se comunica a los hombres, sino que ha de comunicarlo a Él. Se convierte en instrumento de Cristo, no actúa por sí mismo, sino como mensajero, como presencia de otro —*in persona Christi*— como dice la tradición litúrgica»<sup>51</sup>.

El padre Pío, como es de todos conocido, tuvo la enorme gracia de recibir los estigmas de la Pasión del Señor. Pero no solo eran esas señales las que le hacían identificarse con Cristo que redime, sino también su experiencia celebrativa. Vivía en cada Misa el único y eterno Sacrificio realizado una vez en la cima del Calvario:

Fray Modestino Fucci, que tantas veces tuvo como privilegio servir de sacristán al padre Pío, pudo observar atentamente todos los dramáticos momentos que vivía el padre cada día desde que dejaba la celda para ir a celebrar la Misa: «Lo veía en un estado de sufrida ansia. Estaba desasosegado. En cuanto llegaba a la sacristía para ponerse los paramentos sacros, daba la impresión de no percatarse ya de cuanto ocurría a su alrededor. Estaba absorto y profundamente consciente de cuanto se disponía a vivir. Su rostro, aparentemente normal en su tez, se volvía espantosamente cerúleo en el momento en el que vestía el amito. Desde ese momento ya no le hacía caso a nadie. Pese a precederle en el breve trayecto —hasta el altar— notaba que sus pasos se volvían más penosos, su rostro dolorido. Se iba encorvando a cada instante. Daba la impresión de estar siendo aplastado bajo el peso de una enorme, invisible cruz...»<sup>52</sup>.

El sacerdote revestido ha adquirido una nueva personalidad: la de Cristo. Y la de Cristo en un momento específico de su existencia. Quizá no les ocurra nunca al celebrante ni a los asistentes una experiencia análoga a la del padre Pío y sus testigos. Pero lo que el santo experimentaba de manera dramática refleja lo que todo celebrante y todo fiel debe intentar comprender.

#### *f) Los colores hablan*

Jesús dijo de Sí mismo que era la luz del mundo<sup>53</sup>. Y lo primero que Dios creó fue la luz. Sin embargo, el hombre no puede mirarla directamente pues su retina no está preparada para ello. La fuente de luz está más allá de lo humano. Al morir seremos envueltos en la Luz. Pero lo que nos queda de ella aquí abajo son los colores. Cuando las penumbras de la noche se retiran e irrumpen los primeros resplandores del alba, aparecen los colores.

Los animales, incluso los animales superiores como los perros o los caballos, poseen tan solo una visión en blanco y negro. Nosotros los humanos tenemos el gran don de percibir los colores. Dios nos ha dado algo así como un tacto para los ojos. Aprendamos a interpretar ese don divino: siempre, pero sobre todo en la liturgia.

No son los colores una suerte de código esotérico, reservado tan solo a unos pocos iniciados. Los colores expresan o suscitan estados del alma, algo parecido a lo que sucede con la música. Miguel Ángel daba tanta importancia al color que no comenzó a pintar en la Capilla Sixtina hasta recibir el azul lapislázuli de Persia. Por eso se habla de los *azules* de Miguel Ángel, y cinco siglos después seguimos admirándolos.

La multitud que nadie podía contar y alababa al Cordero con palmas en las manos, iba vestida con túnicas blancas<sup>54</sup>. Los ángeles que vio Magdalena en el sepulcro, uno a la cabecera y otro a los pies donde había estado el cuerpo del Señor, iban «de blanco»<sup>55</sup>. El blanco es el color de los santos y de las creaturas angélicas, y es también el color de la iniciación, ya que expresa la pureza y la inocencia bautismal. Presente en las grandes fiestas y en las misas celebradas en honor de la Santísima Virgen, es también el color que suple a cualquier otro

cuando por razones prácticas no se cuenta con el indicado. Cuando vemos ornamentos blancos nos sentimos trasladados al mundo de la santidad, de la pureza, de la luz, de la fiesta.

El morado surge en parte de la combinación del negro y el rojo. El primero es señal de duelo y el segundo de fuego. En Adviento y Cuaresma aparecen los morados, porque tenemos pena mezclada con amor: en Adviento, la pena de no tener aún al Niño, junto al amor de su inminente natividad. En Cuaresma, la pena del desierto y la agonía mezcladas con el amor al Crucificado. *Penas es el traje de amadores...*<sup>56</sup>.

Verde es el color de la naturaleza y se emplea en el «tiempo ordinario». Pero no ordinario en cuanto nos sumerge en la rutina de un aburrimiento patético, sino el verde de la novedad que recomienza cada día, porque cada día se reinicia la Creación: el verde olivo, el verde mar, el verde niño, el verde manzana, el verde turquesa, el verde esmeralda, el verde glauco, el verde jade... lo vemos aparecer también los treinta y cuatro domingos de ese mismo tiempo, como una constante memoria del Señor que vendrá. Color escatológico, el verde es esperanza.

El rojo es sangre y es fuego. Por eso es llamativo ese color fulgurante, y se emplea ahí donde ha habido derramamiento de sangre —mártires, Exaltación de la Santa Cruz, votivas de la Sangre de Cristo, el Domingo de Ramos, el Viernes Santo—. Y también donde ha habido efusión del Amor sustancial: Pentecostés y las relativas al Espíritu de Amor, como la Misa ritual de la Confirmación. También —no sé por qué, pero quizá por todo lo anterior—, son rojos los ornamentos previstos en los funerales de un Papa.

El negro, dijimos, simboliza tristeza y abatimiento. En la tradición litúrgica anterior se empleaba en los tiempos penitenciales: Adviento y Cuaresma. Sustituido ahora por el violeta, «el color negro podrá usarse, donde se acostumbre, en las misas de difuntos»<sup>57</sup>.

Dos últimos colores: el rosa y el azul. El primero —una especie de morado dulcificado, como si de un toque femenino se tratara— es empleado el domingo tercero de Adviento y el cuarto de Cuaresma. El rosa quiere indicar entonces algo así como un pequeño respiro en medio de los tiempos penitenciales, y emplea una antifona de entrada que recuerda que las penitencias no son fin, sino medio para experimentar las alegrías venideras: *gaudete; laetare*.

El azul se emplea en una única ocasión: la Solemnidad de la Inmaculada. ¿Por qué es azul la Inmaculada? Porque lo azul es cifra, símbolo y superior predicamento que abarca lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud donde brillan y se mueven los astros. El azul, que antiguamente era el color de la majestad y del poder, pasó a ser en manos de Giotto, el color de fondo de la santidad. María Inmaculada es un color, y ese color es precisamente el azul, color que nace por acumulación de vacío, por ausencia de colores interpuestos, lo mismo en el aire que en el agua. ¿Por qué es azul el cielo?

Porque es el color de lo irrepresentable, aquello que aparece cuando nada se interpone en el horizonte, y la vista se pierde en el infinito.

Los variaciones en los colores litúrgicos expresan, pues, la dinámica de los Misterios celebrados, a través de un código que intenta ir más allá de las palabras y que estamos invitados a desentrañar. Tránsito didáctico que se acompaña con plegarias, con lecturas proclamadas, con cantos, y en el que el toque cromático aporta su parte.

## II.

JOSEPH RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 92.

«“La puerta de la fe” (cf. *Hch* 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros» (BENEDICTO XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11 de octubre 2011).

«El acto de fe del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica* II-II, q. 1, a. 2, ad 1).

SAN JUAN PABLO II, *Audiencia*, 12-V-1993.

*I Corintios* 2,14.

*II Corintios* 4,18.

*Hebreos* 11,7.

SAN JUAN PABLO II, Carta apost. *Mane nobiscum Dómine*, n. 14.

ROMANO GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Centre de Pastoral litúrgica, Barcelona 2018, p. 80.

«La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es “mistagogia”), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los “sacramentos” a los “misterios”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1075).

*El camino pascual*, BAC, Madrid 2005, p. 135.

THOMAS MERTON, *La senda de la contemplación*, Rialp, Madrid 1955, p. 97.

Sobre este tema trataremos con más amplitud en el capítulo IV.

Cf. *De Doctrina Christiana*, lib. 2, cap. 3.

*Romanos* 10,17.

Cf. Conc. Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

*Confesiones* 7,18.

ROMANO GUARDINI, *Los signos sagrados*, Litúrgica Española, Barcelona 1957, Las gradas.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, *Los senderos ocultos*.

ROMANO GUARDINI, *Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 41.

JOSEPH RATZINGER, *Teología de la liturgia*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2012, volumen XI, pp. 7-8). Más adelante insiste: «En la oración no es necesario, es más, no es ni siquiera conveniente mirarse mutuamente; mucho menos al recibir la comunión» (p. 536).

ROBERT SARAH, *La fuerza del silencio*, Palabra, Madrid 2017, n. 255.

BENEDICTO XVI, *Homilía* en la Vigilia Pascual, 22 de marzo de 2008.

ROMANO GUARDINI, *Signos sagrados*, Litúrgica Española, Barcelona 1957, *El cirio*. Continúa Guardini: «En la cima oscila la llama, y en ella convierte el cirio su cuerpo puro en luz cálida e irradiante. ¿No sientes ante él que brota en ti algo noble? Mira cómo está, firme en su sitio, bien plantado, puro y noble. Adivina cómo todo en él está diciendo: “¡Yo estoy presto!”. Cómo está donde corresponde: ante Dios. Nada en él huye, nada se tuerce. Todo es en él clara determinación. Y se consume en su entrega transformándose constantemente en luz y calor. Tal vez tú digas: “¿Qué sabe el cirio de todo ello? Él no tiene alma”. ¡Pues dásela tú! Conviértelo en expresión de tu alma. Haz que ante él brote una noble decisión: “¡Señor, en ese cirio yo estoy ante Ti!”. No pierdas tu decisión. Persevera. No preguntes el porqué y el para qué. El sentido más profundo de la vida consiste en consumirse por Dios en verdad y amor, como el cirio se transforma en luz y calor».

TIHAMÉR TOTH, *Eucaristía*, Sígueme, Salamanca 2001, p. 120. Mons. Toth, obispo de Veszprém, destacó como predicador y escritor sagrado, especialmente en la pastoral juvenil. Murió en Budapest el 5 de mayo de 1939, a los 50 años de edad.

PEDRO SALINAS, *¡Cuánto sabe la flor!*

*Flor de las flores, adorable encanto, / gloria del mundo, celestial hechizo... / ¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo! / ¡Yo no sé decir más cuando te canto!* (JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN, *A la definición dogmática de la Inmaculada Concepción*. Publicación póstuma, 1906).

IGMR, n. 119.

SAN JOSEMARÍA, *Homilía Sacerdote para la eternidad*, pronunciada el 13-IV-73, Viernes de Pasión.

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 241.

ANTONIO SOCCI, *El secreto del Padre Pío*, La Esfera de los Libros, Madrid 2009, p. 210.

*Juan* 8,12.

Cf. *Apocalipsis* 7,9.

*Juan* 20,12.

*Quien no sabe de penas / en este valle de dolores, / no sabe de cosas buenas, / ni ha gustado de amores, / pues penas es el traje de amadores.* Coplilla que la priora de Toledo manda que le canten a san Juan de la Cruz luego de su huida de la cárcel de Toledo (cf. CRISÓGONO DE JESÚS, *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, 1972).  
IGMR, n. 346, e.

### III. ARRIBAR, UBICARSE, COMENZAR

#### LAS DISPOSICIONES PREVIAS

Nadie llega al concierto de una filarmónica internacional en el momento justo de cerrarse las puertas del recinto, luego de una frenética carrera por las calles de la ciudad y sin haber respetado las señales de tránsito. Ese individuo carecería de las condiciones psicológicas imprescindibles para apreciar adecuadamente la interpretación.

Nadie que llegue a Misa en el último momento —o tarde— con la mente revuelta y los afectos desordenados —metido en un *revolutum* de imágenes y sensaciones—, podrá sintonizar medianamente con el tremendo Misterio que sucederá a continuación. En algunos Santuarios marianos, antes de cada celebración eucarística, los fieles permanecen orando la hora previa a la celebración, mientras rezan el Rosario y entonan cantos a la Santísima Virgen. Quizá no podamos nosotros dedicar tanto tiempo, pero no dejemos de prepararnos —preferentemente dentro del templo— los cinco o diez minutos previos. Sin duda que valoraremos mejor lo que sucederá a continuación. Y es que nada en la vida tiene más importancia que la Misa. Ningún evento sobre la faz de la tierra derrama bienes mayores. Cada una de nuestras Misas será el tesoro que nos acompañará a la eternidad. Y que nos producirá incalculables réditos ya desde esta tierra a medida que más y mejor las hayamos vivido. Entonces daremos mucho más importancia a esos tiempos que aquí abajo consideramos *inútiles*: los ratos de silencio y los ejercicios de recogimiento interior.

#### a) *Silentium!*

Quizá allá, perdido en el fondo de nuestra memoria, recordemos vagamente alguna sacristía de iglesia vieja en la que se leía, pintada en un trozo de madera, la palabra *SILENTIUM*. Advertía a todos que, desde ahí, desde el lugar donde se reviste el sacerdote e inicia su peregrinación para acceder a ese trozo de Calvario que es el presbiterio, la mejor disposición es el silencio. En el rito hispánico o mozárabe, antes de leer la Epístola, el diácono proclama *silentium facite*.

La actitud exterior no será sino reflejo de lo que debe ocurrir por dentro. El silencio exterior es el guardián del interior. El cardenal Dziwisz —que fuera secretario de san Juan Pablo II—, explica una costumbre del Pontífice: «Lo he acompañado durante casi cuarenta años... Nunca ha iniciado una celebración sin que esta estuviese precedida por el *silentium*. Cuando nos dirigíamos hacia una celebración en una iglesia, no hablaba nunca, no perdía el tiempo conversando; permanecía siempre en recogimiento, meditando y rezando. Antes de cada actividad sagrada, intentaba prepararse interiormente de la mejor forma posible y,

cuando esta había concluido, se quedaba siempre un cuarto de hora dando las gracias, de rodillas, con gran recogimiento»<sup>58</sup>.

No se trata, sin embargo, del *silencio pasivo* o meramente físico. Este, no cabe duda, es un requisito deseable e importante para lograr el *silencio activo*, máxime en el estruendoso mundo de hoy. Pero el *silencio pasivo* suele ser enervante y aburrido. Es el que experimentan los niños cuando son obligados a guardarlo, amenazándolos con castigos si no permanecen callados y quietos. Quizá se logre el silencio pasivo, pero no el activo. En cuanto ceda la presión, recomenzará el bullicio. De manera que el *silentium* no significa insensibilidad, ni tampoco inactividad, sino disposición interior de alerta y anhelo. Es presencia, es sinceridad, es reflejo de una disposición acumulada. Algo así como el torrente subterráneo que no se percibe desde la superficie.

Si queremos vivir un poco menos impropriamente la Santa Misa, tomemos en serio el silencio: «Si alguien me pregunta con qué comienza la vida litúrgica, yo le respondo: con la vivencia del silencio. Si falta el silencio, todas las cosas dejan de ser importantes, más aún, se convierten en algo vano o inútil. Queda claro que no se trata de algo particular o estético. Si pensáramos que el silencio es algo con lo que alguien “se da importancia”, una vez más, estaríamos echando todo a perder. Se trata de algo muy serio e importante, de algo que —aunque sea lamentable, tenemos que decirlo— está muy descuidado, es decir, se trata del primer requisito de toda acción sagrada»<sup>59</sup>.

¿Qué puede el hombre expresar ante la divinidad? ¿Cuál será la mejor manera de honrarlo? Sin duda que con su silencio. Es la primera forma de aceptar que está ante lo Inefable, ante lo que se ubica por encima de todo. Cuando presenciamos espectáculos ordinarios reaccionamos de una u otra manera: los comentamos, los explicamos, emitimos palabras o monosílabos de admiración, alegría, estupor. Pero cuando el espectáculo es sobrecogedor, no nos queda sino el silencio.

Los hombres de todas las culturas y de todas las religiones lo saben: ante Dios estamos perdidos y, frente a su grandeza, nuestras palabras dejan de tener sentido. No están a la altura de lo Infinito. Los africanos, después de los ritos iniciales vividos con gran ritmo y movilidad, se recogen en profundo silencio: «En África, después de los cantos y las danzas, el sacrificio a la divinidad se envuelve en un imponente silencio sagrado. El silencio sagrado de los cristianos va aún más lejos. No se trata de una prohibición que Dios impone a los hombres para preservar celosamente su poder; al contrario: el Dios verdadero prescribe el silencio sagrado de adoración para comunicarse mejor con nosotros: ¡Silencio ante el Señor Dios!, clama el profeta (So 1,7). E Isaías añade: ¡Escuchadme en silencio! (Is 41,1)»<sup>60</sup>.

El silencio sagrado nos brinda la oportunidad de alejarnos del ambiente profano y del barullo incesante de nuestras grandes ciudades para dejarnos poseer por lo divino. Es el ámbito donde nos es dado encontrarnos con Dios, puesto que nos dirigimos a Él con la actitud propia del hombre que tiembla y guarda distancia. Para expresar la grandeza del Señor, la Escritura dice: *Toda la tierra enmudece en*

*su presencia*<sup>61</sup>. ¿Qué sucederá en la tierra no solo ante su presencia, sino ante su mismo Sacrificio? Las almas sensibles, ante la inminente presencia de un Dios que se dirige a su Oblación, lo honran con su silencio.

#### b) *Recogimiento*

Cuando el alma está recogida en su interior es cuando propiamente se encuentra en su casa. Pero —por extraño que parezca— por lo regular el alma no está en su casa. Hay muy pocas almas que viven en su interior y de su interior; y todavía muchas menos las que viven así de una manera permanente<sup>62</sup>.

El silencio, además de ser la actitud específica del hombre ante lo divino, es también el medio que nos permite *adueñarnos* de nuestro interior. Entonces, poseyéndolo, podremos dirigirlo ahí donde deseemos. El recogimiento nos permite aunar nuestras facultades y potencias en su centro. El recogimiento es tan importante como el silencio. Cuando los consideramos atentamente, nos damos cuenta que uno no puede existir sin el otro.

El silencio vendrá entonces a ser el vehículo que logre la confluencia de las distintas potencias y facultades de nuestro psiquismo en su parte más honda, que es el centro del alma o corazón. Tarea, por cierto, nada fácil. Ejercicio que implica no solo el aislamiento de nuestros sentidos externos —particularmente la vista y el oído—, sino también la intención de *hacer noche* en aquellas potencias que más fácilmente nos llevarían fuera de nosotros mismos: la memoria y la imaginación. Por no hablar del caos afectivo que en ocasiones se adueña de toda nuestra persona.

El recogimiento no es represión, sino sustitución. Habitualmente nuestra atención se mantiene en las cosas y las personas que nos rodean. Somos atraídos por multiplicidad de fenómenos. Más que nunca, la vida moderna nos asedia con impresiones violentas y extravagantes; intensas, al tiempo que superficiales. Esas impresiones se diluyen rápidamente y son desplazadas enseguida por otras. Nuestro corazón se aparta de lo *importante* para llenarse de lo *interesante*, de lo que estimula y excita. Lo que impera por fuera se contagia al interior. Corremos entonces el riesgo de perder la hondura y, al no encontrar nada esencial dentro de nosotros mismos, apetecemos estímulos y sensaciones cambiantes. Disfrutamos de ellas hasta que nos cansan. Sentimos entonces un nuevo vacío, viéndonos obligados a llenarlo con algo no experimentado antes. Y si alguna vez logramos establecer en nuestro interior un poco de calma, posiblemente no sabremos ya qué hacer con ella.

Para evitar el riesgo anterior será preciso ejercitarnos en el recogimiento, que es tanto como ejercitarnos en la oración mental, oración de presencia del Interlocutor divino. De ahí la importancia de cuidar los momentos previos a la celebración. Es entonces cuando hemos de reunificar nuestras facultades en el centro del alma. Son momentos para *no abandonar voluntariamente el control de nuestras facultades interiores*, pues en tal caso perderíamos la conexión de nuestro corazón con el Misterio de fe en el que nos disponemos a participar. Si entonces permitimos voluntariamente —no ignoramos que muchas veces las distracciones serán involuntarias— que nuestra imaginación vague sin rumbo —o con un rumbo que

nos daña—, experimentaremos una dispersión de fuerzas que nos incapacitarán para sintonizar, como debemos, con el Drama que se avecina. Es preciso unificar las fuerzas dispersas y perdidas en un vano despilfarro... para reconcentrarlas en la *actio sacra* que se desarrollará dentro de poco.

La falta de recogimiento se nota también externamente. ¿Cabríamos en la siguiente descripción de Guardini?: «Salta a la vista cuando existe un desasosiego continuo. La gente pasea su mirada en torno a lo que hay a su alrededor; sin una razón que lo justifique se arrodilla, se sienta, se levanta; tose, carraspea, acomoda su ropa y muchas cosas más. Aun cuando la gente guarde una cierta compostura exterior, se percibe que interiormente está inquieta, tanto en la forma en que canta y que reza como en la manera en que lee y escucha, es decir, en todas sus actitudes. Los que allí asisten no están verdaderamente presentes, no están en el tema, no se identifican con el lugar ni con el momento. En síntesis, no adoptan una actitud de recogimiento»<sup>63</sup>.

Restablecido en la posesión de sí mismo y en la unidad, puede entonces el fiel aproximarse al Misterio, descubrir al Protagonista, conversar con Él o con su Padre celestial, establecer secretas comunicaciones. Pero estas solo serán posibles —repetimos— en el sosiego, en la atención exclusiva, en el recogimiento interior, en la concentración o unificación de las potencias y facultades en su centro. Bernardino de Laredo<sup>64</sup> usa un expresivo símil para describir el proceso: el del caracol en su concha. La imagen que emplea el escritor del siglo de Oro puede servir como síntesis de lo que hemos venido diciendo sobre el recogimiento: «Un caracol sale de su zurroncillo y va donde ha menester y lleva su casa a cuestas, y saca de su cabeza unos como cuernecicos con que se guía...; y si le tocan, por sutilmente que sea, luego hacen reflexión y se entran... Esta vuelta hacia sí, este volverse a sí mismo, eso es hacer reflexión... En esta vía de quietud, tanto significa hacer las potencias reflexión y volverse al centro de donde salieron, cuanto significa decir: las potencias cesen en su operación a las cosas exteriores y obre el ánima»<sup>65</sup>.

### c) Creación del «espacio vital sagrado»

El silencio y el recogimiento nos disponen a la irrupción del Espíritu Santo, que se complacerá en darnos el primero de sus dones: el de temor de Dios. El don de temor hace al hombre un ser religioso, es decir, un ser consciente del Otro ante el cual debe manifestar una actitud de adoración y sumisión, pues se trata del Dios Santo y Verdadero.

«¡Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado!»<sup>66</sup>. «Los sentimientos de temor y de “lo sagrado”... los tendríamos, y en un grado intenso, si tuviésemos la visión del Dios soberano. Son los sentimientos que tendríamos si verificásemos su presencia. En la medida en que creemos que está presente, debemos tenerlos. No tenerlos es no verificar, no creer que está presente»<sup>67</sup>.

El silencio y el recogimiento —con la imprescindible actuación del Espíritu de Dios— nos harán posible configurar en nuestro interior un *espacio vital sagrado* en el cual podrá tener resonancia la acción litúrgica en la que participamos. Dicho

*espacio* resultará preciso si realmente deseamos una *participación* en la *actio sacra* de la Misa. Si no se da en nosotros el cambio de lo profano a lo sagrado, nuestra participación será superficial, y no habríamos aprovechado la eficacia prevista por Dios para nosotros aquí y ahora.

El espacio vital sagrado es la sincronía de nuestro ser creatural con el Interlocutor de tremenda Majestad al que nos dirigimos: el Padre celestial. Porque es al Padre celestial a quien el celebrante y los asistentes van a estar dirigiéndose durante la celebración. De ahí que no solo sea importante la actitud de silencio activo y de recogimiento a que antes nos hemos referido, sino que influirán además el mismo espacio físico —templo digno y recogido—, el tipo de ministro —observante de las rúbricas, piadoso, hombre de fe—, la actitud de los demás, etcétera.

Podríamos advertir la inexistencia del *espacio vital sagrado*, por ejemplo, cuando durante la Misa no logramos advertir la presencia y la importancia de Aquel que ofrecemos y Aquel a quien ofrecemos la Víctima adorable. La podremos advertir también en la desacralización de los ritos litúrgicos que presenciemos —la entrada casi teatral de los distintos actores, la multiplicación artificial que convierte la liturgia en espectáculo— o, sencillamente, por una suerte de simbiosis con cierto tipo de celebraciones horizontales.

«A partir de la reforma de Pablo VI y pese a la voluntad de este gran Papa, a veces se ha instalado en la liturgia un aire de familiaridad inoportuna y ruidosa. Bajo pretexto de intentar hacer a Dios fácil y accesible, hubo quienes quisieron que en la liturgia todo fuese perfectamente inteligible. Esta intención igualitaria puede parecer loable; pero, al reducir el misterio sagrado a buenos sentimientos, impedimos que los fieles se acerquen al Dios verdadero»<sup>68</sup>.

Pero no podemos justificarnos y vivir una Misa banalizada simplemente porque la celebración no se nos presenta con la ambientación que nos serviría. Siempre podemos crear en nuestro interior el «espacio vital sagrado», pues es ahí, en el fondo de nosotros mismos, donde vive Dios y donde necesariamente ha de producirse el encuentro mutuo. Ese «espacio vital sagrado» vendrá caracterizado por el yo-Tú. O, mejor, por el Tú-yo, es decir, por la presencia de lo divino que se da en la liturgia. Porque, más allá de la participación humana, la liturgia es una acción de Dios<sup>69</sup>.

«La verdadera *acción* de la liturgia, en la que todos hemos de tener parte, es la acción de Dios mismo. Esta es la novedad y la singularidad de la liturgia cristiana: Dios mismo es el que actúa y el que hace lo esencial»<sup>70</sup>.

El silencio activo, el recogimiento de nuestras facultades, el *plus* de esfuerzo por crear ese espacio vital sagrado, permitirán al Santificador desplegar la acción de la virtud de la fe actuada por los dones contemplativos. Habrá entonces conciencia de una *actio* que ya no es profana sino sagrada, y en el fondo de nuestro yo existirá la comunicación, la adoración, la sensibilidad del corazón ante lo divino. Percibiré que Dios existe ante mí y yo existo ante Él. Que Él se dirige a mí y yo me dirijo a Él. Así de sencillo. Aquí está Dios, el Dios vivo y santo del que habla la Revelación, y aquí estoy yo ante su Misterio Pascual, en ese momento definitorio de la Humanidad y del Cosmos. Se establece un mundo interior, un «espacio vital

sagrado», algo así como si se comenzara a iluminar el alma con un reflector, como si empezara la película, como si gozáramos de la sinfonía más maravillosa que han escuchado oídos humanos.

«¿No sabéis cómo estaban presentes los ángeles en el sepulcro que ya no tenía cuerpo, en el sepulcro vacío? Y nosotros, que hemos de ir no al sepulcro vacío, sino a la misma mesa en que está el Cordero, ¿nos llegamos con vocerío y desorden?»<sup>71</sup>.

#### d) *Implorar la ayuda de lo alto*

Es necesario despertar en nosotros la conciencia del papel decisivo que desempeña el Espíritu Santo en el desarrollo de la forma litúrgica y en la profundización de los divinos misterios<sup>72</sup>.

No obstante nuestros buenos oficios, es preciso decir —lo repetimos de intento— que en la tierra no lograremos jamás apreciar y comprender suficientemente cuanto es la Misa. Debemos esperar a la eternidad, cuando seamos poseídos por la Sabiduría Infinita. Lo dijo Gonzalo de Berceo con la pureza y la simplicidad de su fe religiosa:

*El valor de una Misa, ¿cuánto puede valer? No lo dio Dios a hombre esto poder entender*<sup>73</sup>.

Precisaremos, pues, atraer al Espíritu Santo para vivir la celebración. San Juan Crisóstomo acude al ejemplo de Elías —que pedía hacer llover fuego del cielo— para que «descendiendo la gracia sobre la víctima, se enciendan por ella las almas de todos»<sup>74</sup>. Solo el Paráclito será capaz de darnos el incremento preciso para acceder al inefable Misterio. Después pondríamos los medios —esos sí a nuestro alcance—, a que nos hemos referido: silencio, tiempo para lograr recogimiento, repaso de la liturgia, llegar con suficiente antelación..., pero sin la acción profunda y propiamente sobrenatural del Espíritu Santo, todo sería al cabo insuficiente.

«Suele analizarse demasiado exclusivamente la vida espiritual desde abajo, a partir del hombre y de sus esfuerzos voluntarios hacia la santidad; se olvida al Espíritu Santo. Sin embargo, el Señor había anunciado su presencia en nuestros “adentros” y su papel único de Agente principal de nuestra santificación, de Maestro interior, “formador de Cristo” en cada uno de nosotros, Motor primordial y constante de nuestra vida cristiana, Alma verdadera de la Iglesia, encargado de la misión de encaminar a todos los miembros del cuerpo místico hacia la Ciudad de Dios para “consumarlos” allí con el Padre y el Hijo “en la unidad de la Trinidad”. Es desde arriba, a partir del Espíritu Santo, como debe juzgarse la vida de las almas y su ascensión hacia Dios»<sup>75</sup>.

Quizá por eso un *consejo* sería el de recogernos con particular intensidad los instantes previos a la celebración, metiéndonos en lo hondo del corazón para decir algo así como... *ven, Espíritu Santo, despliega en mí la abundancia de tus dones, haz que pueda participar conscientemente en este sagrado misterio. Vendrá el Santificador en una nueva misión, como anticipo de aquella Epiclesis que se producirá, ex opere operato, minutos después, cuando el celebrante extienda sus manos sobre la ofrenda y pida el envío del Espíritu*<sup>76</sup>.

El Santificador vendrá trayendo aquellos dones que nos darán sensibilidad para lo sagrado, y nos ayudarán a penetrar con visión luminosa en las verdades de fe que celebramos: el don de Entendimiento, el don de Piedad. Posiblemente nos otorgue también el gozo de lo divino —el don de Sabiduría—, y la Misa que antes nos parecía larga y tediosa será ahora, por la acción del Consolador, gozosamente feliz.

Y es que cuando un niño dice que Jesús está en la Eucaristía, o que la Misa es el Sacrificio de Cristo, dice lo mismo que decían el santo Cura de Ars o santa Gema Galgani. Pero la intensidad de su penetración, de su *estar* en el Calvario o de sintonizar con el Corazón del Señor presente en la Hostia, será muy distinta. Se trata sin duda de idéntica verdad de fe, pero el grado de connaturalidad, de experiencia, resultará muy diverso. ¿Y quién es el artífice de esa intensa acción percibida por Juan María Vianney o por la santa italiana? Solo el Espíritu de Dios. Él y solo Él puede introducirnos en la *vivencia* del misterio<sup>77</sup>.

Invoquemos, pues, al Espíritu Santo antes de cada celebración. Quizá también durante el desarrollo de la misma, pues nuestra torpeza —o nuestra imaginación descontrolada— podrán bloquear lo que antes pudimos haber logrado. «Es necesario redescubrir el papel decisivo del Espíritu Santo en la celebración litúrgica, especialmente en la Santa Misa»<sup>78</sup>.

#### e) *Valorar la Misa*

*¿Sabes qué es la Misa? El misterioso manar de la Sangre de Cristo. ¿Sabes qué es la Misa? Un diluvio de gracias que parte de la Cruz, un Gólgota siempre presente*<sup>79</sup>.

Si en la Misa vamos a la cima del Gólgota con el compromiso de unirnos al Crucificado, no nos quedará sino afirmar una conclusión ineludible: nada hay más valioso que participar en ella. Algo de eso intuía Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* cuando afirmaba que los protestantes eran unos pretenciosos que trataban de aplicar a la época actual la moral de un hombre que vivió hace dos mil años. Pero que los católicos resultaban aún más pretenciosos porque consideran a ese hombre como su contemporáneo. Que estaba con ellos en sus celebraciones<sup>80</sup>.

Sí, los católicos nos sabemos contemporáneos de Cristo. Estamos en el monte Calvario el día 14 del mes de Nissan del año 475 de la fundación de Roma, de 12 de la mañana a 3 de la tarde. Participamos en una oblación realizada entonces, y vivimos ahí cada vez que participamos en Misa. La fe en las palabras de Jesús —*haced esto*—, nos hace comprender que Él no deseaba tan solo que *mencionáramos esto*, que *recordáramos esto*, sino que nos hizo capaces de *actualizar esto*: la oblación misma de su Cuerpo y de su Sangre.

Calvino no entendió esta verdad. Dijo que la concepción católica de la Misa resultaba blasfema porque los participantes pretendían volver a crucificar a Cristo. Habríamos de decirle que no, que en la Misa no volvemos a crucificar al Señor, que eso ocurre con cada pecado mortal<sup>81</sup>. Lo que sí ocurre en la Misa es que *se hace actual, se hace presente, aquí y ahora*, el único Sacrificio. Porque ese Sacrificio no es solo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino un *memorial*. La palabra *memorial* traduce el *zikkaron* hebreo y el *upomnema* griego, y no significa recuerdo del pasado, sino evocación del *hoy divino*, en el cual se continúa, actualizándose, el designio salvífico del Señor.

*Memorial* es representación —en el sentido fuerte de *re-presentar*, de hacer de nuevo presente— el acontecimiento salvífico de la Cruz, cuyos frutos de valor infinito se aplican a lo largo de la historia. La Misa, por tanto, en su conexión con

el sacrificio del Señor, es el acto central de la historia de la redención y constituye, para cada persona, *el momento culminante de su propia salvación y santidad*. Mi santidad, tu santidad, vale lo que vale mi Misa, tú Misa. Porque participar en Misa es tanto como ser admitido en el Cuerpo de Aquel que se encarnó, padeció, murió, resucitó y volverá otra vez en el esplendor de su gloria.

No hay por eso concepto que abarque, ni suma que alcance a *pagar* una Misa. Paul Claudel decía que era *una enormidad*<sup>82</sup>. Valoremos, pues, la Misa. No hagamos de ella algo simplón, banal. Porque a veces podríamos pensar que la redención de la humanidad, o al menos un cambio de rumbo, podría ser llevado a cabo por nosotros, mediante nuestro compromiso de cristianos, aplicándonos a favor de los últimos, de los penúltimos, de la justicia, del bien.

Si el mundo, inundado por oleadas de podredumbre no ha quedado aún reducido a cenizas, ha sido solo gracias a la Santa Misa. El padre Pío estaba convencido que no habría desastre, guerra o catástrofe que fuera un mal mayor que la desaparición de la Misa: «El mundo podría quedarse incluso sin el sol pero no sin la Santa Misa»<sup>83</sup>. El cardenal Giuseppe Siri<sup>84</sup>, por su parte, aseguraba que «mientras se celebra la Santa Misa todo el mundo recibe algo de ella». Incluso la más humilde celebración, en la aldea más apartada, ante unos cuantos feligreses poco instruidos, acarrea a la humanidad más bienes que ninguna gran iniciativa humana, congreso, sínodo, concilio, manifestación, acción política o social. Ninguna revolución humana, pacifista incluso, ninguna diplomacia, gobierno o fuerza terrena puede hacer por la paz y el bien de los hombres (o por su eterna felicidad) lo que hace la Misa.

Incluso los mayores esfuerzos de los evangelizadores, de los misioneros, de los ministros ordenados, de los enfermos, resultaría una nimiedad separada de la Misa. Todo se decide allí. Nuestra suerte terrena y la eterna, las de nuestros hijos y las de la humanidad. La felicidad o las desdichas de las multitudes. Fue también el cardenal Siri quien decía que debemos participar en la Misa como si estuviéramos separados por un visillo de un parlamento en el que se deciden la suerte del mundo, la paz o el estallido de la guerra.

El mundo está literalmente sostenido por la Misa. San Alfonso María de Liguorio aseguraba que «si la Pasión de Jesucristo nos hace capaces de la redención, la Misa nos hace poseedores de ella y permite que gocemos de sus méritos». Y añadía: «Dios mismo no puede hacer que haya en el mundo una acción mayor que la celebración de una Misa (...) y por eso el demonio ha procurado siempre quitar del mundo la Misa por medio de los herejes, constituyéndolos en precursores del Anticristo, el cual, antes de cualquier otra cosa procurará abolir (...), como castigo de los pecados de los hombres, el sacrificio del altar»<sup>85</sup>. La Misa es el antídoto de la cultura de la muerte, del erotismo desenfrenado, de la corrupción galopante, de la indiferencia ante los bienes del espíritu, de los triunfos de satán y sus huestes. Por la Misa crece y se desarrolla en cada fiel el espíritu de Jesús. Cuando el sacerdote celebra, edifica a la Iglesia: *Ecclesia de Eucharistia vivit*, la construye, la eleva, la

amplifica. Y lo mismo el fiel que *participa* en esa acción de Cristo, que es suya y nuestra.

Volvamos llenos de confianza a la tarea de reconstruir el mundo. Comprendamos, amemos, démosle todo el peso a nuestra Celebración. Apresuraremos la victoria de Jesucristo.

¿QUÉ HACER AL INGRESAR AL RECINTO SAGRADO?

Recordemos nuestra infancia. Quizá en algún lejano rincón de la memoria guardemos la sensación que nos sobrecogía al entrar a un templo. Porque entrar en un lugar sagrado es necesariamente algo que se debe advertir. Ahí baja Dios, ahí nos ha citado, ahí nos aguarda, ahí se resuelve nuestra vida y también nuestra muerte.

¿Percibimos lo sacro al entrar al templo?

La preparación inmediata o próxima a la celebración incluye tomar conciencia del ingreso a un lugar santificado, a un espacio distinto. Hemos traspuesto un umbral, hemos dejado lo profano para entrar en lo divino. Podríamos entonces decirnos algo así como... *abandona ya las cosas de fuera. Estás en un lugar reservado, separado. Un lugar distinto a los lugares de los hombres, porque es lugar de Dios. El espacio en que te encuentras es santo. Deja, pues, atrás, todo lo que no se avenga: pensamientos, curiosidades, bagatelas, distractores; toda mezquindad, estrechez, inquietud. Estás en la casa del Padre, que te espera con los brazos y el corazón abiertos. Intenta hacer tú lo mismo.*

No deberíamos, pues, trasponer el umbral de forma apresurada. Serenemos el ritmo de nuestros pasos. Atravesemos con calma el nártex o vestíbulo, dejándonos impregnar por el espacio, los elementos arquitectónicos, los colores e incluso los olores característicos. Y aun sería bueno detenernos unos segundos, a fin de tomar conciencia de que cada paso que nos acerca al altar es purificación y recogimiento.

Si está a mano, tomemos agua bendita. Es un sacramental que limpia las faltas veniales e invoca sobre nosotros la protección contra los influjos del demonio... interesado ahora en que no pongamos los sentidos externos ni los internos en lo que sucederá a continuación<sup>86</sup>. Sabe que la Misa es la batalla donde se decidió su derrota definitiva, y que el fiel que *participa* activamente en ella estará blindado contra todas sus asechanzas. El influjo demoníaco en la rutina, la distracción, la banalización, el respeto humano, será expulsado. Advirtamos la fuerza con que la santa de Ávila recomendaba este sacramental para librarnos del enemigo, taimadamente activo en nuestra época:

De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más para no tornar. De la cruz también huyen, mas vuelven. Debe ser grande la virtud del agua bendita. Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando lo tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia. Digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame

mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito<sup>87</sup>.

Al ingresar serenamente, al detenernos unos segundos, quizá podríamos levantar la cabeza y los ojos. Elevemos la mirada y extendámosla por el recinto. Quizá entonces nuestro pecho se dilate y nuestro corazón parezca agrandarse. Aquel vasto espacio simboliza la eternidad, el cielo donde Dios tiene su morada. Más altas son, ciertamente, las montañas, e inmensa la inmensidad del cosmos; pero todo eso es un espacio abierto, sin delimitación ni forma, en tanto que este es un recinto reservado a Dios y santamente configurado para Él.

¿CÓMO CAMINAR DENTRO DEL TEMPLO?

«Anda en mi presencia y sé perfecto», dice Dios en el Génesis (17,1). «Guarda tus pasos cuando vas a la casa de Dios», enseña Qohélet (4,17). Moverse con dignidad y sosiego puede convertirse en un verdadero acto de culto, en una demostración de fe, en un testimonio de la sacralidad del lugar y en una advertencia para disponer los ánimos propios y ajenos a la celebración.

¿Son muchos los que saben cómo caminar en el interior de un templo, dirigiéndose derechamente al sitio elegido? Ni el apresuramiento nervioso, ni tampoco el andar lento y furtivo, ni la actitud llena de respetos humanos ante las miradas que se clavan en nosotros, son los mejores modos de acceder al templo. Hay momentos en que debemos convencernos de que lo menos importante es la calidad o la singularidad de la concurrencia; ahí no somos fulano o mengano, sino la Iglesia que celebra a su Dios y Señor. Es bueno, por tanto, mantener la mirada al frente, caminar de modo erguido, con equilibrio estable. El bien andante manifiesta un mundo interior de serena quietud.

Busquemos el lugar más a propósito para evitar las distracciones. Estos no suelen ser los de la parte posterior de la nave. Una razón más para llegar con suficiente antelación. Sería también algo indecoroso que, habiendo espacio en los bancos delanteros, nos quedáramos siempre atrás. No deja de ser un detalle cariñoso desear estar cerca de Quien amamos.

LA SEÑAL DE LA CRUZ

El celebrante ha recorrido el tramo que separa la sacristía del altar. Ya dijimos que en este momento no es el padre fulano o el obispo zutano. Ahora es Cristo. Se ha revestido con vestiduras especiales que no son profanas sino sagradas. Va a *impersonar* a su Señor, va a prestarle sus manos y su voz para convertirse en el Sacerdote de su propio Sacrificio.

¿Por qué no se reviste el celebrante directamente sobre el altar, sino que ha de recorrer una distancia ya con los ornamentos de la celebración? Porque ese recorrido es imagen del espacio comprendido entre el pretorio de Pilato y el Monte Calvario. Va a comenzar el Drama; se inicia el *vía Crucis*.

El celebrante besa el Altar, que es el punto donde se realizará el encuentro, donde se inmolará la Víctima. A continuación hace la señal de la cruz. La señal de la cruz

es una inicial manifestación de fe cristiana. Es un *sí* público y visible al Dios que no gobierna con la imposición sino con la humildad del sufrimiento, un *sí* al Amor expresado hasta la muerte.

La señal de la cruz es una profesión de fe: yo creo en Aquel que sufrió por mí y resucitó; en Aquel que ha transformado el signo del oprobio en signo de esperanza y de amor actual de Dios por nosotros. La profesión de fe es una profesión de esperanza: creo en Aquel que, en su debilidad, es Omnipotente; en Aquel que, a pesar de su ausencia aparente y extrema impotencia, puede salvarme y me salvará. En el instante en que hacemos la señal de la cruz, nos ponemos bajo su protección, la ponemos delante de nosotros como un escudo que nos protege de las tribulaciones de cada día, e incluso nos da el valor de seguir adelante. La aceptamos como una señal que indica el camino a seguir: «El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mc 8,34). La cruz nos muestra el camino de la vida: el seguimiento de Cristo<sup>88</sup>.

Junto al gesto de santiguarse, el celebrante afirma el sentido trinitario de lo que viviremos todos: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

**¡Amén!**

Sí, *¡amén!*, porque damos nuestro asentimiento a la acción en la que intervendrán las tres Personas divinas. Se trata del Sacrificio del Hijo, ofrecido al Padre, por intervención santificante del Espíritu. Aunque en la Misa dirigiremos nuestra plegaria prioritariamente al Padre, sabemos sin embargo que Aquel que le presentamos y que será ofrecido como Víctima es Su mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que con Él vive y reina en unidad del Espíritu Santo... Haremos cada oración y cada acción siendo conscientes de ello. Haremos todo en nombre de la Trinidad, mientras trazamos de manera digna y amplia sobre nosotros la señal de la Cruz.

«Signo más sagrado que este no lo hay. Hazlo bien: pausado, amplio, con esmero. Entonces abrazará él plenamente tu ser, cuerpo y alma, pensamiento y voluntad, sentido y sentimientos, actos y ocupaciones; y todo quedará en él fortalecido, signado y consagrado por virtud de Cristo y en nombre de Dios uno y trino»<sup>89</sup>.

Así, en esos pocos segundos, con la señal de la cruz y la invocación trinitaria, hemos resumido toda la esencia del acontecimiento cristiano. No existe mejor manera de comenzar.

#### DOLOR DE CORAZÓN

Luego el celebrante —y todos con él—, nos disponemos a una primera purificación. Después haremos otras, porque ni él ni nosotros somos dignos de participar en una acción propiamente divina, y nunca lo seremos. Pero al menos podemos resultar algo menos indignos por nuestra contrición: *Yo confieso...* Y al repetir tres veces la palabra *culpa* damos con nuestra mano tres golpes en el pecho. ¿Qué querrá significar eso de golpearse el pecho?

Por principio de cuentas, y como todo en la celebración, intentemos que nuestra mente y nuestro corazón coincidan con los gestos. Procuremos hacer *bien* ese sencillo pero expresivo golpe. No será un toque leve rozando la ropa con las yemas de los dedos, sino una suerte de aldabonazo. En las representaciones pictóricas de san Jerónimo aparece el austero penitente hincado de rodillas, golpeándose el

pecho con una piedra. No se trata, pues, de una pantomima, sino de un verdadero golpe que, asestado en las puertas de nuestro mundo interior, desearía castigarlo por su pecado: *¡Recapacita! ¡Entra en cuentas contigo mismo! ¡Conviértete! ¡Haz penitencia!* Este aviso divino se representa y materializa en el golpe de pecho que, sintiéndose dentro, ha de poner en conmoción nuestro mundo interior para que despierte, abra los ojos y se convierta a Dios.

Y será preciso repetir el gesto antes de la Comunión, reconociendo que, no obstante nuestra primera purificación, seguimos sin ser dignos de ese Señor que está muy dispuesto a entrar en nuestra casa.

#### *GLORIA IN EXCELSIS DEO*

¿No es un cambio intempestivo pasar de la contrición a la glorificación? Parecería que cantar ahora el *Gloria* no enlaza con lo que precede ni con lo que sigue. ¿No estaría mejor luego de la Transustanciación, o de la comunión eucarística? ¿Por qué ahora?

Quizá una primera razón podríamos encontrarla al advertir que el perdón de Dios que acabamos de recibir al confesar nuestro dolor, seguida por la absolución del celebrante (*el Señor tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna*), es ya un inmenso motivo para la glorificación de Dios. Pero quizá la razón más fundamental sea que este himno viene a recordarnos el sentido último de nuestra celebración, que es la glorificación del Padre. El hombre debe adorar a Dios antes de solicitar sus favores, y que no hay paz en la tierra sino en los hombres que reconocen la soberanía de Dios.

El *Gloria in excelsis* se denomina Doxología mayor, para distinguirla de la Doxología menor: *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*. Esa Doxología mayor es muy antigua; su estilo permite contarla entre las primeras obras de la literatura cristiana, dada su brevedad de ritmo y el carácter poético que se advierte en la cadencia de sus frases. Estamos ante uno de los más antiguos cánticos empleados en la Iglesia. Algunos autores piensan que Plinio el Joven aludía a él cuando, en su carta al emperador Trajano, escribía: «Los cristianos se reúnen en determinados días antes de la salida del sol, para entonar alternativamente un canto al *Chrestos*, como a un Dios» (*Carmen Chrestos quasi Deo*). Sea lo que fuere, lo que está claro es que los términos empleados en el himno proceden casi en su totalidad de las cartas de Pablo y los escritos de Juan.

Nos servirá advertir que el *Gloria in excelsis* tiene dos partes claramente diferenciadas. Se abre con las palabras que resonaron sobre la cuna del Niño en la noche de su nacimiento. El misterio de la Encarnación vino a cambiar por completo las relaciones de la humanidad con su Hacedor. En la Persona de Jesús podía el hombre tributar a Dios un homenaje adecuado a su santidad; y Dios no vería ya en adelante al hombre como un sujeto rebelde. El pecador desaparecía detrás del amor del más obediente de los miembros de su raza. Por eso los ángeles no solo

glorificaron a Dios, sino que también anunciaron la *paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*. Sí, el Señor ama ya a los hombres y les trae su paz.

Aparece entonces la segunda parte de la Doxología, en la que reconocemos la grandeza del hecho. *Te adoramos, te bendecimos, te glorificamos*. Y aunque estas diferentes formas de tributo a la Majestad divina se parecen, podemos advertir un matiz en cada una. La alabanza, que es un juicio, expresa la ofrenda a Dios de nuestra inteligencia. La bendición se la deseamos con nuestro afecto, con nuestro corazón. La glorificación es un acto de la voluntad que nos pone bajo la dependencia total de nuestro único Dueño. Todas las potencias del alma afirman nuestra sumisión, y nos sentimos felices por ello. Entonces le damos gracias: *Gratias agimus tibi*. Y esto es, por definición, la Eucaristía.

Pero advertimos la razón por la que en esta Doxología le damos gracias. No por un favor u otro, ni siquiera por el mayor de todos, que es el habernos dado a su Hijo. Le damos gracias *propter magnam gloriam tuam*, porque es inmensa su gloria. Le estamos reconocidos por saber que existe, por advertir su Grandeza, su Inmensidad, su Incomprensibilidad. Y porque ahora esos atributos, lejos de llenarnos de miedo, traen a nuestra alma una honda sensación de alegría.

Te damos gracias por tu inmensa gloria. *Dar gracias* significa agradecer, aclamar, demostrar la más pura benevolencia. En especial los griegos, igual que los romanos, alababan la virtud de la magnanimidad, la libre nobleza del ser. Tal actitud aparece aquí en relación con Dios y se expresa maravillosamente al decir *te damos gracias por tu inmensa gloria*. También entre los hombres se encuentra el sentimiento que lleva a afirmar «te agradezco, no solo por lo que haces y sientes por mí, sino también por ti mismo, porque existes». El amor alcanza aquí una grandeza plenamente misteriosa<sup>90</sup>.

Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso... quizá el anónimo autor de la Doxología presentía aquello que angustiaba a Pascal. Por fortuna, Dios no es el «Dios de los filósofos ni de los sabios». Está unido al corazón de los hombres por un vínculo indeleble y dulcísimo, es el Dios revelado por Jesús y cuyo nombre nos enseñó a pronunciar: Padre. Un Padre Todopoderoso, *Pater Omnipotens*. Porque un Omnipotente sin más nos aterraría, pero un Padre que al mismo tiempo es Omnipotente no trae a nuestra alma sino una profunda sensación de paz, de consuelo y de esperanza.

Aparece entonces la alabanza a Jesucristo y a su obra en apretado y hermoso resumen. Su preexistencia: *Domine Fili Unigenite, Iesu Christe*, «Señor, Hijo Único, Jesucristo». Encarnado, es entonces a la vez Hijo del Padre y Cordero de Dios, que ha venido a redimirnos, asumiendo en sí los pecados del mundo: *Señor Dios, Cordero de Dios, tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros...*

El *Gloria* es, pues, todo él, un hermoso himno de fe, de alegría y de gratitud. Viene a recordarnos que la Misa es fundamentalmente un ejercicio de adoración. Si nos hemos reunido junto al altar es, sin duda, para pedir perdón y para solicitar nuevos socorros. Pero primordialmente para alabar la grandeza del Padre

Omnipotente que nos da el eminente don de su Hijo con el Espíritu Santo, en la gloria de la Trinidad.

LA ORACIÓN COLECTA NOS UBICA

Cuando Augustine Thierry<sup>21</sup> perdió la vista, rogó a *l'abbé* Adolphe Perraud<sup>22</sup> —que había sido su alumno en la escuela Normal— que fuera cada domingo a hacerle una lectura religiosa. «Yo me había imaginado —escribió el futuro cardenal Perraud— que el célebre historiador desearía oír sucesivamente lecturas secuenciales de la Sagrada Escritura. Pero en nuestra primera entrevista me dijo: “Señor abate, tenga usted la bondad de leerme las oraciones de la Misa de hoy”. La misma petición se repitió domingo tras domingo. Yo leía lentamente las oraciones litúrgicas, interrumpido solamente por algunas exclamaciones que mi oyente no podía contener: “¡Qué bello —decía en voz alta—, qué grande, qué profundo es todo eso!”».

Ojalá tengamos la serenidad de meditar las oraciones de la Misa, ya sea en sus partes fijas, ya en sus partes variables. Nos dará abundante material de meditación. Y será, además, una excelente manera de disponernos interiormente a la celebración. Como Thierry, también nosotros acabaremos maravillados de su contenido. Son oraciones que proceden de la fe multiseccular de la Iglesia: *lex orandi, lex credendi*.

Digamos algo sobre la *Colecta*. Concluidos los ritos iniciales, encontramos esta oración que, junto con otras —la Oración sobre las ofrendas, la Oración para después de la comunión, y otras más breves— constituyen las plegarias variables de la Misa. ¿Qué sentido debemos darle a la así llamada *Colecta*?

El celebrante —después de invitar a orar— permanece unos instantes en silencio, intentando con esos segundos dar tiempo a que mentes y corazones —el suyo y el de los demás— confluyan en lo que va a decir a continuación. La palabra *colecta* viene del latín, y sus componentes léxicos son el prefijo *con* (todo, junto) y *lectus* (escogido, apreciado). «La oración que sigue —parece querer señalar la liturgia—, es lo que en este momento debes implorar para la celebración en que participas. No pidas tan solo lo que traigas en tu alma, sino únete a lo más granado de los deseos de la Iglesia en esta Misa. Es la petición de la Iglesia: intentan que sea también la tuya. Esta petición se dirigirá al Padre y será del todo agradable en Su Presencia, porque irá asociada a la Víctima».

«El sacerdote invita al pueblo a orar, y todos, juntamente con el sacerdote, guardan un momento de silencio para hacerse conscientes de que están en la presencia de Dios y para que puedan formular en su espíritu sus deseos. Entonces el sacerdote dice la oración que suele llamarse *colecta* y por la cual se expresa el carácter de la celebración»<sup>23</sup>.

Aunque es tan solo el sacerdote quien la pronuncia, esta oración está siempre en plural<sup>24</sup>. Los asistentes se unen a ella en silencio, intentando que lo oído coincida con lo que llevan dentro. Estarán entonces seguros de enfocar adecuadamente *la dirección* específica que la Iglesia desea dar a *esa* Misa.

### III.

ESTANISLAO DZIWIŚ, *Mi vida con Karol*, La esfera de los libros, Madrid 2008, p. 82.

ROMANO GUARDINI, *Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires, 2010, p. 15.

ROBERT SARAH, *La fuerza del silencio*, Palabra, Madrid 2017, p. 137.

*Salmo 76,8.*

SANTA EDITH STEIN, *Ciencia de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 1988, p. 187.

*Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires, 2010, pp. 21-22.

Médico y escritor místico franciscano (+1540).

*Subida del Monte Sión: contiene el conocimiento nuestro y el recogimiento de Cristo y el reuerenciar a Dios con la contemplación quieta* (1538).

*Éxodo 3,5.*

SAN JOHN HENRY NEWMAN, Par. 5,2.

ROBERT SARAH, *La fuerza del silencio*, Palabra, Madrid 2017, p. 139.

«Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (CONCILIO VATICANO II, Const. Sacrosanctum Concilium, n. 7).

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 197.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilía *Sobre el cementerio y la Cruz*.

BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, n. 12.

GONZALO DE Berceo (Berceo, Logroño, hacia 1195, Monasterio de San Millán de la Cogolla, hacia 1268). Es el primer poeta en lengua castellana con nombre conocido.

*Sobre el sacerdocio*; III, 4: pp. 48,642.

M. M. PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Palabra, Madrid 1983, p. 158.

*Epiclesis*, del griego *epi* —por encima de, o sobre—, y el verbo *kaleo* —llamar—, es un gesto litúrgico que se realiza inmediatamente antes de la Consagración. Al colocar el sacerdote sus manos sobre el pan y el vino, —uniendo a ese gesto la invocación al Espíritu Santo—, el Paráclito actúa en plenitud pues todo acontecimiento cultural en la nueva economía de la salvación se realiza «en espíritu y en Verdad» (*Jn 4,24*). *Ex opere operato*, literalmente «por la obra realizada», se refiere a la concesión infalible de la gracia cuando el sacramento se realiza válidamente.

Sobre la intervención del Espíritu Santo en la liturgia trata el *Catecismo de la Iglesia Católica* del n. 1091 al 1112.

JUAN JOSÉ SILVESTRE, *La Santa Misa*, Rialp, Madrid 2015, p. 33.

TIHÁMER TOTH, *La Eucaristía*, Sígueme, Salamanca 2001, p. 101.

«La Fiesta es algo más que una fecha o un aniversario. No celebra, sino reproduce un suceso... la fiesta vuelve creador al tiempo. La repetición se vuelve concepción. El tiempo engendra... Aquí y ahora, cada vez que el sacerdote oficia el Misterio de la Santa Misa, desciende efectivamente Cristo, se da a los hombres y salva al mundo. Los verdaderos creyentes son, como quería Kierkegaard, “contemporáneos de Jesús”» (*El laberinto de la soledad*, FCE, México 1993, p. 227).

Cf. *Hebreos 6,6*.

«Oh, Dios mío, esto es mucho más grande que nosotros: sé Tú solo, por favor, responsable de esta enormidad» (*Hymne du Saint Sacrement: «Soyez tout seul, mon Dieu, car pour moi ce n'est pas mon affaire, responsable de cette énormité»*).

ANTONIO SOCCI, *El secreto del padre Pío*, La Esfera de los libros, Madrid 2007, pp. 217-219.

Teólogo italiano, fue arzobispo de Génova durante más de cuarenta años. Nació en 1916 y murió en 1989.

*Selva de materias predicables*, p. 2,1.

«Si uno se santigua con agua bendita con devoción, eso produce tres efectos: atrae la gracia divina, purifica el alma y aleja al demonio. Ese gesto de santiguarse con esa agua nos atrae gracias divinas por la oración de la Iglesia. La Iglesia ha orado sobre esa agua con el poder de la Cruz de Cristo. El poder sacerdotal ha dejado una influencia sobre esa agua. Al mismo tiempo purifica parte de nuestros pecados, tanto los veniales como el reato que quede en nuestra alma. El tercer poder del agua bendita es alejar al demonio. El demonio puede entrar perfectamente en una iglesia, sus muros no lo contienen, el suelo sagrado no le refrena. Sin embargo, el agua bendita sí que le aleja.

La gente se suele quejar de que se distrae mucho en la iglesia, el demonio tiene gran interés en distraernos justo cuando vamos a estar en contacto con las realidades sagradas. Por eso es tan útil el agua bendita de la entrada.

Aun usando el agua bendita podemos despistarnos, pero tendremos la seguridad de que las distracciones proceden de nosotros y no del demonio.

Aunque nosotros con los ojos del cuerpo no podamos ver la cruz que forma el agua bendita en nuestro cuerpo al santiguarnos, el demonio sí que la ve. Para él esa cruz es de fuego, es como una coraza que no puede traspasar. Insisto en que santiguarse con agua bendita al entrar en una iglesia no es un mero símbolo. Es un símbolo, pero esa agua tiene un poder, un poder que Cristo ganó con sus sufrimientos en la Cruz y que el sacerdote administra con toda facilidad» (JOSÉ ANTONIO FORTEA, *Summa daemoniaca*, Contenidos de formación integral, México 2003, pregunta n. 51). «El diablo, indican los maestros espirituales, se ensaña sobre todo contra la oración y, más en particular, contra la contemplación» (GEORGES HUBER, *El diablo hoy*, Palabra 1992, p. 70).

*Vida*, c. 31,4.

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 202.

ROMANO GUARDINI, *Signos sagrados*, Litúrgica Española, Barcelona 1957, *La señal de la Cruz*.

ROMANO GUARDINI, *Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 64.

Historiador francés que al final de su vida se desdijo de sus opiniones racionalistas aproximándose a la fe. Ciego y paralítico, muere en París en 1856.

Sacerdote oratoriano, miembro de la Academia francesa, obispo de Autun. Creado cardenal *in pectore* en 1893.

IGMR, n. 54.

«Nuestra oración es pública y colectiva, y cuando rezamos no rezamos para uno solo, sino para todo el pueblo, porque todo el pueblo que somos constituye un solo ser» (SAN CIPRIANO, *De domin. Orat.*, 8).

#### IV. «DAME, SEÑOR, UN CORAZÓN QUE ESCUCHE»<sup>25</sup>

«Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida»<sup>26</sup>. A través de ellas, Dios nos interpela, busca captarnos, nos llama a un nuevo comienzo por la gracia y nos obsequia una vida nueva. Su poder creador, redentor y santificador impera ahí donde encontramos su palabra. Hacerla nuestra será tanto como introducirnos en la posibilidad sagrada, donde se forma el hombre nuevo que habitará la tierra nueva y el nuevo cielo. Debemos abrir nuestra interioridad viviente a aquello que se acerca a nosotros con un poder santo, sin limitarnos a la mera comprensión conceptual.

La necesidad de recibir en lo profundo la palabra será tanto más perentoria cuando más sintamos que se trata de algo muchas veces escuchado. La parábola del sembrador o del hijo pródigo, los relatos de la Pasión o las ocho bienaventuranzas, pueden ya no causarnos ninguna impresión. ¿Qué hacer, entonces, para obviar ese riesgo? Aconseja Guardini: «...Será necesario superar esta mala disposición, porque si no nuestra alma será como una calle sobre la cual siempre transitan peatones y circulan coches, es decir, será áspera e incapaz de recibir semilla alguna. Sería bueno que leyéramos previamente los textos sagrados, en las vísperas de la celebración; quizá sería mejor leerlos en el texto bíblico mismo, para poder comprenderlos mejor en el contexto y consultar lo que dicen las notas que aclaran o explican los pasajes difíciles»<sup>27</sup>.

La palabra de Dios es un gran misterio. En ella habla Él mismo, pero con lenguaje humano. Hay también un hablar de Dios que se mantiene, por decirlo así, en un nivel puramente divino y a través del cual le da a nuestro espíritu luz y sabiduría. No se expresa con palabras humanas sino que permanece en aquel misterioso plano de nuestro yo profundo. Pero con la Revelación sucede algo distinto, pues es para todos los hombres. Y cada hombre debe hacerla suya.

En África, cuando los fieles escuchan durante la Misa la proclamación de la palabra, no dejan de manifestar audiblemente su pasmo y su gratitud. Son las expresiones, tan propias de los niños y de los que son como tales —y que tan altamente valoraba Chesterton—, las que están detrás de esas exclamaciones. Ojalá volvamos a escuchar la palabra de Dios en la celebración con el corazón abierto y asombrado de quien, estupefacto, la oye por primera vez.

#### IGLESIA DE LA PALABRA Y DE LOS SACRAMENTOS

Algunos miembros de confesiones protestantes solían decir que ellos eran la iglesia de la palabra, mientras que la Iglesia Católica era la de los sacramentos. Tendríamos que decirles que la Iglesia Católica, por encima del *aut-aut*, busca siempre el *et-et*. No una u otra, sino una y otra. Aunque también es verdad que luego de la insistencia de Lutero en la *sola scriptura*, la Iglesia se atrincheró para evitar la libre interpretación. Pero desde el Concilio Vaticano II se retoma el impulso del movimiento litúrgico del siglo xx que resalta la palabra dentro de la celebración eucarística<sup>28</sup>.

¿Cómo aprovechar mejor, dentro de la Misa, esa parte didáctica o de la palabra? Quizá lo primero que podríamos tratar de comprender es que se trata de una palabra *proclamada*, no tanto *leída*. Quizá nuestra civilización de la imagen nos haya hecho perder un tanto la capacidad de oír, de escuchar. Podrían repartirse hojas volanderas en Misa con las lecturas del día para que cada uno las leyera por su cuenta. Pero aquí se trata de que esas palabras sea depositadas en nuestro corazón a través del oído porque, al fin y al cabo, *fides ex auditu*, la fe viene del oír<sup>99</sup>.

¿Advertimos la diferencia entre leer el texto de una poesía y oírla de un declamador? A todos nos gusta escuchar palabras hermosas, rítmicas, sonoras. El arte de narrar no ha muerto, y un buen actor dramático sigue causándonos un mayor impacto que si simplemente deslizáramos nuestra vista por el texto. Pero en la Santa Misa hay algo más que una palabra bella y solemne: se trata de la semilla de la palabra de Dios lanzada a la tierra de nuestra alma.

«Permítame decir que hay una diferencia muy grande entre leer un texto o escucharlo, porque justamente en la lectura esa cosa delicada e importante que denominamos palabra, no sale verdaderamente a la luz, porque no se muestra en toda su plenitud, en tanto que permanece encerrada en la letra impresa, razón por la cual se malogra lo que en ella es real y lleno de vida»<sup>100</sup>.

La palabra de Dios no se dirige solo al entendimiento, sino a todo el hombre. Debe ser recibida tanto con su sentido como con su forma, ya que el *cómo* —la forma— no debe separarse del fondo. Esa palabra debe manifestarse con su sonido propio, con su calidez, con su potencialidad. Por eso Jesús comparó su palabra a la semilla. La palabra debe hundirse hasta el fondo de nuestro ser. Quizá nos sirva cerrar los ojos mientras la escuchamos. Quizá —como recomienda Guardini— nos ayude leerlas antes de la celebración, para apropiarnos de algunas de sus riquezas. Quizá nos sirva detenernos tan solo en una o dos frases, en uno o dos versículos, y rumiarlos hasta que se nos entrañen. La palabra de Dios, cualquiera de ellas, es inagotable.

«¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, es mucho más lo que dejamos que lo que tomamos... da gracias por lo que has recibido, y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia»<sup>101</sup>.

De ahí la responsabilidad de los pastores para que los encargados de cumplir la tarea de lector estén realmente capacitados para ello. No hay desencanto mayor que presenciar cómo se estropea una lectura bíblica, una enseñanza divina. Los errores de dicción o de entonación —o simplemente no ubicar el micrófono a la distancia correcta— dan al traste con aquella palabra «viva y eficaz, y más penetrante que espada de dos filos, que penetra hasta las junturas del alma y el espíritu, que escruta los sentimientos y pensamientos del corazón»<sup>102</sup>.

#### LA PALABRA DE DIOS COMO CAUSA DE LA GRACIA

Cuando oímos la proclamación de la palabra de Dios hemos de recordar que esa palabra tiene un valor que va más allá de lo meramente cognoscitivo. No basta con

haber comprendido lo que se dice, no basta con haber sido instruidos por ella. Esa proclamación debe encontrar en nosotros una apertura de corazón tal que le permita ser palabra *performativa*, pues al ser palabra divina trae consigo una gracia que podrá tocarnos en lo profundo y darnos una nueva luz o un nuevo impulso de santificación. En síntesis: la palabra de Dios es vehículo de la gracia.

*Per evangelica dicta, deleantur nostra delicta*, dice el celebrante en oración silenciosa mientras se inclina ante el Evangelionario para proclamarlo: *Que por las palabras de este Evangelio, se nos perdonen nuestros pecados*.

«Queda de manifiesto que la palabra de Dios no es solo proclamación para dar a conocer verdades, no es solo signo. De alguna manera añade a la razón de signo la razón de causa. Encierra en sí alguna virtud operativa que no deja de tener eficacia por el hecho de no ser sacramental. De los sacramentos se dice que causan lo que significan. En grado diferente y de manera distinta a la de los sacramentos también se puede afirmar de la palabra de Dios que no solo *significa* sino que *causa*; que no solo opera en nuestro entendimiento para darle a conocer la verdad, sino que también en nuestra voluntad para hacerla querer el bien y para moverla a practicarlo»<sup>103</sup>.

El conocimiento de lo divino produce, pues, gracia. Lo enseña el mismo Jesús cuando dice a los doce: «Vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado»<sup>104</sup>. A los fieles de Corinto explica Pablo que la nueva vida procede del Evangelio: «Fui yo quien os engendró en Cristo por medio del Evangelio»<sup>105</sup>. Y san Pedro lo reafirma en su primera carta: «No habéis sido engendrados de la semilla corruptible, sino incorruptible, por la palabra viva y penetrante de Dios»<sup>106</sup>.

Ahora bien, la palabra de Dios es una *gracia externa*. ¿Cómo hacer para que se convierta en *gracia interior*? Santo Tomás encuentra una razón profunda relativa a esta capacidad que tiene la palabra de Dios para influir en la voluntad y en el afecto. Intentemos comprender su razonamiento: «El conocer se apropia a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, pues esta procede por vía de conocimiento. Pero la Palabra que es enviada, esa Palabra que nos habla con palabras humanas, nos habla y nos enseña no a la manera de una instrucción cualquiera, sino a la manera de una instrucción que prorrumpe en afecto de amor»<sup>107</sup>.

La Palabra (con mayúscula) nos ha sido enviada por Amor. Su hablar procede de ese Amor. Si la recibimos con amor, prorrumperá *en afecto de amor*. La actitud prototípica de escucha amorosa es la de María, que «guardaba todas estas cosas y las meditaba todas en su corazón»<sup>108</sup>. Las meditaba porque las amaba, o, mejor dicho, porque *lo* amaba. Amaba la Palabra que se había hecho carne en sus entrañas. La palabra de Dios procede del Amor de Dios, y su eficacia en nosotros, su valor de causa de la gracia, dependerá del amor con que la escuchemos. Dijimos que a veces nos servirá incluso cerrar los ojos mientras la oímos, dejando que nos empape, que nos inunde la gracia que procede de ella. Cerrar los ojos al tiempo de abrir el corazón. Al fin y al cabo, saber oír es saber amar.

TAMBIÉN LA PARTICIPACIÓN CORPORAL

Advirtamos también el papel que juegan las posturas corporales en la escucha de la palabra. A lo largo de las primeras lecturas permanecemos sentados. Es una postura propia de aquel que quiere atender solícitamente una enseñanza. No está gastando neuronas para mantenerse en equilibrio, y de ese modo puede dedicar toda su atención a lo que escucha. Sentarse es más que un gesto físico, es la manifestación de permanencia, de paz; disposición de apertura. Cuando el fiel se sienta para saber qué le dice Dios, ocurre algo singularmente bello: la palabra divina recibida es, al mismo tiempo, palabra creadora, viva y eficaz. El terreno preparado del corazón recibe la semilla que presagia abundante cosecha.

El Evangelio se escucha de pie, lo que comporta una actitud de alerta, como si de una proclamación de guerra se tratara. Estamos en los últimos tiempos y nada nuevo queda por ser revelado. Tenemos entonces el ánimo de secundar prontamente cuanto se proclama. Con el signo de la cruz sobre la frente, los labios y el pecho antes de escuchar el Evangelio, nos comprometemos a lidiar en esa batalla que nos planteará en la próxima arena de nuestro Capitán.

El estar de pie es actitud expectante y despierta. Implica, en fin, ánimo dispuesto; porque, de pie, ya está uno listo para marchar, como también para cumplir en el acto una orden o comenzar el trabajo que se le asigna (...).

No siempre podrás arrodillarte bien; estarías cohibido. En tales casos, bueno será te pongas de pie; es postura de libertad. Pero que sea un verdadero estar de pie. En ambos pies, y sin apoyarse. Las rodillas tensas, no encorvada una con dejadez. Recto y compuesto.

En esta actitud la oración es austera y libre a la vez, reverente y pronta a obrar<sup>109</sup>.

## CREO Y CONFIESO

Habiendo recibido la Revelación de Dios en su palabra, damos ahora audiblemente la respuesta de nuestra fe. Hacemos *profesión* de ella, en el sentido de que no solo la creemos sino que la confesamos. Y aquí se presenta otro riesgo: la repetición de una fórmula aprendida de memoria quizá desde antiguo, y que puede quedarse en el mero repetir mecánico.

Uno de los testigos del proceso de canonización del santo Cura de Ars dijo de él que rezaba de tal manera que no podía pensarse que se pudiera rezar de una manera mejor. Al rezar el *Credo* —o cualquier oración vocal— será bueno advertir con qué conciencia y con qué piedad lo hacemos. Durante el Símbolo de la fe nos convendrá recordar que lo que creemos *no son las fórmulas*, como si se tratara de la repetición de un conjuro mágico, al modo de la frase que pronuncia un hechicero y de la que se sigue un prodigio. No creemos las fórmulas, sino *las realidades que expresan esas fórmulas* y que la fe y el amor —en definitiva, el rezo bien hecho— nos permitirá entrar en contacto con ellas.

De modo que, al profesar nuestra fe, intentemos siempre ir más allá de las fórmulas y hacernos cargo del contenido. Agradecemos a quienes nos hicieron aprender esas oraciones que nos permiten expresar acertadamente los contenidos de nuestra fe y celebrarla en comunidad. Pero, como todo en el culto, intentemos conectar la voz con la cabeza y el corazón empapados por la fe y los dones. El

contenido de los Símbolos es tan rico que jamás lo agotaremos. San Cirilo de Jerusalén decía que, como el grano de mostaza, siendo muy pequeño, contiene un gran número de ramas, «de igual modo este resumen de la fe encierra en muy pocas palabras todo el conocimiento de la verdadera piedad contenida en el Antiguo y Nuevo Testamento»<sup>110</sup>.

#### INVERTIR EL ORDEN

Ahora bien, notemos que nuestra profesión de fe —igual que cualquier fórmula que digamos durante la celebración— no sigue la misma regla del hablar que se observa en la conversación ordinaria. Aquí no se trata de *pensar* lo que vamos a *decir*, sino de *decir* algo que debemos *pensar*.

Invertimos, pues, el orden de nuestro modo habitual, que es primero pensar y hablar después. Aquí primero decimos y luego pensamos. Y como no estamos acostumbrados a esta inversión, corremos el riesgo de que nuestro hablar en la liturgia sea palabrería hueca. Aparece aquí de nuevo la invitación a volver a la estatura de la infancia. A los niños se les hace aprender con repetido sonsonete una poesía o una tabla de multiplicar. «Digan lo que tienen que pensar, y acabarán pensando de modo correcto. No están todavía capacitados para pensar por su cuenta, porque el poema o las reglas de la matemática los rebasan. Lo irán comprendiendo después, pero por ahora repitan».

San Benito enseñaba que el hombre debe orar *ut mens concordet voci* («de modo que la mente concuerde con la voz»). En la oración litúrgica es, pues, la mente la que debe concordar con la voz, y no al revés. Tenemos que adaptar nuestra mente a las oraciones que pronunciamos o leemos. De ahí la importancia del acompasamiento que debe darse en la oración comunitaria. Ejercitémonos, porque no es sencillo lograr el ritmo y la cadencia.

Y es que, decíamos, junto con la voz y la mente, debe también estar presente el corazón. Estamos hablándole a Dios con palabras que Él mismo nos ha revelado, o que nos trasmite a través de la tradición de la Iglesia. Quizá a veces nos convenga musitarlas, para que atendamos más al sentido que a la dicción. Requerirá un esfuerzo mental —podríamos acabar un poco agotados—, pero habrá valido la pena, porque hemos hecho participar todo nuestro psiquismo en esa oración en que la Iglesia sintetiza lo que cree.

#### UNA «NOVEDAD» QUE NOS REMONTA A LOS ORÍGENES

Pensemos ahora unos instantes en lo que supone para nosotros la «Oración de los fieles» u «Oración Universal». Es posible que, luego de la homilía y la profesión de fe, nuestra cabeza esté un poco saturada como para ponernos a considerar cada una de las peticiones que se incluyen en esta plegaria.

Quizá nos sirva recordar que la «Oración de los fieles» no existía en la liturgia anterior. Existía tan solo —como sigue existiendo— en la liturgia del Viernes Santo, en la que pedimos por judíos, musulmanes, cristianos no católicos, no

creyentes, gobernantes... y nos habrá parecido muy razonable que el día que se conmemora la muerte de Cristo se incluyan peticiones de ámbito universal.

Pero, al parecer, esa liturgia actual del Viernes Santo es fiel imagen de antiguas liturgias eucarísticas. Entonces se pensó, en la reforma del Vaticano II, que nada impedía que los fieles suplicaran por las necesidades de toda la humanidad. Es bonito considerar que, al impetrar de Dios esas súplicas, además de enviar a la patena necesidades globales, entramos también en íntima relación espiritual con aquellas primeras generaciones de mártires y héroes de la fe que las rezaron antes que nosotros.

Una de esas plegarias de la antigüedad nos hará sentir las duras pruebas que ellos experimentaron. Aunque también, de un modo u otro, las experimentamos nosotros. Quizá el conocerla nos inspirará el deseo de volver a leerla, y nos aumentará el sentido de súplica humilde que presentamos cada vez que se nos invita a orar en la plegaria universal.

Oremos, amadísimos hermanos; oremos a Dios Padre todopoderoso, para que purifique el mundo de todos los errores; haga cesar las enfermedades; aleje de vosotros el hambre; abra las puertas de las prisiones; devuelva la libertad a los cautivos; conceda a los viajeros un feliz retorno; la curación a los enfermos, y un puerto de salvación a los navegantes. Oremos: Dios todopoderoso y eterno, consuelo de los afligidos, fortaleza de los que sufren, deja que suban hasta Ti las oraciones de los desdichados que te invocan en los padecimientos, para que puedan todos regocijarse de haber recibido en su angustia el auxilio de tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor<sup>111</sup>.

#### ¿OCASIÓN DE CRÍTICA?

No habrán sido una ni dos, sino muchas, las veces que nos han cuestionado por la *mercantilización* de las celebraciones litúrgicas. ¿Por qué se pasa una bolsa para recolectar dinero? ¿No resulta una suerte de presión para los fieles —ahí presentes con sentimientos religiosos—, mezclar entonces lo pecuniario?

O quizá a nosotros o a otros —que no tenemos ese sentimiento antes descrito—, la bolsa nos recuerde el deber de contribuir con algo al sostenimiento del celebrante y a los gastos del templo. Pero no. La limosna que se recoge en Misa tiene ante todo un sentido religioso. No es igual esa moneda —o ese billete ahí depositado— a la contribución que podríamos dar para reunir fondos con los que construir el anexo parroquial o impermeabilizar el techo de la vivienda del sacerdote.

El sentido primitivo de la ofrenda consistía en que los fieles aportaban los elementos necesarios para la celebración: pan, vino, cera, incienso..., ofrendas que recibían entonces una bendición especial. Santo Tomás de Aquino dice que el canto con que se acompañaba la antigua ceremonia de esa contribución expresaba «la alegría de los donantes»<sup>112</sup>.

Sin embargo ese rito tan expresivo fue resultando con el tiempo poco práctico y estaba, por tanto, destinado a desaparecer. El aumento de feligreses y la multiplicidad de las Misas pedían otra manera de hacerse presentes los fieles en el altar. Fue entonces cuando el papa san Gregorio VII prescribió que los asistentes se

esforzaran por ofrecer a Dios *aliquid*, «algo». La ofrenda de dones en especie fue sustituida por una moneda que buscaba expresar la presencia de algo propio, una manifestación del don de sí en el sacrificio.

Así, pues, es bueno intentar que nuestra limosna en Misa mantenga su sentido religioso. La hacemos en consideración al Santo Sacrificio. Es una donación mínima, sin duda, comparada con el Don de Aquel que se entrega al Padre. Pero hoy como ayer los fieles se privan de algo para expresar con su ofrenda la participación en la Ofrenda de Otro.

## IV.

*I Reyes* 3,5-15.

*Juan* 6,63.

*Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 58.

Cf. Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 35.

*Romanos* 10,17.

ROMANO GUARDINI, *Preparación para la celebración de la Santa Misa*, San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 19.

SAN EFRÉN EL DIÁCONO, *Ex Commentario in Diatessaron* 1,18-19.

*Hebreos* 4,12.

EMILIO SAURAS, O. P., *Teología y espiritualidad del Sacrificio de la Misa*, Palabra, Madrid 1981 pp. 29-30.

*Juan* 15,3.

*I Corintios* 4,15.

*I Pedro* 1,23.

*Suma teológica* I, q. 43, a. 5, ad 1.

*Lucas* 2,19.

ROMANO GUARDINI, *Signos sagrados*, Litúrgica Española, Barcelona 1957, *De pie*.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catech. ill.* 5,12. Ver CEC, n. 186.

Cit. en GEORGES CHEVROT, *Nuestra Misa*, Rialp, Madrid 1957, p. 138.

*Suma teológica*, III, q. 83, a. 4.

## V. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

Mientras le desgarraban la espalda y los costados con unos garfios de hierro, Thelico —uno de los gloriosos mártires que santificaron a la Iglesia de Cartago en el año 304—, oraba así: «¡Dios mío, apiádate! ¡Por el amor de tu nombre, dame fuerzas para sufrir!... ¡Señor, yo te doy gracias!...». Inmediatamente se rehízo. Pues aun cuando la sangre brotaba de su carne hecha jirones, aquel cristiano no estimaba que su sufrimiento fuera un sufrimiento digno de Dios. Y añadió, con una humildad que nos confunde: «Yo no basto para darte gracias»<sup>113</sup>.

Y tenía razón. Ninguna entrega ni ningún padecimiento serían suficientes para ofrendar un sacrificio del todo santo y del todo puro. Ninguno sería una explosión de Amor Infinito, aunque uniéramos todos los de la historia. Por eso ahora, en la Plegaria eucarística, vamos a refugiarnos detrás de nuestro Señor Jesucristo y a pedirle al Padre que reciba benigno ese Amor que se hará presente en la Transustanciación: *Padre misericordioso, te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos...*<sup>114</sup>.

Porque el Sacrificio no es nuestro, la acción que se verificará en unos minutos no es nuestra. La Misa es *opus Dei*, no *opus homini*. Estamos ahí de prestado, en algo que no realizamos nosotros —aunque aparezca nuestra modesta colaboración— sino que la realiza el Hijo por disposición de Padre con la fuerza santificadora del Espíritu.

### ¿CÓMO VIVIR MEJOR EL OFERTORIO?

Momento peligroso, este del Ofertorio. Quizá el coro cante, quizá agradezcamos sentarnos un rato, quizá disfrutemos tranquilamente la música del órgano.

Peligroso... ¿por qué? Porque podríamos considerarlo como un *impasse* entre el torrente de palabras que acabamos de escuchar y la *actio* que vendrá luego. Algo así como una invitación a relajarnos antes del evento solemnísimo de la consagración.

Pero el Ofertorio no es sino el momento de la donación interior, de la conjunción de todo lo nuestro con todo lo de la Víctima. Ahí *nos vamos* nosotros, nos incluimos. Ahí hemos de colocar, sobre la patena, nuestra vida y cuanto somos y hacemos. Van también los contenidos de la Oración Universal que acabamos de rezar. Y ahí, en la patena, incluimos el conjunto de nuestra vida: miserias, dolores, angustias, penas, trabajos... que podrán entonces ser elevados, ofrecidos al Padre junto con los elementos de la tierra que serán transustanciados. Entonces quizá también todo ese enorme fardo de necesidades, de luchas y de tragedias que hemos colocado resulte también transustanciado, es decir, se *cuele* junto con la Víctima Adorable ante la presencia de Padre y resulte a su vez redimida, santificada.

«En el pan y en el vino está representada nuestra entera existencia: el trabajo y el descanso, la salud y la enfermedad, las alegrías y las preocupaciones familiares, los proyectos coronados por el éxito y también los fracasos, que el Señor permite para nuestro bien. Todo lo quiere Él asumir, unido a la materialidad

del pan y del vino, para ofrecerlo con su Cuerpo y con su Sangre al Padre, por la virtud del Espíritu Santo»<sup>115</sup>.

Dios recompensa a la manera divina. Espera sobre todo la entrega de nuestro corazón, en verdadera actitud de holocausto. Le mandamos ahí, dándole peso a la patena, nuestros pobres dones —aunque sean dones necesitados de redención—, dones que se unirán al Don, y al ir ahí, junto con la Víctima, nos serán devueltos transustanciados. Ya no somos el que éramos, ya no podemos salir igual que como entramos. Hemos estado presentes en un Sacrificio de valor infinito, y tuvimos la osadía de unirnos a él. Y de unir a él cuanto nos incumbe.

Por eso el Ofertorio es el momento de *pedir*. No es —al menos no debe ser de modo habitual— la comunión eucarística el momento de pedir, porque ahí se trata de hacernos uno, de una *unión-común* con Aquel que hemos recibido en el Pan. Pero el Ofertorio sí es el momento de pedir... y, ¿qué pediremos ahí? ¿Cuál es el *pondus* de nuestra patena, cuáles, nuestras carencias más apremiantes? No perdamos tan valiosa oportunidad, pongamos junto al pan y al vino esas intenciones y, sobre todo, pongámonos nosotros. Cristo no sube solo al altar del Sacrificio; hubo quienes se decidieron a acompañarlo.

Y aprovechemos también para incluir la creación entera, démosle voz a las criaturas inanimadas, a los astros, a los espacios siderales, al mundo microscópico, a los animales de la tierra y del mar, y también al mundo angélico y a la humanidad entera, la de antes, la de ahora y la de mañana, y todo subirá como Hostia de olor suavísimo ante la presencia del Padre.

«Cuando celebro la santa Misa con la sola participación del que me ayuda, también hay allí pueblo. Siento junto a mí a todos los católicos, a todos los creyentes y también a los que no creen. Están presentes todas las criaturas de Dios —la tierra y el cielo y el mar, y los animales y las plantas—, dando gloria al Señor la creación entera»<sup>116</sup>.

#### a) ¿Por qué pan, por qué vino?

En la cena de la Pascua judía, además del pan y del vino, se empleaban otros elementos que Jesús pudo haber tomado para realizar el prodigio de hacerse presente. Uno de ellos, el más significativo sin duda, era el cordero. Ese animal sin defecto inmolado en el Templo resultaba una imagen hondamente expresiva del Cordero llevado al matadero, anunciado por Isaías. Las hierbas amargas podían también ser elocuentes símbolos de sus dolores durante la Pasión.

Podríamos encontrar muchas razones por las cuales el Señor quiso unirse a nosotros por medio del pan y del vino. Una de ellas es la universalidad de estos elementos, así como la facilidad práctica para obtenerlos y conservarlos. También la realidad del pan como alimento preferido de los pobres y los pequeños, y la del vino como elemento «que alegra el corazón del hombre»<sup>117</sup>.

Pero quizá la razón fundamental es la que expresa la oración litúrgica con que se presentan el pan y el vino: Jesús quiso unirse a nosotros por medio de esos elementos porque veía en ellos una primera y elemental cooperación del hombre con Dios: la del trabajo que requiere la obtención del trigo y de la vid. El pan que comemos es, sí, un don del Creador, pero también es colaboración del hombre en

esa obra creadora, «con el sudor de su frente»<sup>118</sup>. Esa expresión no es una metáfora cuando se piensa en el proceso de elaboración del pan. No hay un trozo de pan que no evoque los duros trabajos de labranza, siembra, cosecha; y también el cansancio de los brazos del panadero que amasa la harina, y el sudor de su frente al hornearlo cerca de un fuego intenso. Y algo análogo podríamos decir del vino.

«Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino (cf Sal 104,13-15), fruto "del trabajo del hombre", pero antes, "fruto de la tierra" y "de la vid", dones del Creador»<sup>119</sup>.

Hay ahí, pues, un verdadero intercambio entre nuestros dones y el que Jesús nos hace. El Cuerpo y la Sangre de Cristo, alimento de nuestra alma, toman como vehículo el pan y el vino ganados por nuestro trabajo. Eso no ocurriría con el cordero ni con las hierbas amargas; ahí no habría intervención de mano humana, sino solo el regalo del Creador. Pero en el pan y el vino intervenimos nosotros. En ese intercambio, Jesús santifica nuestra tarea para convertirla en hostia de alabanza al Padre y causa de redención.

«En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda»<sup>120</sup>.

#### *b) Gotas de agua en el vino*

En la antigüedad, ni los judíos ni los paganos usaban ordinariamente vino puro. El que utilizó Jesús en la Cena estaba, ciertamente, rebajado con agua. El respeto a los modos entonces empleados ha llevado a la liturgia de la Iglesia a mantener el rito de verter unas pocas gotas de agua en el vino que será consagrado.

El Espíritu Santo inspiró a la Iglesia dar un hondo sentido a ese sencillo gesto. Se trata de la incorporación del cristiano a Cristo-Víctima. Mientras vierte sobre el vino esas pocas gotas de agua, el sacerdote reza en voz baja: *Por el misterio de esta agua y este vino, haz que compartamos la divinidad de quien se ha dignado participar de nuestra humanidad*<sup>121</sup>. Somos gota de agua, pero no estamos disueltos en la inmensidad del mar. Aquí nuestra pobre gota de agua, en lugar de perderse en el océano, cae en el vino que pronto será Sangre del Redentor. No es intrascendente el gesto. No estamos en ese gesto como espectadores pasivos viendo al celebrante ocupado en la preparación material del Sacrificio. Tomamos conciencia de que ese mínimo rito expresa una profunda convicción: nuestra divinización a través de la unión con Jesucristo. El agua y el vino ya no pueden ser separados una vez que se mezclan. Tampoco nada nos separará a nosotros de Cristo si a Él nos unimos en el acto de su Sacrificio. En vano trataremos de reconocer las gotas de agua una vez que se han mezclado con el vino. Desaparecerá nuestra indignidad ante los ojos del Padre cuando nos sumerjamos en la santidad del Hijo. Y lo que ahora hace el celebrante simbólicamente se realizará, con eficacia infinita, al momento de comulgar.

## EL SENTIDO DE LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

La Oración sobre las ofrendas es una de las tres oraciones conclusivas de un determinado período celebrativo<sup>122</sup>. Lo que ahora se cierra es el rito de preparación de los dones, es decir, del Ofertorio. Suele ser la más breve de las tres oraciones conclusivas, pero en su brevedad suele albergar un gran contenido orante.

Recoge el sentido espiritual del acto previamente realizado, al tiempo que anticipa el destino que esos dones tendrán en la Consagración. Es como un adelanto del contenido de la Epiclesis, remarcando la intención por la que nos encontramos ahí presentes. Algo así como una súplica urgente que nos zarandea para vivir la gran Plegaria eucarística.

Emplea la invocación «Dios» o «Señor» sin adjetivos, como invitando a relacionar las ofrendas dispuestas sobre el altar con lo que deseáramos que ocurriera. Podemos pensar que el sentido de esta oración no es otro sino decirle al Padre celestial: «Aquí tienes estos pobres elementos que hemos traído ante Ti. Son realidades muy sencillas. Deseamos que las aceptes y realices el prodigio». Es, pues, «dar sentido a las ofrendas presentadas»<sup>123</sup>, como la siguiente, tomada al azar: *Al celebrar tus misterios con culto reverente, te rogamos, Señor, que los dones ofrecidos para glorificarte nos obtengan de Ti la salvación*<sup>124</sup>.

Como un pequeño diamante incrustado en un gran anillo, la Oración sobre las ofrendas puede pasarnos inadvertida. De ahí que merezca la pena ser escuchada atentamente e interiorizada, ya sea cuando se pronuncia o en otros momentos. Así podremos vivir, más espiritual y contemplativamente, la solemne Plegaria eucarística que constituye el núcleo de la Misa.

## PRELUDIO DE LA GRAN ACCIÓN SACRIFICIAL

El sacerdote dice: *¡Levantemos el corazón!*, porque verdaderamente en esta hora tremenda conviene levantar el corazón a Dios, y no rebajarlo a la tierra y a los negocios terrenos... Después responderéis: *Lo tenemos levantado hacia el Señor*, asintiendo al mandato por medio de lo que confesáis. Nadie, pues, asista de tal manera que diciendo con la boca: *Lo tenemos levantado hacia el Señor*, tenga su espíritu distraído en los negocios terrenales<sup>125</sup>.

El Prefacio es ya el prelude de la gran acción sacrificial. Comienza con una acción de gracias, como deber y salvación. Rememora el gesto de bendición del ritual judío que pronunciaba el jefe de familia antes de la comida pascual y que Jesús — jefe de la nueva gran familia que es la Iglesia— realizó también. Él dio gracias, y de ese modo daba por terminada la acción de gracias de la antigua Pascua para comenzar la nueva. La Iglesia repite fielmente las acciones de Jesús en la Última Cena. Ahí el Señor, tanto cuando tomó el pan como cuando tomó el cáliz, *dio gracias*. La Iglesia no olvida que lo que sucederá a continuación es una inmensa donación gratuita que ha dispuesto el Padre celestial. Y nosotros no queremos dejar de reconocer nuestro hondo sentimiento de gratitud por lo que va a suceder.

Lo que va a suceder es algo absolutamente inaudito. Hay que adquirir altura sobrenatural e introducirse en la atmósfera de la soberanía divina. Por eso ahora el celebrante no se dirige al Padre sino a los asistentes, pues necesita —él y ellos—

unas palabras de *incoraggiamento* para acceder a alturas de vértigo. En esta introducción del Prefacio el sacerdote y el pueblo se ayudan mutuamente a dejar de lado toda banalidad y a elevarse. En primer lugar se desean el uno al otro la asistencia del poder divino. El celebrante dice: *El Señor esté con vosotros*. Y responde la asamblea: *Y con tu espíritu*. No solo con tu entendimiento o con tu voluntad, sino con tu más recóndita interioridad, que es la hondura de la que deben proceder tus impulsos de amor, tu adoración, y también tu entusiasmo, tu pasmo y el nuestro, nuestra común alegría.

Por eso hemos de apoyarnos, levantando juntos los corazones. Los fieles, confiados en la asistencia divina, aseguran: *Lo tenemos levantado hacia el Señor*. Y es bonito pensar que este diálogo no ha cambiado desde el siglo III, resistiendo a cuanta reforma ha habido a lo largo de los siglos.

«Acordaos bien del orden de la liturgia. Después de la oración (sobre las ofrendas) se os invita primeramente a elevar vuestros corazones hacia lo alto. Así conviene a los miembros de Cristo, pues Él está en el Cielo. Por eso, cuando se pronuncia *sursum corda*, respondéis vosotros: *Habemus ad Dominum...* el obispo o el sacerdote prosigue: *Gratias agamus Domino Deo nostro*. Y vosotros entonces lo confirmáis y decís: *Dignum et iustum est*»<sup>126</sup>.

No solo es justo y necesario, sino que además es nuestro deber y salvación dar gracias a Dios en todo tiempo y lugar. Sí, hemos de dar gracias a Dios por todo, porque todo es don. *Todo* significa toda la existencia, tal como surgió de la creación y luego de la redención. Este *dar gracias* es un sentimiento que nos aleja de toda pequeñez y egoísmo, es la gran apertura de nuestro corazón que abarca la amplitud de la existencia y la plenitud de la verdad. Y muchas veces omitimos este justo y necesario deber. Pero ahora estamos en la *eucaristía*, la *εὐχαριστία*, la «acción de gracias» por antonomasia. Si por otros dones de Dios olvidamos nuestro deber de gratitud, este, incluido en su misma raíz gramatical, nos lo recuerda.

El texto de los prefacios puede variar según los días y tiempos litúrgicos, para hacer resaltar uno u otro de los múltiples beneficios por los que somos deudores de Jesucristo. Por poca atención que les prestemos, seguramente quedaremos admirados de la inigualable precisión con que resumen en dos o tres líneas toda una enseñanza dogmática. Tanto, que no sería exagerado afirmar que lo esencial del dogma católico se encuentra formulado en la suma de los prefacios. Y que esas síntesis doctrinales pueden darnos abundante material para nuestra oración. Al fin y al cabo, acabamos de decir que tenemos elevado nuestro corazón a las cosas celestiales.

Pero no estamos rezando solos. Nos sentiríamos muy pobres si el más modesto miembro de la familia de seres espirituales se dirigiera en solitario a su Dios. Queremos una comparsa de mayor calidad, y entonces llamamos a todos los coros y jerarquías angélicas. Queremos elevar nuestra alma a las cumbres de la contemplación, hacia las cimas de los espíritus puros. *Una voce dicentes*, unidos en una sola voz, aclamamos al Dios tres veces santo. «En el tres veces santo del principio del canon la comunidad no formula sus propios pensamientos o poesías,

sino que es arrebatada y llevada más allá de sí misma, asociándose al canto de alabanza de la creación que entonan los querubines y serafines»<sup>127</sup>.

Mas de pronto dejamos a los ángeles. Ahora nos unimos al coro de judíos que aclamaron a Jesús el domingo que antecedió a su muerte: *Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor*. La ciudad entera resonaba con sus vivas. Pero sabemos que ahora hemos de refugiarnos en el silencio. La escena cambia de repente. El bendito Hijo de Dios se hizo por nosotros maldición<sup>128</sup>. ¿Quiénes estamos alrededor del altar? Quizá Simón Cireneo y la Verónica, Juan, el buen ladrón y Magdalena, todos apiñados alrededor de María. Llegamos al Gólgota para recoger los frutos del sacrificio redentor. Esta es la grandeza de nuestra Misa.

#### EL CLÍMAX DEL DRAMA

##### a) *Suma de milagros*

A partir de la Última Cena toda la Tradición afirma unánime el prodigioso milagro del cambio del pan en el Cuerpo y del vino en la Sangre de nuestro Salvador, obrado *ex vi verborum*, por la fuerza de las palabras. Palabras pronunciadas por Jesús en la Cena Pascual y fidelísimamente repetidas por sus sacerdotes a lo largo de los siglos.

¿Dónde está el pan? No existe ya, es Cuerpo de Cristo. ¿Por asimilación? No, por conversión, por *Transustanciación* de la sustancia pan en la sustancia del Hijo de Dios hecho hombre. ¿Y vino? No existe tampoco; ahora es Sangre de Cristo. De la materia inerte, Dios realiza el prodigio, convirtiéndola en la realidad viva del Verbo encarnado. El sacerdote presta su persona, sus manos, su voz a Aquel que ya no tiene ahora presencia física y que necesita de una materialidad que sea capaz de hacer audibles las palabras y visibles los gestos que se oyeron y se vieron en el Cenáculo. Y que luego de hacer y decir, nos pidió realizarlo en conmemoración suya.

«No somos nosotros quienes hacemos que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. *Esto es mi Cuerpo*, dice. ¡Esta es la palabra que transforma las cosas ofrecidas!»<sup>129</sup>.

Ante nuestros ojos, y con el refrendo del oído —*fides ex auditu*<sup>130</sup>— se realiza en las manos del celebrante una suma de milagros que, de no ser dogma de fe, parecerían fantásticas figuraciones. ¿Cómo vivir mejor este momento?

Un modo posible sería considerar que la Transustanciación es, en cierto sentido, un milagro mayor al de la misma resurrección. Y es que el cuerpo del Resucitado es, el al fin y al cabo, el mismo del Crucificado —ahora ya con las dotes de la Gloria—, pero en cualquier caso se trata del paso de un cuerpo muerto a un cuerpo vivo, numéricamente el mismo. Pero ahora sucede que de materia inerte, de materia física, de un poquito de harina y agua puestas al fuego, de unos cuantos mililitros del jugo de uva fermentado, aparece un cuerpo vivo, una sangre bullente, y no un cuerpo y una sangre cualesquiera, sino los del mismo Verbo de Dios hecho hombre, tal como permanece en la Gloria para siempre.

Primer milagro.

Segundo. El prodigio se repite cientos de miles de veces a lo largo y a lo ancho del Planeta. Cada día, cada hora, incluso coincidiendo de manera simultánea múltiples veces, miles de celebrantes pronuncian las palabras consagratorias y, al mismo tiempo, se realiza ese cambio de sustancia tan prodigioso. ¿Cómo es posible tal repetición? ¿Cómo es que, el Hijo de Dios hecho hombre, sentado a la diestra del Padre, «baje» también así, en su Ser propio pero multiplicado, cada vez que se pronuncian las sublimes palabras que Él pronunció por primera vez en el Cenáculo? No tenemos respuesta. No nos queda sino bajar la cabeza y adorar en silencio.

«Este sacramento se hace con la palabra de Cristo. Si la palabra de Elías fue tan poderosa que hizo bajar fuego del cielo, ¿no podrá la de Cristo cambiar los elementos? En la creación del mundo habéis leído: “Dijo Dios”, y se hicieron las cosas. Lo mandó y fueron creadas. La palabra de Cristo, que pudo crear de la nada lo que no existía, ¿no podrá cambiar lo que ya existe en algo que aún no es? Porque no es menos dar el ser que cambiar la naturaleza»<sup>131</sup>.

¿Un tercer milagro? Sí, e igual o más impresionante que los otros: el milagro del infinito Amor de un Dios que no tiene inconveniente en hacerse pan partido y sangre derramada, en quedarse sumido en el silencio más total luego de obedecer unas palabras de su ministro para estar con nosotros aquí, ahora, padeciendo el *síndrome de la espera*, que es el de todo enamorado.

Pero nosotros a veces minimizamos el crédito que debemos a la palabra de Dios. Y entonces Él, como un tanto enfadado —Dios amoroso que no se resigna ante el desafecto de sus hijos, que no puede sufrir la indiferencia de los corazones— se abaja a la rudeza de lo sensible y nos hace el favor de permitirnos *ver* la materia física de su Carne y el líquido mismo de su Sangre.

Muchos han sido los milagros eucarísticos a lo largo de la historia. Prodigios que —nuevo milagro— desvelan la realidad oculta, es decir, la presencia de carne verdadera y de verdadera sangre bajo las especies eucarísticas. No nos basamos en ellos para nuestra fe, sino en la palabra pronunciada por el mismo Señor. Pero no cabe duda que Él mismo es quien ha querido darnos estas comprobaciones experimentales de su presencia. Quizá el más conocido sea el de una pequeña ciudad de la costa del Adriático, Lanciano. No repetiremos el relato —fácilmente localizable en la red informática—, sino que resaltaremos tan solo un detalle. Cuando el trozo de carne y los cinco grumos de sangre —con más de mil trescientos años de antigüedad— fueron presentados a una comisión médica de la Universidad de Siena, lo que resultó de los análisis histológicos y microscópicos fue que se trataba de verdadera carne humana y de sangre del tipo AB, el tipo de sangre más común entre los judíos, con todas las proteínas y sales minerales que contiene la sangre humana fresca y normal. La carne fue identificada como parte del tejido muscular del corazón, es decir, del miocardio.

¿Por qué aparece precisamente tejido del corazón? Como si Jesús, para el prodigio de Lanciano, hubiera querido decirnos algo así como: «Bien, ya que la totalidad de mi cuerpo presente en cada partícula de pan va a hacerse visible, dejaré

que sea un trozo de mi Corazón lo que aparezca. Así podré volver a recordar a los míos que lo único que deseo al realizar este prodigio es hacerles presente lo inconcebible de mi Amor».

Meses después de haber visitado el santuario de Lanciano, un sacerdote decía: «Ya no puedo alzar la Hostia o el Vino en la consagración sin ver el Corazón real del Señor entre mis dedos, y su Sangre viva en el cáliz ante mí».

#### *b) Adorar de rodillas*

¿Cómo manifestar de manera apropiada la fe y la adoración ante esa Presencia inefable? Sin duda que poniéndonos de rodillas. Al arrodillarse, el hombre se dobla, pero su mirada se dirige hacia adelante y hacia lo alto. Él se ha rebajado al reconocer la absoluta superioridad de Quien tiene enfrente y lo hace —o lo debe hacer— con el cuerpo y con el alma. Tan solo en el Nuevo Testamento la palabra *proskynein* —arrodillarse— aparece cincuenta y nueve veces, veinticuatro de ellas en el Apocalipsis, libro de la liturgia celestial, punto de referencia de la liturgia terrena.

Hemos de evitar que esta postura se convierta en un mero gesto mecánico, como si fuera un ejercicio gimnástico. En tal caso se convertiría en pura exterioridad. Por eso, y en virtud de la unidad psico-física del ser humano, intentemos darle todo el sentido a esta postura corporal. Pero también advertamos que si nuestra adoración se redujera a su dimensión puramente espiritual, sin materializarse, el acto de adorar sería evanescente, en cuanto que la pura espiritualidad no manifiesta la esencia del hombre.

Arrodillarnos ante las especies recién consagradas es un acto que afecta nuestro ser en su totalidad, porque doblar las rodillas es tanto como doblar nuestra razón y nuestros sentidos para reconocer que estamos ante Aquel cuyo nombre está sobre todo nombre: «De modo que al nombrar el nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre»<sup>132</sup>. Una especie de rendición de lo completo de nuestra persona ante Aquel que es su origen y su fin. Por eso, doblar las rodillas en la Presencia del Dios vivo es algo irrenunciable.

En las sentencias de los Padres del desierto se relata que el diablo fue obligado por Dios a presentarse ante un tal abad Apolo. Este advirtió un ser de aspecto repugnante, desfigurado, negro, con miembros de una escualidez espantosa. Pero la mayor impresión de Apolo fue comprobar que el diablo no tenía rodillas. La incapacidad de arrodillarse aparecía así como la esencia de lo demoníaco.

#### *c) La Elevación*

Cuando vamos a comulgar, el ministro presenta ante nuestros ojos la Sagrada Forma, solicitando de nuestra parte la confesión de nuestra fe (*El Cuerpo de Cristo. ¡Amén!*). Pero antes, la Elevación es un rito cuya finalidad es provocar en los asistentes lo mismo: un acto de fe.

Quizá nosotros no demos ahora la importancia que los fieles daban a este hecho en la Edad Media. Para ver mejor la Hostia la gente no vacilaba, aquí y allá, en

empujarse y en subirse a los bancos, y en lugar de oír enteramente una Misa, corría de un altar a otro para asistir a tantas elevaciones como fuera posible. Solía ponerse además detrás del altar un velo oscuro para hacer resaltar la blancura de la Hostia.

¿Por qué ese interés? Quizá sea convincente la explicación de Guillermo de Auxerre (1150-1232), canciller de la Universidad de París, quien aseguraba que «las oraciones de un gran número eran escuchadas por la mirada que fijaban sobre el Cuerpo de Cristo»<sup>133</sup>. En el momento del primer contacto visual se puede establecer una fuerte conciencia de Su Presencia, y por tanto de su intercomunicación con nosotros.

Por entonces se estableció también la costumbre de que se tocara la campanilla en la Elevación como advertencia para los presentes. Y pronto se añadió el toque de la campana del campanario para prevenir a los ausentes. Los que estaban en su casa o en los campos se arrodillaban; pero los menos alejados de la iglesia se precipitaban entonces en el edificio.

En cualquier caso, en la Elevación tenemos ya una especie de comunión ocular con el Señor recién llegado. Jesucristo se hace presente en la Consagración, ante todo, para suplir nuestra deficiencia. La ostensión de la Sagrada Forma denota la necesidad, absolutamente legítima, de adorar al mismo Jesucristo. Lo vemos y nos ve. Ahí no solo lo vemos, sino que le permitimos dejarnos «observar por Él»<sup>134</sup>.

#### *d) Signo esencial: la doble consagración*

Se eleva el Pan consagrado, se eleva el cáliz con la Sangre preciosa. Se trata de signos —pan, vino—, pero no de signos «vacíos» sino «eficaces». La duplicidad de signos invita a descubrir la Eucaristía como Sacrificio. Estamos en el signo esencial de la Misa, no solo por la consagración de las especies, sino porque esa consagración ha sido doble. Tendremos ahí la clave del sacrificio. ¿Por qué? Porque el Pan y el Vino en la doble consagración son signos de muerte, ya que manifiestan a Jesús tal como estaba en el Calvario: su Cuerpo pendiente de la Cruz, su Sangre toda derramada.

«La divina sabiduría ha hallado un “modo admirable” para hacer manifiesto el Sacrificio de nuestro Redentor, con señales exteriores que son “símbolo de muerte”, ya que gracias a la “transubstanciación” del pan en el Cuerpo y del vino en la Sangre de Cristo, “las especies eucarísticas simbolizan la separación del Cuerpo y de la Sangre”. De este modo, la conmemoración de su muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite y se perpetúa en cada uno de los sacrificios del altar, ya que por señales diversas se significa y se muestra a Cristo en estado de Víctima»<sup>135</sup>.

En Misa Dios ha querido trasladarnos a la cima del Gólgota. Consagrar separadamente las especies manifiesta la separación de la carne y la sangre en el Calvario. La Eucaristía tiene sentido de sacrificio, pero no como mero suceso perdido en la noche de los tiempos. Hoy, aquí, entre nosotros los distraídos participantes; hoy se entrega un cuerpo, aquí sucede el despojo. El prodigio no termina con la institución, sino con la extensión que se daría a lo largo de los siglos. La fe cristiana dice que la Misa es un sacrificio que se hace presente. El Padre nos ha citado a todos en el Gólgota.

No es una verdad fácil de asimilar, pero así sucede. Es verdad de fe. En la Misa, el tiempo y la distancia son aniquilados, y nos encontramos al pie de la Cruz en la que el Hijo de Dios se ofrece para alabanza del Padre y en reparación por nuestros pecados. Y, como su Cuerpo en la Cruz estaba separado de su Sangre —que había sido derramada toda—, así en la Misa se consagran separadamente el pan y el vino, para simbolizar lo ocurrido en el Calvario.

De ese modo, dada la equivalencia entre la Santa Misa y el Sacrificio del Calvario que se va a la eternidad, la verdad de la doble transustanciación vendrá a suponer como el termómetro de nuestra fe. En ella se resume la Revelación completa y la economía total de la Redención. En ella los misterios de la fe y los dogmas están compendiados: la Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Iglesia, los sacramentos, la justificación, la gracia, la eternidad... León XIII asegura que en ella «se contienen con singular riqueza y variedad de milagros todas las realidades sobrenaturales»<sup>136</sup>.

Misterio de los misterios. Hoy, aquí, me trasladan, te trasladan; estás ante el instante en que Cristo muere por ti, por mí, por todos. Allí y aquí se realiza la liturgia celestial donde su cumple toda justicia, al recibir el Padre el homenaje de adoración de Cristo y de los suyos. Ahí, aquí, se vence el pecado; ahí, aquí, se anula el antiguo triunfo de satán. Los frutos de la Redención se despliegan ante todos.

*Él está allí. Está allí como el primer día. Está allí entre nosotros como el día de su muerte. Está allí eternamente entre nosotros, igual que el primer día. Su Cuerpo, Su mismo Cuerpo, cuelga de la misma Cruz. Sus ojos, sus mismos ojos tiemblan con las mismas lágrimas. Su sangre, su misma Sangre, mana de las mismas llagas. Su Corazón. Su mismo Corazón, sangra con el mismo mal. El mismo Sacrificio inmola la misma Carne, el mismo sacrificio derrama la misma sangre. Es la misma historia, exactamente la misma, eternamente la misma, que sucedió en aquel tiempo y en aquel país, y que sucederá todos los días de toda la eternidad. En todas las parroquias de toda la cristiandad<sup>137</sup>.*

Hoy mana su Sangre, hoy se abrasa de sed. Hoy entrega su Cuerpo, hoy le parten el Corazón.

## V.

DOM HENRI LECLERCQ, *Los mártires*, tomo II, p. 210.

Plegaria Eucarística I.

JAVIER ECHEVARRÍA, *Vivir la Santa Misa*, Rialp, Madrid 2010, p. 86.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13 de abril de 1973. «Toda liturgia es liturgia cósmica, un salir de nuestras humildes agrupaciones hacia la gran comunidad que abraza cielo y tierra. Esto le confiere la amplitud, la gran dimensión» (JOSEPH RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 203).

*Eclesiastés* 10,19.

*Génesis* 3,19.

*Catecismo*, n. 1333.

*Id.*, n. 1368.

Esta fórmula está tomada de la Oración colecta del día de Navidad, en uso ya desde el siglo v en la liturgia romana: «¡Oh Dios!, que maravillosamente formaste la dignidad de la naturaleza humana y más maravillosamente la reformaste, concédenos que, por el misterio de esta agua y de este vino, participemos de la divinidad de Aquel que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad. Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén».

Las otras dos son la Oración Colecta, que cierra los ritos iniciales, y la Oración después de la comunión, con la que se concluye el rito de la comunión.

JOSÉ A. ABAD, MANUEL GARRIDO, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, Palabra, Madrid 1997, p. 320.

*Oración sobre las ofrendas*, Domingo VII del tiempo ordinario.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógicas* V, 4.

SAN AGUSTÍN, *Sermón* n. 227.

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 89.

*Gálatas* 3,13.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De prodicione Iudae homiliae*, 1,6: pp. 48, 380.

*Romanos* 10,17.

SAN AMBROSIO, *De mysteriis* 9,50: PL 16, 406-407.

*Filipenses* 2,10-11.

GEORGES CHEVROT, *Nuestra Misa*, Rialp, Madrid 1957, p. 234.

SAN JUAN PABLO II, *Mensaje* a monseñor Albert Houssiau, obispo de Lieja, 26 de mayo de 1996.

PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 89.

LEÓN XIII, Enc. *Mirae Caritatis*, 28-V-1902.

CHARLES PÉGUY, *El misterio de la caridad de Juana de Arco*.

## VI. LA VÍCTIMA SE NOS DEVUELVE

Con la Doxología final (*Por Cristo, con Él y en Él*) concluye el Sacrificio. Cristo es ofrecido al Padre como testimonio del máximo honor y la máxima gloria posibles (*A Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén*). Pero ahora el Padre nos lo hace regresar. Ahora el ritmo de las plegarias entra en una nueva dinámica. Incluso debería variar hasta la entonación y el volumen de la voz del celebrante. Porque el ministro ya no se dirige ahora al Padre sino a nosotros, los que estamos participando en esa Misa.

El Padre recibe a su Hijo y luego, después de haber aceptado plenamente su Oblación, nos lo devuelve en Sacramento. Nos lo va a dar en comunión, una unión entre el Verbo encarnado y cada comulgante como nadie pudo haber imaginado. Comeremos su Cuerpo y su Sangre, y entraremos en la unión más íntima posible con su Alma y su Divinidad. Pero antes, como ya Jesús nos obtuvo de nuevo la unión filial con el Padre celestial, somos capaces de rezar el Padrenuestro.

### EL PADRENUESTRO

La oración dominical es la más perfecta de las oraciones... En ella, no solo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no solo nos enseña a pedir, sino que también «forma toda nuestra afectividad»<sup>138</sup>.

Antes de que el Dios-Hombre crucificado llegara a los brazos del Padre, no podíamos rezar esta oración. No éramos hijos de Dios, y la verdad de las palabras que salieron por primera vez de labios de Jesús no hubieran sido dichas por nosotros en sentido propio. Pero ahora sí. «Ahora ha pasado todo. Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado»<sup>139</sup>.

Por eso la oración del *Padrenuestro* en la Iglesia primitiva estaba rodeada de gran respeto. Era una oración que no se entregaba a todos, sino que se reservaba, como joya preciada, a los catecúmenos en la víspera de su bautismo. «¿Estás a punto de ser bautizado? Toma la oración de Jesús». Y aun los cristianos bautizados no la rezaban sino en el momento culminante de la celebración de la Misa. Y la hacían preceder de fórmulas que señalaban su respeto. En la liturgia oriental del Crisóstomo la introducción al Padrenuestro reza así: *Dígnate, oh Señor, concedernos que gozosos y sin temeridad nos atrevamos a invocarte a Ti, Dios celestial, como a Padre, y que digamos: Padrenuestro...* En la liturgia romana el sacerdote precede la oración con la frase *nos atrevemos a decir*, reconociendo la enorme audacia —*audemos dicere*—, de lo que expresaremos a continuación.

Tertuliano llama a esta oración «resumen de todo el Evangelio»<sup>140</sup>. Ante todo, contiene la revelación de que Dios es nuestro Padre en el sentido fuerte de la palabra: que no es solo la primera causa o ley del mundo, sino una Persona con la que entramos en comunicación de naturaleza. También otras religiones llaman a Dios «padre» y, en latín, *Iuppiter* es la contracción de *Deuspater*. Pero esta

paternidad se entiende únicamente en sentido metafórico, algo semejante a como un héroe o un fundador es llamado «padre».

La fe cristiana enseña algo mucho más entrañable. Dios es verdaderamente nuestro Padre porque nos comunica la vida misma de su Hijo. Algunos autores no dudan en decir que, en el sentido propio «padre» es solo Dios: nuestros padres terrenos son un pálido reflejo de la Paternidad por antonomasia.

No hay, por tanto, oración de mayor consuelo. ¿Podríamos esperar algún maestro mejor de oración que Aquel que respondió a sus discípulos con esta plegaria, cuando le pidieron que les enseñara a orar? «Hay de maestro a maestro», dice a sus hijas la santa de Ávila:

«...Mucho va de maestro a maestro, pues aun de los que acá nos enseñan es gran desgracia no nos acordar; en especial, si son santos y son maestros del alma, es imposible, si somos buenos discípulos. Pues de tal maestro como quien nos enseñó esta oración y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera que no nos acordemos de Él muchas veces cuando decimos la oración, aunque por ser flacos no sean todas»<sup>141</sup>.

Sí, el *Padrenuestro* no es solamente una oración de ánimo o consuelo, sino la más honda revelación de una Paternidad prototípica, mucho más real y verdadera que la biológica. Por eso Jesús nos la enseñó lleno de ilusión; deseó intensamente que creyéramos tan gran revelación. La pronunciaría lleno de amor por el Padre y por nosotros. No la recemos sin amor, sobre todo ahora que acabamos de estrenar, después de la ofrenda del Hijo, nuestro ser hijos<sup>142</sup>.

¿CONSEJOS PARA COMULGAR BIEN?

¿Qué responder a esta pregunta? Quizá algo por demás sencillo. Si hemos rezado bien el *Padrenuestro*, hemos pedido la concesión de nuestro pan cotidiano. Es verdad que la frase se refiere al mantenimiento de nuestra vida física, pero sin duda, y sobre todo, a la concesión del pan supersustancial. Todos nosotros, hijos del mismo Padre, vamos a compartir en la misma mesa nuestro pan familiar, bajo cuyas apariencias recibiremos a *nuestro* Cristo, al Hijo de *nuestro* Padre celestial. La largueza de Dios lo convertirá en pan cotidiano —si queremos recibirlo cotidianamente— y por eso, decíamos, una excelente manera de disponernos a comulgar es haber tomado conciencia de ese Pan que nos regala el Padre.

Pero comulgar bien, lo que se dice bien, es sin duda una pretensión inalcanzable. Hemos oído que una sola comunión, recibida con óptimas disposiciones, nos haría santos de manera inmediata. Pero aunque nunca lo logremos, lo que sí está claro es que Jesús se entristecería si al llegar a nosotros encontrara una recepción desenfadada. Santo Tomás de Aquino llega incluso a asegurar que los actos previos a la recepción eucarística resultan más eficaces que los posteriores: «Se requiere la más grande devoción en el momento en que se toma este sacramento, pues entonces es cuando se percibe su efecto: los actos siguientes pueden perjudicar a esta devoción menos que los que la precedieron»<sup>143</sup>.

A la palpitación de amor al dársenos debería corresponder nuestra palpitación de amor al recibirlo. San Juan María Vianney invita a que, al comulgar, nuestro

corazón esté ardiendo. Esa fuerza de amor hemos de reflejarla también en los detalles externos, pues el enamorado no se presenta desgarradamente en casa de quien ama. La serenidad para acercarnos, la vista recogida, quizá las manos juntas..., todo es importante para expresar la vibración del amor:

Cuando tenemos a Dios en nuestro corazón, este debe estar quemando... una comunión bien hecha es suficiente para abrasar un alma en el amor de Dios, y hacerle ignorar la tierra... Hay pocos que reciban los Sacramentos con buena disposición... debemos estar siempre deseando ardientemente recibir a Dios... Toda la vida del cristiano debe ser una preparación a ese gran acto...

Cuando se comulga, se siente algo extraordinario, un bienestar que recorre todo el cuerpo y llega hasta las extremidades. ¿Qué es este bienestar? Es nuestro Señor que comunica con todas las partes de nuestro cuerpo y las hace vibrar. Los que no sienten nada son dignos de compasión<sup>144</sup>.

Y continúa el Santo con recomendaciones puntuales:

Es necesario por ello que todo tu porte exterior dé, a los que te ven, la sensación de que te preparas para algo grande.

Para acercarte a la Sagrada Mesa, te levantarás con gran modestia; te arrodillarás en presencia de Jesús Sacramentado, pondrás todo tu esfuerzo en avivar la fe, a fin de que por ella sientas la grandeza y plenitud de tu dicha. Tu mente y tu corazón deben estar sumidos en el Señor. Cuida de no volver la cabeza a uno y otro lado (...). Si aún debes aguardar algunos instantes, excita en tu corazón un ferviente amor a Jesucristo, suplicándole con humildad que se digné venir a tu corazón miserable.

Después que hayas tenido la inmensa dicha de comulgar, te levantarás con modestia, volverás a tu sitio y te pondrás de rodillas...; ante todo, debes conversar unos momentos con Jesucristo, al que tienes la dicha de albergar en tu corazón, donde, durante un cuarto de hora, está en cuerpo y alma como en su vida mortal<sup>145</sup>.

#### a) *Cuerpo, Alma, Divinidad*

¿Más *consejos*? Sí: que al comulgar no olvidemos que el Cristo recién recibido se identifica con el Cristo de la historia y de la eternidad. Que no hay dos Cristos, ni muchos, sino uno solo. Que procuremos tomar conciencia de que en la Hostia poseemos al Cristo de todos los misterios de la redención: al Cristo de la Magdalena, al del hijo pródigo y de la samaritana, al Cristo del Tabor y de Getsemaní, al Resucitado de entre los muertos..., el Cristo que actualiza en su Persona la totalidad de los misterios, que se hicieron eternos en Él. No es un Cristo el que poseemos ahora en nuestro pecho y otro el que contemplan los bienaventurados en el cielo.

Debemos hacer un serio esfuerzo por no acostumbrarnos a este increíble prodigio del Amor divino. Es algo que debería revolucionar nuestra existencia. Jesús está *todo para cada uno*; cada uno de nosotros puede ahora tocar la humanidad de Cristo. Las manos del sacerdote y los labios del comulgante entran en contacto con su carne dolorida en la Cruz, con sus nervios y sus huesos molidos, con su cabeza coronada de espinas, con todo ese Cuerpo que se ofreció en el Calvario por nuestros pecados. San Juan Crisóstomo, con vigoroso realismo, instaba a los fieles a que bebieran del Corazón mismo del Señor: «Venid a beber en la herida de su costado», decía. Y lo decía porque el Crucificado estaba ahí, y está también dentro de nosotros, pues la misma Sangre redentora fluye sobre todos los que han recibido la comunión.

Pensemos, además, que si está su Cuerpo, entonces está su Rostro. Podremos adivinar en nuestra comunión no solo la Faz del más hermoso de los hijos de los hombres, sino también la expresión que adoptan sus facciones cuando me descubre a mí, a cada uno. Y podré leer entonces —en ese encuentro cara a cara— el sentir de su Corazón, que buscaré asimilar al mío. Bajo el Pan se esconde la más grande de las creaciones del orden visible, pues la Humanidad Santísima de Jesús es la obra material más esplendorosa que ha salido de las manos del Padre. Y ese rostro es el que tengo ante mí, y esos ojos ahora se posan sobre los míos.

No olvidemos también que, al comulgar, estamos recibiendo «el Alma de Cristo». Todas sus facultades humanas conservan en ella la misma actividad que en la gloria. Dentro de mí está su Inteligencia iluminada por las claridades del Verbo, en la deslumbrante visión de la Trinidad y de todo el Universo. En ella, en esa Alma de Cristo que es la obra maestra de la creación invisible y que se entraña en mí, están también todos sus sentimientos, elevándose hasta el Padre con los ardores de su infinito Amor por Él. Y, lo que es todavía más increíble, ahí, en esa Hostia donde está el Alma de Cristo, fluye hacia mí —miserable pecador redimido por su Sangre— el mismo Amor infinito que Él ofrece a su Padre.

Podríamos detenernos en este punto para preguntarnos si al comulgar intentamos adivinar los sentimientos de su Alma. ¿Qué podemos descubrir sobre ellos en aquella Hostia recién recibida? Siendo Jesús perfecto hombre, la sensibilidad de su corazón es también perfecta, máximamente receptiva, capaz de percibir aun lo mínimo. Él, en nosotros, advertirá no solo el menor detalle de nuestro comportamiento externo, sino sobre todo la rendición, el ansia, la emoción —en una palabra, la *con-cordia*— con que estamos en esa *común-unió*n. Todo es relevante: el cerrar los ojos, el taparnos los oídos, el interiorizar, el estar arrodillado, reconcentrado, el personalizar, las expresiones de cariño..., y también nuestras distracciones o desafectos más volátiles. Porque Él mira nuestro corazón desde el Suyo.

Jesús desea entregarse Él mismo, y de un modo pleno —palpitante de amor—, a cada uno en la sagrada Hostia. No comprenderlo así le provoca ofensas y aflicciones. Le revelaba un día a santa Faustina Kowalska:

Hoy, después de la santa comunión, Jesús me dijo cuánto desea venir a los corazones humanos: «Deseo unirme a las almas humanas. Mi gran deleite es unirme con las almas. Has de saber, hija mía, que cuando llego a un corazón humano en la Santa Comunión tengo las manos llenas de toda clase de gracias y deseo dárselas al alma, pero las almas ni siquiera me prestan atención. Me dejan solo y se ocupan de otras cosas. ¡Oh, qué triste es para Mí que las almas no reconozcan al Amor! ¡Me tratan como a una cosa muerta!»<sup>146</sup>.

«He visto con qué renuencia —continúa en su *Diario* poco después— ha ido Jesús a algunas almas en la Santa Comunión. Y me ha repetido estas palabras: “Voy a algunos corazones como a otra Pasión”»<sup>147</sup>.

Por último, la «divinidad» de Cristo está también allí, en la pequeña Hostia. ¡Dios en mí! He sumido un trozo de pan donde se encuentra el Hijo Unigénito oculto en el seno del Padre, ante quien tiemblan los Tronos y las Dominaciones, en

presencia del cual los Querubines y Serafines se cubren las alas por no poder sostener el brillo de su Faz, esplendor de la gloria divina y figura de su sustancia, Luz de Luz, principio y fin de todas las cosas, sacerdote de los hombres y de los ángeles, salvador del mundo, verdadero Dios del Universo. Y yo lo tengo ahí, en mi pobre humanidad, pasmado ante esa enormidad de ser su templo. «En verdad, en verdad hay alguien en medio de vosotros al que no conocéis», dijo en cierta ocasión Juan Bautista refiriéndose a Jesús<sup>148</sup>. Metido hasta las cejas en una visión chata que no trasciende lo sensiblemente verificable, ¿no habría de merecer ese mismo reproche, cuando mi comunión no es recogida, cuando no me detengo algunos minutos a considerar detenidamente el portento que ha tenido lugar?

### *b) Beber su Sangre*

No debemos tampoco olvidar, cuando comulgamos, que en ese trozo de pan está también la Preciosísima Sangre de Cristo. Para todos los hombres espirituales, la Sangre de Cristo ha ocupado un lugar fundamental al buscar la identidad con el que han sumido. Por eso no es casualidad que hayan sido precisamente ellos, los místicos, quienes en su tendencia a la unión amorosa, sientan una alegría especial descubriendo en cada gota de Sangre la pasión del amor. ¡Y al comulgar la recibimos toda! Los místicos han recorrido ese proceso que los hace embriagarse en el Amor divino, proceso que el resto de los mortales no logramos sino apenas gustar. Pues tanta es la fuerza del sacramento, dice santo Tomás, que no solo fortalece y deleita, sino que es capaz en cierto modo de *embriagarnos*, de emborracharnos de la dulzura de su bondad<sup>149</sup>.

«Ardo por embriagarme de la Sangre de Cristo»; anhelo de san Ignacio de Antioquía camino al martirio que debería ser también el nuestro, al considerar que nuestro interior ha sido llenado por esa Sangre. Despreciando todos los demás consuelos, deberíamos también nosotros poder decir, luego de comulgar, lo que el obispo antioqueno: «No deseo yo los placeres de este mundo, sino que... ardo por embriagarme de esta bebida que es su Sangre, la cual enciende en nosotros un amor incorruptible, dándonos la prenda de la vida eterna»<sup>150</sup>.

A los primeros cristianos no les asustaba emplear el término «embriaguez». No lo entienden, ciertamente, en aquel sentido vulgar con el que los judíos acusaron a los apóstoles el día de Pentecostés de estar cargados de mosto, sino en sentido místico, el que ha brillado en la vida de los santos: «El efecto de la embriaguez es siempre hacer salir al hombre de sí mismo, de sus estrechos límites. Pero, mientras en la embriaguez material (vino, drogas) el hombre sale de sí mismo para vivir “por debajo” de su propio nivel racional, casi del mismo modo que las bestias, en la embriaguez espiritual, por el contrario, el hombre sale de sí para vivir “por encima” de la propia razón, en el horizonte mismo de Dios. Toda comunión debería terminar en un éxtasis, si entendemos con esta palabra no los fenómenos extraordinarios y accidentales que alguna vez la acompañan en los místicos, sino literalmente, como la salida (éxtasis) del hombre de sí mismo, el “ya no soy yo quien vive” de Pablo»<sup>151</sup>.

«Nosotros en Ti vivimos, ¡Tú vives en nuestras venas!», rezaba santa Faustina luego de comulgar<sup>152</sup>. También san Josemaría resalta la misteriosa unión consanguínea entre Cristo y quien recibe la Eucaristía: «Jesús, que tu Sangre de Dios penetre en mis venas, para hacerme vivir, en cada instante, la generosidad de la Cruz»<sup>153</sup>.

c) *La comunión es unión-común*

No terminarían las sugerencias para comulgar mejor. El tema es inabarcable, como inabarcables son los destellos del Amor divino encerrados en la Hostia. Pero a veces nos preguntamos por qué la Eucaristía no realiza en nosotros ningún prodigio, por qué tantas veces nuestras comuniones pierden altura y seguimos sumidos en la visión horizontal de nuestra vida. La respuesta es muy sencilla: porque no nos connaturalizamos con Aquel que recibimos. Si Él es un crucificado y nosotros nos dedicamos a huir de la cruz, no hay concordancia, no hay empatía entre Él y nosotros. Ha venido a cada uno por su *vía Crucis*, por el camino regio de la inmolación, camino marcado por un reguero de sangre.

La comunión se llama así, *común-unión*, y no simplemente *unión*. ¿Por qué? Porque nosotros recibimos a Jesús pero Él también nos recibe a nosotros. Es una donación y una entrega mutuas, una unión recíproca y doble, una verdadera *comunión*. Jesús espera en cada comunión el don de nuestro yo. Y si no lo encuentra, por grande y eficaz que sea la fuerza transformante de la Hostia, Él tendrá que seguir esperando el día en que ¡por fin! pueda hacernos una sola cosa con los despojos de su Persona.

Si la Eucaristía es *el sacramento de nuestra Redención*, nos acercamos al Cristo del Altar como al Cristo de la Cruz. Al comulgar, estamos uniéndonos a Él, cambiándonos por Él que viene de realizar, redimiéndonos, su oblación al Padre. Si el Bautismo y los otros sacramentos nos hacen participar de los méritos de la Pasión de Cristo, en la Eucaristía se consuma nuestra unión con el crucificado: «La Eucaristía es el sacramento de la Pasión de Cristo en cuanto perfecciona al hombre en su unión a Cristo crucificado»<sup>154</sup>.

La Eucaristía es la expresión viva, sacramentalizada, del amoroso anonadamiento de Cristo ante la voluntad del Padre y ante el servicio perpetuo a los hombres. Teresa de Ávila emplea una expresión fuerte para significar tal acto de ofrecimiento de Jesús al Padre y a nosotros: «A trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros *se dejará cada día hacer pedazos*»<sup>155</sup>. En la Eucaristía sigue manifestando lo que pasó en cada instante de su vida terrena: «¿Qué fue toda su vida sino una continua muerte?», dice también Teresa<sup>156</sup>. Jesús es “el crucificado”, históricamente y eucarísticamente, y por eso ante nuestra cruz no cabe sino agradecer a Dios que nos lleve por el camino que señaló a su Hijo. Es la empresa del discípulo de Cristo, porque para gozar de Él no hay otro camino. Un alma permanece superficial mientras no ha sufrido. En la contemplación del misterio de Cristo hay profundidades donde no penetran, sino por afinidad, las

almas crucificadas: la auténtica unión con Dios, la santidad, se consuma siempre en la Cruz.

Quizá sea esa la razón por la cual a veces podremos notar tibieza en nuestras comuniones, y poco fruto de nuestro contacto con Jesús. Olvidamos que la verdadera y radical preparación para unirnos a Él no son los aislados actos de fervor que podamos repetir minutos antes de recibirlo, sino nuestra efectiva comunión con sus sufrimientos. Cuando captemos a fondo lo que significa intercambiar nuestro cuerpo por el Cuerpo que mantiene como trofeos las señales de la Cruz, descubriremos el secreto de la vida de amor en comunión profunda: ser hostia con la Hostia, contribuir en algo al sacrificio mezclando gotas de nuestra propia sangre en el Cáliz de la Sangre del Cordero.

#### d) *Tácticas para después de comulgar*

¿Cómo evitar la dispersión en el tiempo después de comulgar? Cada uno tendrá su método, y será más o menos útil dependiendo del momento, de la situación anímica, de la fe y del amor. Aquí nos atrevemos a sugerir tres posibles *tácticas* para el rato de acción de gracias luego de comulgar: *cerrar los ojos* (y, si hace falta, taparse los oídos), *escribir* las acciones de gracias y la consideración pausada del *Anima Christi* (como oración prototípica para después de comulgar).

*Cerrar los ojos*: Teresa recomienda este sencillo truco para hacerse fuerte en el castillo interior, es decir, para impedir que se introduzcan en nuestra alma las alimañas y sabandijas de las distracciones del mundo exterior. Tan solo cerrar los ojos. Así *les da de mano* a los enemigos que vagan fuera de nuestra alma queriendo infestarla:

[...] como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios: un retirarse los sentidos de estas cosas exteriores y darles de tal manera de mano que, sin entenderse, se le cierran los ojos por no verlas y porque más se despierte la vista a los del alma. Así, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene los ojos cerrados, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza para no mirar las de acá<sup>157</sup>.

«Si los ojos abiertos son para ver la vida, con los ojos cerrados es como ve el amor»<sup>158</sup>. De no hacerlo, quizá estaríamos tentados a pedir y pedir cosas luego de comulgar, comenzando por aquellas que nos presentan los ojos abiertos. Trataríamos de negocios, no de amor. Pero con los ojos cerrados facilitamos la unión: desaparece el mundo circundante y nos quedamos a solas con Él. Y eso es precisamente lo que busca Jesús cuando lo tenemos en nuestro clausurado y oscuro espacio interior.

Y, si hiciera falta, no dudemos además en taparnos los oídos... Recuerdo a un anciano que venía a suplicarme que, después de la comunión, diera yo órdenes para que dejara de sonar el órgano. Me repetía en inglés: *Him, not hymn!* Y quizá tenía razón. El silencio puede ser más deseable que la mejor música en ese lapso, el más importante del día y de la vida. En cualquier caso —y si lo que buscamos es un silencio profundo—, al estar de rodillas podemos taparnos los oídos con las palmas de las manos y prescindir del *hymn* —o de lo que sea— para encontrarlo a Él.

*Escribir nuestras acciones de gracias.* Táctica especialmente importante si andamos con la mente divagada o si, por cualquier razón, nos encontramos en un estado de turbación interior. Hemos de intentar, eso sí siempre, un escribir «personalizado»: lo que yo le digo a Jesús, lo que Él me dice a mí. Pero escribir en esos minutos... ¿no me hará perder la espontaneidad? Quizás, pero también a veces es útil poner en blanco y negro lo que queremos decir al Huésped, dándole de ese modo consistencia y materialidad a nuestras expresiones, que de otro modo podrían resultar evanescentes. Y, si conservamos esos apuntes a lo largo de los meses y los años, nos sorprenderá ver la riqueza de la *común-uniión*, con múltiples matices y coloraciones de fe y de amor.

Por último, la *consideración pausada de las oraciones para después de comulgar, particularmente del Anima Christi*. ¿Por qué la recomendamos de manera especial? Primero, porque en ella nos dirigimos directamente al Divino Huésped, reconociéndolo presente y reconociendo también la enorme dignidad de ser sus interlocutores. Luego, porque su contenido logra un refinado equilibrio entre pensamiento y sentimiento, entre teología y afecto<sup>159</sup>. Tres, porque es la oración más rezada por los fieles, y confiamos ampliamente en el sentido de fe del pueblo cristiano, que vienen repitiendo esta plegaria al menos desde el siglo XIV. Saboreando lentamente esta oración —dirigiéndola «conscientemente» al Interlocutor que nos habita—, entenderemos por qué el cardenal Newman decía de ella que es la esencia misma del cristianismo<sup>160</sup>.

e) *¿Por qué es mejor comulgar de rodillas y en la lengua?*

Postrarse de rodillas es señal de reverencia y adoración. La Iglesia no pide arrodillarse ante una reliquia, ni ante un icono o imagen sagrada. Pero sí ante la Eucaristía, porque confiesa su fe inalterable en la Presencia real de su Dios y Señor.

El gesto más típico de adoración es el gesto bíblico de arrodillarse. En el Apocalipsis —libro de la Liturgia Celestial—, la postración de los veinticuatro ancianos ante el Cordero puede ser modelo y criterio de cómo la Iglesia entera debe reverenciar al Cordero cuando los fieles se acercan a Él y lo sumen bajo las especies eucarísticas. Para el cardenal Ratzinger «el doblar las rodillas ante la presencia de Dios es irrenunciable»<sup>161</sup>. Antes había escrito: «La Comunión alcanza su profundidad solo cuando es sostenida y comprendida por la adoración»<sup>162</sup>.

No está prohibido comulgar de pie. Ni tampoco recibirla en la mano. Pero arrodillarse y recibirla en la boca tiene hondas significaciones. Además de la fe que adora, se manifiesta también la actitud de receptividad que supone la Comunión. En efecto, la respuesta adecuada a tan gran don es la de receptividad. Es la actitud de «dejarse nutrir», justamente la del enfermo, la del incapaz, la del siervo indigno. En palabras de un himno eucarístico se reconoce como algo muy admirable que el siervo pobre y humilde se coma a su Señor: *O res mirabilis! Manducat Dominum pauper servus et humilis* (¡Oh cosa admirable! Come a su Señor el siervo, el siervo pobre y el humilde)<sup>163</sup>.

Además, el gesto de recibir el Pan eucarístico de rodillas —y, por tanto, directamente en la boca— resulta un modo sugestivo y bello de cumplir la invitación de Jesús de hacernos como niños<sup>164</sup>. Los niños comen recibiendo gratuitamente de sus padres lo que no han ganado, y que ni siquiera pueden trasladarlo por sí mismos desde el plato. Alguien les consigue el alimento, y alguien ha de colocárselos en la boca: su incapacidad es manifiesta. Comulgar de rodillas y recibiendo del sacerdote la Hostia en la lengua expresa de modo oportuno y feliz la actitud interior del niño que es alimentado. Son conmovedoras en este sentido las exclamaciones de san Clemente de Alejandría: «El Logos es todo para el niño: padre, madre, pedagogo, nutriente. “¡Comed —dice Él— mi Carne; bebed mi Sangre!”... ¡Oh inefable misterio!»<sup>165</sup>

Es posible suponer, además, que Cristo durante la Última Cena haya dado el pan a cada Apóstol directamente en la boca. Efectivamente, existía en tiempos de Jesús una práctica tradicional en el Medio Oriente, que aún se conserva, en la cual el anfitrión nutre a sus huéspedes con su propia mano, poniendo en su boca un pedazo simbólico de alimento.

En la Sagrada Comunión recibimos la Palabra hecha carne, transformada en alimento para nosotros, que somos niños. Cristo nos nutre verdaderamente con su Cuerpo y con su Sangre. El Crisóstomo ve en el que comulga no solamente un niño que necesita ser alimentado, sino un lactante ávido de la leche materna:

«Con este Misterio Eucarístico, Cristo se une a cada fiel, y a aquellos a los que ha generado los nutre Él mismo sin confiarlos a nadie más. ¿No advierten con qué impulso los recién nacidos acercan sus labios al pecho materno? Pues bien, también nosotros aproximémonos con tal ardor a esta Sagrada mesa y al pecho de esta bebida espiritual. ¡Aún más, hagámoslo con un ardor mayor al de los lactantes!»<sup>166</sup>.

#### LA BENDICIÓN FINAL

La celebración comenzó con la señal de la cruz y termina igual. Pero ahora no somos nosotros los que tomamos la iniciativa de trazarla; la hacemos porque la recibimos.

Dios comunica el poder de bendecir a cuantos intervienen en suscitar la vida, en primer lugar a los padres, de quienes dice el Eclesiástico: «La bendición del padre levanta las casas de los hijos» (3,11). Aunque parezca un tanto fuera de lugar — estamos hablando de la bendición en Misa— quizá nos ayude a apreciarla una experiencia del cardenal Ratzinger cuando niño. «Personalmente jamás olvidaré con qué devoción y con qué recogimiento mi padre y mi madre nos santiguaban, de pequeños, con el agua bendita. Nos hacían la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho, cuando teníamos que partir, sobre todo si se trataba de una ausencia larga. Esta bendición nos acompañaba, y nosotros nos sentíamos guiados por ella: era la manera de hacerse visible la oración de los padres que iba con nosotros, y la certeza de que esa oración estaba apoyada en la bendición del Redentor. La bendición suponía, también, una exigencia por nuestra parte: la de no salirnos del ámbito de esa bendición. Bendecir es un gesto sacerdotal: en aquel signo de la cruz percibíamos el sacerdocio de los padres, su particular dignidad y

su fuerza. Pienso que este gesto de bendecir, como expresión plenamente válida del sacerdocio común de los bautizados, debería volver a formar parte de la vida cotidiana con mayor fuerza aún, empapándola de esa energía del amor que procede del Señor»<sup>167</sup>.

Dios concede a los padres y a los sacerdotes la facultad de bendecir, porque dan la vida. Pero siempre el poder de bendecir proviene de Dios, y queda sin efecto cuando uno presume de tenerlo por derecho propio. Por eso, siendo gracia, don otorgado en Cristo, la bendición que se nos da habrá de ser con el signo de la Cruz. Se nos bendice con aquella Cruz de la que ha pendido el Cuerpo muerto de un ajusticiado, y en cuyo proceso de muerte y resurrección acabamos de participar.

Y simultáneamente recibimos una última prenda de la benevolencia de la Trinidad. La bendición se nos da en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre sonrío a sus hijos devotos señalándoles a su Hijo amadísimo, como en el Tabor<sup>168</sup>. Jesús garantiza la clemencia del Padre: *Él también os ama, porque vosotros me habéis amado*<sup>169</sup>. Y el Amor de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado y que intercede por nosotros con gemidos inenarrables<sup>170</sup>.

## VI.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica* II-II, q. 83, a. 9. El entrecomillado es nuestro.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Vía Crucis*, estación XIV.

TERTULIANO, *Oratio* 1.

*Camino de Perfección*, c. XXIV, 3.

No deja de ser llamativo que en algunos países los fieles realicen el gesto de levantar los brazos cuando rezan el *Padrenuestro* (las Conferencias Episcopales pueden solicitar el permiso a la Santa Sede: cf. IGMR, 390). En las catacumbas aparece ya así la postura del orante. Es un gesto de búsqueda y esperanza; el hombre, en su plegaria, busca al Dios oculto y tiende los brazos hacia Él. Algo así como si deseara dejarse elevar por Dios sobre las alas de la oración. El gesto puede recordarnos también los brazos extendidos de Cristo en la Cruz. El Crucificado le ha dado una nueva profundidad a este gesto de oración tan humano en su origen. Al extender los brazos, oramos con el Crucificado, hacemos nuestros sus sentimientos filiales (cf. *Fil* 2,5).

*Suma teológica* III, q. 80, a. 2.

B. NODET, *Juan-María Vianney, Cura de Ars. Su pensamiento. Su corazón*, La Hormiga de Oro, Barcelona 1994, p. 119-122.

SANTO CURA DE ARS, *Sermón sobre la Comunión*.

*Diario*, n. 1385.

*Id.*, n. 1598.

*Juan* 1,26.

«La fuerza de este sacramento no solo sustenta espiritualmente al alma, sino que al mismo tiempo la deleita y en cierto modo la embriaga con la dulzura de la bondad divina, según aquellas palabras del *Cantar* (5,1): “Comed, amigos, bebed y embriagaos, carísimos...”» (*Suma teológica* III, q. 79, a. 1, ad 2).

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Romanos*.

FÉLIX AROCENA, *En el corazón de la liturgia*, Palabra, Madrid 1999, p. 127.

*Diario*, 812.

*Forja*, n. 780.

«*Eucharistia est sacramentum Passionis Christi, prout homo perficitur in unione ad Christum passum*» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica* III, q. 73, 3, 3).

*Camino de perfección* 33, 4.

*Id.*, 42, 1.

SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 28, 6.

AMADO NERVO, *Elevación*.

Recuerdo una persona que decía que llenaba todo el tiempo de acción de gracias repitiendo una y otra vez la jaculatoria *Alma de Cristo, santifícame*. ¿No nos dará también a nosotros suficiente materia para ese rato de oración el saber que está con nosotros el Alma de Cristo —por tanto, Cristo vivo—, transmitiéndonos lo que guarda en ella —sus pensamientos, su sabiduría, sus deseos, sus afectos, su voluntad—, y difundiéndolo en nuestra alma y en nuestro cuerpo la totalidad de la gracia creada contenida en el Alma humana de Jesús?

Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, «*Anima Christi*». *Origen y evolución de esta plegaria*, en *Manresa* 51(1979), 119-144.

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 187.

*Id.*, p. 86.

Himno *Panis angelicum*.

Cf. *Lucas* 18,17

*Paedagogus* 1, 42,3.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioan. hom.* 82,5.

*El espíritu de la liturgia. Una iniciación*, Cristiandad, Madrid 2002, pp. 208-9.

*Marcos* 9,7.

*Juan* 16,27.

*Romanos* 8,26.

## VII. MARÍA... ¿EN MISA?

Hay quien no falta a Misa un solo día. Esas personas suelen suponer un consuelo para el sacerdote celebrante, que conoce el riesgo —sobre todo en las misas tempranas— de encontrarse sin pueblo.

Los incondicionales son un consuelo y una seguridad. Pero... a veces, incluso ellos... aun a su pesar...

Ella, María, nunca. La Misa y el Calvario son el mismo sacrificio. Si Ella estuvo en el Calvario y cada Misa es el Calvario, María está indefectiblemente en cada Misa: «La Misa es la presencia real, en el tiempo, del único y eterno sacrificio de Cristo»<sup>171</sup>. Nosotros, sabiéndolo, no podemos sino confiar en su segura presencia. Si estuvo entonces, está también ahora. Consecuencia obligada de su presencia ante la Cruz: «María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime»<sup>172</sup>.

Ahora y siempre será María el modelo de feligrés. No solo por su persistente presencia, sino también por el modo de participar en la celebración. Igual que nosotros, Ella acompañó a Jesús en su ascenso al Calvario, en el momento de su Holocausto; nadie como Ella vivió la unión de corazones que todos hemos de buscar con Jesús en su Sacrificio. Ningún corazón como el suyo ha palpitado con el de Él en tan perfecta armonía, ninguno se ha abrasado como el suyo en tan perfecto Amor. Pero mal decimos, y habremos de creerlo: no «participaba» en el Sacrificio, ni «estuvo» acompañando al crucificado: «Está, participa, con nosotros reza y a nosotros se une». En cada Misa, aun en el más oscuro rincón del Planeta, Ella sigue, temblando de amor, cada paso de su Hijo, más aún cuando muere en agonía. Está con nosotros, a nuestro lado en el banco del templo, atenta, dulce, serena, con el hondo pesar que le produce la actualización del Holocausto que Ella presencié visiblemente, y con el inefable gozo de continuar, a una con su Hijo, corredimiendo siempre. Si vivimos con María nuestras Misas, si la descubrimos presente cerca de todos los altares de la tierra, de Ella aprenderemos la sensibilidad para vivir con Jesús algo menos torpemente de como ahora lo hacemos.

### RECIBIMOS A MARÍA EN CADA MISA

Siendo la Misa y el Calvario el mismo sacrificio, resulta de ahí que «en el memorial del Calvario (es decir, en la Misa) está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte». Son palabras de san Juan Pablo II en las que nos descubre que «ahora en cada Misa ocurre lo mismo que ocurrió entonces», y así «no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro». ¿Qué es lo que ha realizado Jesús en el Calvario con su Madre para beneficio nuestro? Dárnosla como propia. Y es lo que sucede en cada Misa: «En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, la entrega a cada uno de nosotros:

“¡He aquí a tu hijo!”. Igualmente dice también a nosotros: “¡He aquí a tu madre” (cf. Jn 19,26.27)»<sup>173</sup>.

Por eso la Iglesia no celebra nunca la Eucaristía sin invocar la intercesión de la Madre del Señor. En cada Misa, «María ofrece como miembro eminente de la Iglesia no solo su consentimiento pasado en la Encarnación y en la Cruz, sino también sus méritos y la presente intercesión materna y gloriosa»<sup>174</sup>.

#### MARÍA EN LA COMUNIÓN

Lo propio de la Eucaristía es hacernos participar de la vida divina por intermedio del Cuerpo y la Sangre del Salvador. El vehículo directo de la transmisión de esa vida divina no es, en este caso, el Alma de Cristo, sino su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, según la expresión litúrgica *el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo me guarde para la vida eterna*. Por eso, el incremento de gracia que recibimos en la comunión se nos trasmite directamente por la Carne que tomó el Verbo en las entrañas de su Santísima Madre. Por María Dios nos dio, en el doble misterio de Belén y del Calvario, el Cuerpo y la Sangre del Señor. Y por María nos lo sigue dando ahora.

Cuando comulgamos —y los diez o quince minutos siguientes, es decir, mientras permanecen en nosotros las especies eucarísticas—, Jesús respira a través de nosotros: «Tú eres mío, contigo yo respiro», le dice Manzoni en sus *Estrofas*<sup>175</sup>. Nos ocurre entonces algo parecido a lo experimentado por María los nueve meses de su embarazo: «Hay una analogía profunda entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del ángel y el “amén” que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor»<sup>176</sup>. Más que en nuestros brazos, como el anciano Simeón, Jesús está entonces en lo más profundo de nuestro ser. Respira a través de nuestra propia respiración, como en María: «En estos tiempos Jesús y María no eran, por así decirlo, más que uno. Jesús, en estos tiempos felices para María, no respiraba más que por la boca de María»<sup>177</sup>.

En el siglo de oro castellano los escritores espirituales llaman a María *Panadera de Belén*. Supieron dirigirle piadosas oraciones, encontrando esa entrañable relación entre el pan eucarístico y Aquella que lo vende:

*Panadera de Belén que vendéis el pan en flor luz del día y resplandor ¿quién tus virtudes loaría e gran honor? ¡Oh santa y preciosa flor! protege y guía, a este pobre pecador que en vos confía.*

San Juan Pablo II va más lejos de la hermosa metáfora de la panadera y descubre además *sabor y perfume* de Ella en ese Pan que se hornea en su vientre: «Si el Cuerpo que nosotros comemos y la Sangre que bebemos son el don inestimable que el Señor resucitado nos entrega a quienes aún caminamos, ese regalo lleva en sí mismo, como Pan fragante, el sabor y el perfume de la Virgen María»<sup>178</sup>.

Dios, que lo hace todo con sentido, quiso que su Hijo naciera en Belén, que significa precisamente «casa del pan», es decir, panadería. Quizá por eso el poeta dice que el olor de la panadería es santo: *En calles como espejos se vacía / el santo*

*olor de la panadería*<sup>179</sup>. En este caso no solo por el Pan, sino también por la Panadera.

## VII.

SAN JUAN PABLO II, *Alocución*, 12-V-1993.

*Id.*, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 57.

*Ib.*

SAN PABLO VI, Enc. *Marialis cultus*, n. 20.

*Estrofas después de la comunión.* Alejandro Manzoni (1785-1873), a través de su obra *I promessi sposi* (Los novios), da comienzo en Italia a la novela moderna de base realista. Su larga vida transcurre recogida en una intimidad y un aislamiento tales que esconden incluso momentos tan trascendentales como su conversión al cristianismo. En 1810 culmina su crisis espiritual con la composición de sus *Inni sacri* («Himnos sagrados»).

SAN JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 55.

SANTO CURA DE ARS, *Sermones*, *San Juan Bautista*, IV, 27.

SAN JUAN PABLO II, *Ángelus*, 5 de junio de 1983.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE, *Suave Patria*.

## VIII. DE MISAS A MISAS

Su Misa (la de san Juan Pablo II) era, a la vez, un momento de verdadero encuentro con Cristo inmolado y resucitado en el altar. Celebraba siempre con gran devoción y atención. Después de la liturgia de la palabra meditaba largamente en medio de un silencio absoluto. El Santo Padre no miraba a nadie, estaba absorto, y lo mismo sucedía después de la comunión, al final de la celebración eucarística. La adoración, que duraba mucho tiempo, nunca le pareció a nadie demasiado fatigosa: uno tenía la impresión de estar viviendo una experiencia que no era de este mundo<sup>180</sup>.

¿Aprovecharé mejor la Misa si me es dado elegir entre un templo u otro, entre un celebrante u otro? ¿Qué alternativas tengo? Si tenemos opciones, no dudemos en elegir la que más nos sirva, aunque requiera mayor desplazamiento o mayor sacrificio.

¿El templo? Aquel en que encontremos «la paz que el mundo no puede dar»<sup>181</sup>. ¿El celebrante? Aquel que por su santidad de vida y por su pausa y devoción nos introduzca más profundamente en lo sagrado, en el Misterio. El que evite convertirse en protagonista. ¿La celebración? Aquella que no ofrezca singularidades que oculten que aquello es *actio Dei*, no montaje o tinglado. Evitemos aquellas otras en las que el Misterio profundísimo del Sacrificio de Cristo resulte banalizado por unas piezas musicales que podrían interpretarse en fiestas infantiles o en shows televisivos. Evitemos también las ceremonias en que parezca que lo central es todo menos el culmen sacrificial, aquellas en que no se da relieve a la liturgia propiamente eucarística, sino que esta se despacha de prisa y corriendo, sin espacio para la oración reflexiva. O, lo que es aún más triste, que se confunda el Santo Sacrificio con una suerte de reunión sindical o convivencia social.

«Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convival fraterno»<sup>182</sup>.

Pero, ¿no es lo mismo una Misa que otra, un lugar que otro, un celebrante que otro? Sí, una Misa es toda Misa y la misma Misa. Cada día se celebran cientos de miles de misas, y en los últimos dos mil años se han celebrado miles de millones de ellas. Todas son la misma Misa, la única Misa, la del Calvario. Entonces, ¿por qué ir a un lugar o a otro, a una celebración o a otra?

Oigamos al padre Sauras<sup>183</sup>: «Los fieles aprecian de manera distinta la Misa de un sacerdote y la Misa de otro. Prefieren a veces que la celebre uno, y que no la celebre otro. Y, si bien en esto puede haber apreciación subjetiva, personal, de simpatía o amistad, no se debe negar por esta razón simplemente humana el subyacente espiritual que puede haber y que sin duda hay en bastantes casos. La influencia del ministro en la eficacia de la virtud aplicativa de la Misa es real»<sup>184</sup>.

Es verdad que la Santa Misa es eficaz, ante todo, por virtud de Cristo, al igual que todas las demás realidades sacramentales. Es el *opus operatum* de la enseñanza tomista. Pero hay una eficacia añadida, debida a la intervención de quienes administran los sacramentos y de los sujetos que los recibe. La teología la llama «eficacia *ex opere operantis*» y esa, sin duda, viene potenciada por elementos externos. Por eso el lugar también importa. Es un hecho comprobado que el sentir

de los fieles ante la celebración de la Misa está en dependencia del modo y del sitio donde se celebra.

Oigamos de nuevo al padre Sauras: «Los fieles muchas veces prefieren más la Misa en un lugar que en otro; más en una iglesia que en otra. Y lo dicho de los fieles dígase también de algunos sacerdotes. Se dirá que se trata de devociones intrascendentes; quizá de supersticiones, o quizá de falta de solidez en la formación religiosa, porque el valor de la Misa es idéntico en todos los altares y en todas las iglesias. No obstante, aparte de la devoción ligera y el capricho, puede haber razones sólidas que justifiquen estas preferencias»<sup>185</sup>.

En los sacramentos, además de Cristo, actúan los ministros. Y están presentes también, no como meros espectadores sino participando, los feligreses. Esas celebraciones se realizan en ámbitos precisos, que pueden influir, por muchas razones (por ejemplo, celebrar en un famoso Santuario Mariano), en la eficacia que produce el sacramento. Participar en Misa tendrá más o menos fruto, por la razón antes apuntada, el *opus operantis*, dependiendo también del ministro y del lugar.

Cuidemos, por tanto, en la medida de nuestras posibilidades, todo lo que fomente la dignidad del culto. Y recemos por los sacerdotes. De su santidad depende la santidad del pueblo cristiano. Y su santidad depende, ante todo, de su celebración eucarística. Cristo hace presente en el tiempo su sacrificio mediante la persona del celebrante. Por eso, cada Jueves Santo, el obispo pregunta a sus sacerdotes en la Misa Crismal: *¿Quieres unirte íntimamente al Señor Jesucristo y configurarte con Él?* Entonces cada presbítero renueva sus promesas sacerdotales, que consisten específicamente en ese elevado deseo. El sacerdote tiene que configurarse con Jesús y estar donde está Él, es decir, en la Eucaristía. La celebración eucarística resulta entonces para él la clave interpretativa de su existencia. Su drama se transforma en tragedia cuando introduce en su horizonte vital claves interpretativas distintas a la eucarística. A veces es posible también que el drama acabe en comedia, en triste parodia, en burla blasfema:

«Qué miseria y qué desorden es ver cómo se conducen tantos sacerdotes, acabada la Misa... No bien llegados a la sacristía, los labios todavía teñidos con la sangre divina y rezada de cualquier modo cualquier breve oración, sin devoción ni atención ninguna, pónense a charlar de cosas inútiles o de negocios mundanos, o salen del templo y se van a pasear a Jesucristo por las calles, pues aún lo llevan en el pecho»<sup>186</sup>.

Solo María puede enseñarnos a tratar a Jesús. Nadie fuera de Ella es capaz, pues todos los demás carecemos no solo de la finura de sus modos sino fundamentalmente de la dignidad debida. No son dignos ni siquiera los ángeles ni tampoco los santos, aun el más encumbrado. Las manos de Ella son las únicas dignas de tocarlo. Por eso resulta particularmente urgente que los sacerdotes acudan a María, y que los fieles pidan para los ministros la gracia de ser marianos. Santa Teresita, que imaginaba muchas veces el modo como ella trataría a Jesús si fuera sacerdote, el gozo con que lo tendría entre sus manos recordando a María en Belén y en Egipto, decía a su hermana: «Celina, si quieres, convirtamos almas. ¡Tenemos que forjar este año muchos *sacerdotes* que sepan amar a Jesús...!, ¡que

lo *toquen* con la misma *delicadeza* con que lo *tocaba* María en la cuna...!»<sup>187</sup>.  
Pedía a sus novicias repetir esta oración:

¡Oh, María, clavada en la cruz por la lanza que atravesó el Corazón de tu divino Hijo: sírvenos de guía para hacernos penetrar en los misterios del sacrificio! ¡Enseñanos a contentar a Jesús y a correr tras Él, al grito que te hizo oír desde lo alto de la Cruz cuando dijo con voz desgarradora: «Tengo sed...»!

¡Oh! ¡Sacerdotes! ¡Sacerdotes todo fuego! ¡Verdaderos hijos de María! ¡Sacerdotes que den a tu Hijo Jesús a las almas con la misma ternura y el mismo cuidado con que tú llevabas en tus brazos al Niño de Belén!»<sup>188</sup>.

## VIII.

SLAWOMIR ODER, *Por qué es santo*, Ediciones B, Barcelona 2010, pp. 150-151.

*Juan 14,7.*

SAN JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, m. 10.

Dominico aragonés nacido en 1911, discípulo de Garrigou-Lagrange. Enseñó teología dogmática en el *Angelicum* y luego en el Estudio General de su Orden. Participó como perito en el Concilio Vaticano II.

EMILIO SAURAS, O. P., *Teología y espiritualidad del Sacrificio de la Misa*, Palabra, Madrid 1981, p.135. En *El alma de todo apostolado*, Dom J. B. Chautard habla de la eficacia del sacerdote cuya fe y piedad son manifiestas: «En él, las palabras y los ritos son flechas capaces de remover los corazones. La liturgia, vivida de esa manera, refleja a los ojos de los fieles la certeza de los Misterios, la existencia de lo invisible, y los anima a invocar a Jesús, aunque casi lo desconozcan, pero con el que palpan que ese sacerdote está en comunicación íntima... estudiando en una escuela universitaria, libres de toda influencia clerical, tuvimos ocasión de ver, por casualidad y sin que él lo observara, a un sacerdote rezando el breviario. Su actitud llena de respeto, enteramente religiosa, fue para nosotros una revelación, y sentimos desde aquel momento la necesidad de rezar, pero del modo con que rezaba aquel sacerdote. La Iglesia se nos aparecía reducida a aquel sacerdote dignísimo en comunicación con su Dios.

Por el contrario, un alma noble hace poco tiempo nos confesaba que al ver a su párroco “volar” en la celebración de la Misa, comenzó a pensar si habría perdido la fe. Desde entonces, nos agrega, dejé de rezar, porque no podía hacerlo, y hasta dejé de creer y se apoderó de mí una especie de náusea al pensar que habría de ver otra vez a aquel sacerdote decir la Misa, hasta el punto que dejé de acercarme a la Iglesia».

*Ib.*

SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Misa y Oficio atropellados*, en *Obras ascéticas de san Alfonso M. de Liguorio*, BAC, vol. II, Madrid 1964, p. 422.

*Carta a Celina*, 30 de diciembre de 1889.

SANTA TERESA DE LISIEUX, Oración recogida por Teresa Durnerin (fragmento).

## IX. DETALLES PUNTUALES

Repasemos brevemente algunos detalles que, a fuer de obvios, podrían suponer una especie de *check list* para la participación más correcta, el menos exteriormente, en la celebración eucarística:

- Llega siempre con unos minutos de antelación. En ese caso lograrás no solo disponer tu interior para modelar el «espacio vital sagrado», sino que además podrás ubicarte en el sitio más a propósito para evitar distracciones. Si siempre es una descortesía ser impuntuales, ¿no lo será mucho más tratándose de la máxima manifestación de amor del Rey del Cielo?
- Vístete de manera apropiada. Otra vez: la cita es con el Rey de Reyes. Se trata de una ocasión especial. Cuando asistimos a un acontecimiento importante en la vida civil nos arreglamos adecuadamente. No iríamos a un funeral en chándal y zapatillas, sencillamente por respeto al difunto y a los deudos. Aquí estamos ante Uno que murió realmente, y ante sus deudos... y estamos también ante la mayor de las fiestas, que es la fiesta del Resucitado.
- La recomendación para el «devoto sexo femenino» incluiría, además de la corrección, la modestia. A una de sus feligresas recomendaba san Pío de Pietrelcina: «Sobre todo, sea extremadamente modesta, pues esta es la virtud que, más que cualquier otra, revela los sentimientos del corazón. Nada representa un objeto más fiel o claramente que un espejo. Igualmente, nada representa mejor las buenas cualidades de un alma que la mayor o menor regulación del exterior, como cuando alguien parece más o menos modesta»<sup>189</sup>.
- Una excelente costumbre es apagar el teléfono móvil antes de entrar al templo. No será suficiente tenerlo silenciado. El hecho de apagarlo evita la curiosidad de enterarnos quién llama o qué mensaje llegó. Y también la tentación de salirnos del recinto para contestar... ¡por no mencionar la enorme incorrección que supondría contestar dentro!
- El templo no es el lugar para socializar: «La casa de mi Padre es casa de oración» (Mt 21,13). Procura no conversar con los conocidos (ni con los desconocidos), y si hay necesidad de hablar, hazlo en voz baja. La tentación de socializar se evita fácilmente si procuramos ir con la vista recogida. Estamos ahí para rezar.
- Haz la señal de la Cruz al entrar y salir del templo, buscando, si la hay, agua bendita. Santa Teresa de Ávila encomiaba mucho este sacramental como eficaz defensa contra el demonio. Aquí será sobre todo el demonio de la distracción, que querrá posarse sobre nuestras cabezas y hacernos bostezar.
- Antes de seleccionar tu sitio, dirígete al Sagrario para hacer una genuflexión. Es una excelente manera de introducirnos en el ámbito de lo sagrado, pues saludamos a Aquel a quien pronto veremos Crucificado. Es otra vez san Pío aconsejando a la misma feligrés: «Entre en la iglesia en silencio y con gran respeto, considerándose indigna de aparecer ante la Majestad del Señor. Entre otras consideraciones piadosas, recuerde que nuestra alma es el templo de Dios y, como tal, debemos mantenerla pura y sin mácula ante Dios y sus ángeles»<sup>190</sup>.
- Durante la celebración de la Misa, evita los desplazamientos (como peregrinar ante imágenes veneradas en ese templo o santuario).
- Al recitar en voz alta las oraciones, pronuncia las palabras claramente, observando las pausas, llevando el ritmo de la plegaria, sin apresurarte ni retrasarte respecto a los demás. San Juan Bosco pedía que sus formadores inculcaran «con constancia a los jóvenes que aprendan bien las palabras rituales de la Santa Misa y las pronuncien devotamente, para no caer en el defecto de decirlas rutinariamente y con precipitación». Aunque no lo hacemos porque nos vean, nuestro comportamiento podrá ser edificante y, a través de nosotros, aumentará la gloria del Padre celestial.
- Deja los cariños extravagantes para otro lugar y momento (con tu pareja, con los niños...). Estás en un ámbito sagrado.
- ¿Aplaudir al terminar la celebración? Démosle la palabra al experto: «Cuando se aplaude por la obra humana dentro de la liturgia, nos encontramos ante un signo claro de que se ha perdido totalmente la

esencia de la liturgia, y ha sido sustituida por una especie de entretenimiento de inspiración religiosa... Yo mismo he asistido a una celebración en la que el acto penitencial se sustituyó por una representación de danza que, como es obvio, concluyó con un gran aplauso. ¿Podríamos alejarnos más de lo que realmente es la penitencia?»<sup>191</sup>.

– No salgamos del recinto antes de que el sacerdote haya abandonado el presbiterio. A veces da la impresión de que el feligrés huye de algo que le ha resultado particularmente molesto.

– La lista de detalles sería interminable, pero la mínima actitud de respeto y de sentido religioso nos llevará a procurar evitar detalles inadecuados como tomar fotografías, masticar chicle, introducir comidas o bebidas, evitar tener las manos dentro de los bolsillos (aunque haga frío), sentarnos decorosamente (con la espalda recta, sin cruzar las piernas)...

– Terminemos con la misma conclusión con que finalizaba sus consejos el padre Pío: «Al asistir a la Santa Misa y a las funciones sagradas, permanezca muy compuesta, cuando en pie, arrodillada y sentada, y realice todos los actos religiosos con la mayor devoción. Sea modesta en su mirada, no gire la cabeza aquí y allí para ver quién entra y sale. No ría, por respeto a este santo lugar y también por respeto de quienes están cerca de usted. Intente no hablar, excepto cuando la caridad o la estricta necesidad lo requieran»<sup>192</sup>.

## IX.

*Carta a Annita Rodote*, 25 de julio de 1915.

*Ib.*

JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2002, pp. 223-4.

*Carta a Annita Rodote*, 25 de julio de 1915.

## EPÍLOGO: LA LITURGIA CELESTIAL

La liturgia que celebramos en la tierra  
es una misteriosa participación en la liturgia celestial<sup>193</sup>.

### EL SACRIFICIO SE VA A LA ETERNIDAD

La Santa Misa —o *Divina Liturgia*, como se le conoce en las tradiciones orientales—, no es una realidad puramente terrenal. Es verdad que sucede en un tiempo y en un lugar precisos, pero su proyección última está en los Cielos. Así se realice en una humilde choza rural con un único feligrés o se trate del Papa celebrando en San Pedro rodeado de cardenales, obispos y millones de fieles, lo que se celebra en cualquier caso es algo que sigue el curso de la perenne celebración de la Misa celestial.

La Misa actualiza un hecho *sucedido en la historia* —el Misterio Pascual de Cristo—, pero se sale del tiempo ubicándose en la eternidad<sup>194</sup>. Podemos, pues, intentar en Misa la vivencia de la eternidad. Porque si aquí en la tierra somos capaces de participar en la liturgia eucarística es porque otra Liturgia —en este caso, con una gran mayúscula—, se está celebrando en el Cielo. El Misterio Pascual del Señor, la adoración al Padre por el sacrificio de Cordero, está teniendo lugar en la Gloria. Y a esa Liturgia estamos invitados a sumarnos con la nuestra. *Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia hasta el altar del Cielo, por manos de tu ángel...*<sup>195</sup>.

¿Puede ser verdadero algo tan maravilloso? ¿Se nos abre, en cada Misa, un acceso al Cielo, en la glorificación al Padre? ¿Estamos unidos a los coros angélicos y a la innumerable multitud de santos? ¿Está ahí, como celebrante, el mismo Cordero inmolado, Sacerdote de su propio Sacrificio? Sí, y hemos de creerlo. En la Misa, en cualquier ámbito y en la circunstancia que sea, coinciden tierra y cielo, tiempo y eternidad.

«En la Liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos»<sup>196</sup>.

Y entonces nos ponemos a pensar si no serán estas profundas verdades de la fe que mal captamos las mismas que nos piden entender que «es tanto el Amor de Dios por sus criaturas... que al decir la Misa deberían pararse los relojes»<sup>197</sup>.

### LA VISIÓN DEL APOCALIPSIS

Jesús murió una sola vez y en la Misa, repetimos, estamos en ese único Sacrificio. En él, Cristo glorifica al Padre, pero también el Padre glorifica a Cristo. Lo corrobora el vidente del Apocalipsis, que cae en éxtasis al tiempo que ve «un trono erigido en el cielo, y Uno sentado en el trono, y veinticuatro tronos alrededor del trono, y sentados en los tronos, veinticuatro ancianos con vestiduras blancas»<sup>198</sup>. El Antiguo y el Nuevo Testamento, representado por esos veinticuatro ancianos (las doce tribus de Jacob, los doce apóstoles), «...se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas delante del trono diciendo: “Eres digno,

Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; por tu voluntad, no existía y fue creado”»<sup>199</sup>.

Estamos, pues, ante la presencia de la Majestad del Padre. En la visión de Juan, Jesucristo aparece con vestiduras sacerdotales: «Y en medio de los candeleros vi como a un Hijo de Hombre, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies»<sup>200</sup>. Luego aparece el Cordero que, no obstante estar degollado, se mantiene en pie. Es Jesús muerto y resucitado. Al Cordero que ha sido inmolado glorifican los ángeles y los santos: «En la visión oí un clamor de muchos ángeles que rodeaban el trono, a los seres vivos y a los ancianos. Su número era de miríadas de miríadas, y clamaban: “Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza”»<sup>201</sup>.

El Apocalipsis descubre así que la Misa se está celebrando perennemente en el Cielo. Fue precisamente su conocimiento de ese libro sagrado lo que determinó la conversión de Scott Hahn. En su época de teólogo protestante había intentado, sin fruto, dar con la clave que le desentrañara el misterio contenido en ese libro de la Biblia. «Después tuve una visión: ¡una puerta abierta en el cielo! (Apoc 4,1). Y la puerta daba... a la Misa»<sup>202</sup>. Había ido de incógnito y se había colocado en la penumbra de una iglesia de Milwaukee, asombrándose de la riqueza escriturística de la celebración. Refiere su estupor «cuando oí a la comunidad recitar: “Cordero de Dios... Cordero de Dios... Cordero de Dios...”, y al sacerdote responder: “Este es el Cordero de Dios...” mientras levantaba la Hostia. En menos de un minuto, la frase “Cordero de Dios” había sonado cuatro veces. Con muchos años de estudio de la Biblia, sabía exactamente dónde me encontraba. Estaba en el libro del Apocalipsis, donde a Jesús se le llama Cordero no menos de veintiocho veces en veintidós capítulos. Estaba en la fiesta de bodas que describe san Juan en el último libro de la Biblia. Estaba ante el trono celestial, donde Jesús es aclamado eternamente como Cordero. No estaba preparado para esto y, sin embargo, ¡estaba en Misa!»<sup>203</sup>.

La convicción de Hahn viene sintetizada en el siguiente número del *Catecismo*:

El Apocalipsis de san Juan, leído en la liturgia de la Iglesia, nos revela primeramente que «un trono estaba erigido en el cielo y Uno sentado en el trono» (Ap 4,2): el «Señor Dios» (Is 6,7; cf. Ez 1,26-28). Luego revela al Cordero, «inmolado y de pie» (Ap 5,6; cf. Jn 1,29): Cristo crucificado y resucitado, el único Sumo Sacerdote del santuario verdadero (cf. Hb 4,14-15; 10,19-21; etc.), el mismo «que ofrece y es ofrecido, que da y que es dado» (*Liturgia Bizantina, Anaphora Iohannis Chrysostomi*). Y por último, revela «el río de agua viva... que brota del trono de Dios y del Cordero» (Ap 22,1), uno de los más bellos símbolos del Espíritu Santo (cf. Jn 4,10-14; Ap 21,6)<sup>204</sup>.

En la visión del Apocalipsis están los ángeles, los santos y las tres divinas Personas..., pero también nosotros. Nos sabemos incluidos en ella, y no solo nosotros, los más modestos miembros de la familia de seres espirituales, sino la creación entera, también la inanimada. Todo confluye ahí, para glorificación del «que está sentado en el Trono», glorificación que realiza el Cordero inmolado y que resulta la explosión de Amor y de gloria que nos abre el acceso al Padre.

«Recapitulados» en Cristo, participan en el servicio de alabanza de Dios y en la realización de su designio: las Potencias celestiales (cf. Ap 4-5; Is 6,2-3), toda la creación (los cuatro Vivientes), los servidores de la Antigua y Nueva Alianza (los veinticuatro ancianos), el nuevo pueblo de Dios (los ciento cuarenta y cuatro mil, cf. Ap 7,18; 14,1), en particular los mártires «degollados a causa de la Palabra de Dios» (Ap 6,9-11), y la Santísima

Madre de Dios (la Mujer, cf *Ap* 12), la Esposa del Cordero (cf *Ap* 21,9), y finalmente «una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (*Ap* 7,9)<sup>205</sup>.

Intentemos, pues, en cada Misa, advertir dónde estamos exactamente. Quizá nos hará falta tiempo, recogimiento, fe, piedad... y la asistencia del Espíritu Santo para incursionar en la celebración celestial. Pero no dejemos de pedir la luz que nos haga advertir la enorme riqueza de nuestra Misa. Estamos precedidos y guiados por la Liturgia celestial. No vamos nosotros primero, sino que allá, en la Iglesia del Cielo, se está celebrando la Misa en la que nosotros participamos aquí abajo. A nosotros, que estamos sumidos en la miseria de nuestra condición mortal, nos ha sido dada la gracia de unimos al prodigio que tiene lugar en presencia del que está sentado en el Trono, y del Cordero inmolado. «...En esta Liturgia eterna el Espíritu y la Iglesia nos hacen participar cuando celebramos el Misterio de la salvación en los sacramentos»<sup>206</sup>.

SAN JUAN PABLO II, *Ángelus*, 3 de noviembre de 1996.

«Cuando llegó su Hora, (Cristo) vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre... Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1085).

MISAL ROMANO, Plegaria Eucarística I.

Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 8.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, 436.

*Apocalipsis* 4,2.4.

*Id*, 4,9-11.

*Id*, 1, 13.

*Id* 5, 12-13.

SCOTT HAHN, *La Cena del Cordero*, Rialp, Madrid 2008, p. 23.

*Id*, p. 29.

*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1137.

*Id*, n. 1138.

*Id*, n. 1139.

San Josemaría Escrivá de Balaguer

# Amar al mundo apasionadamente

Con un Prólogo de Mons. Javier Echevarría  
y un Análisis del Prof. Pedro Rodríguez



RIALP

# Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

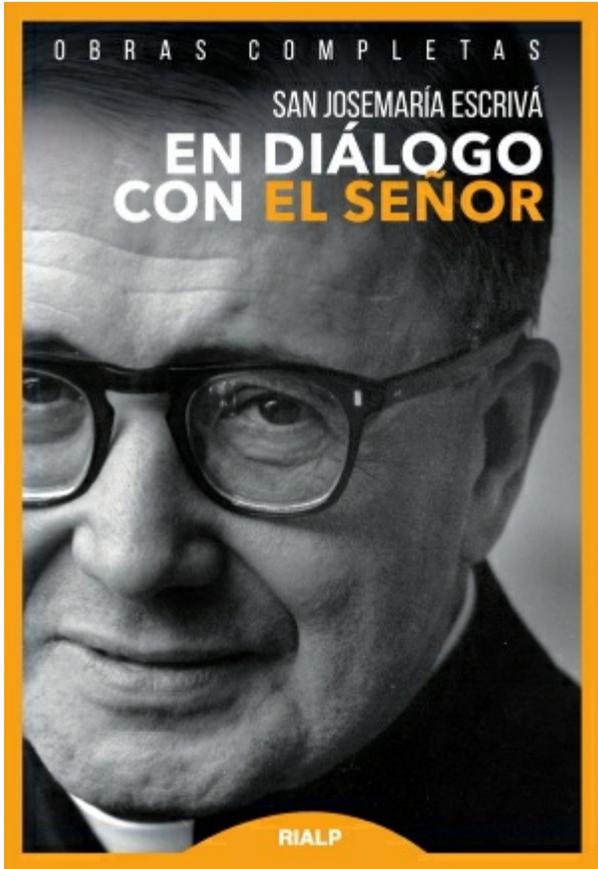
9788432141812

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. En esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975.

Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn

21.ª edición

# ROMA DULCE HOGAR



Nuestro camino  
al Catolicismo

RIALP

# Roma, dulce hogar

Hahn, Scot

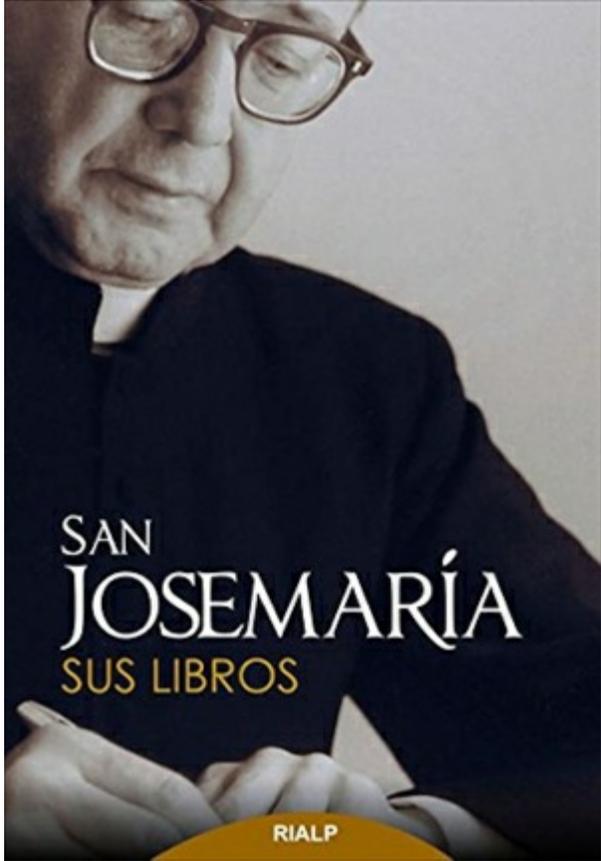
9788432150098

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn -un matrimonio norteamericano- ofrecen el testimonio cálido, alegre y realista de su conversión al catolicismo. Formados en la Iglesia presbiteriana, inician una peregrinación espiritual que transforma toda su vida; es un camino de búsqueda de la verdad y adhesión a la voluntad divina, que culminó en la inmensa alegría de ser recibidos en la Iglesia católica. Desde entonces, los Hahn ofrecen charlas por todo su país y graban cintas que se difunden por el mundo entero. Miles de personas han podido así conocer tanto su experiencia, como las verdades y la belleza de la fe católica. Éste es el relato de su historia, y atrae al lector desde el comienzo. Es una motivadora invitación a tomarse más en serio la fe, a vivirla de forma más plena, y a compartirla con los demás. La edición original en inglés se ha traducido a otras muchas lenguas, como el francés, el italiano, el alemán o el chino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# San Josemaría. Sus libros

Escrivá de Balaguer, Josemaría

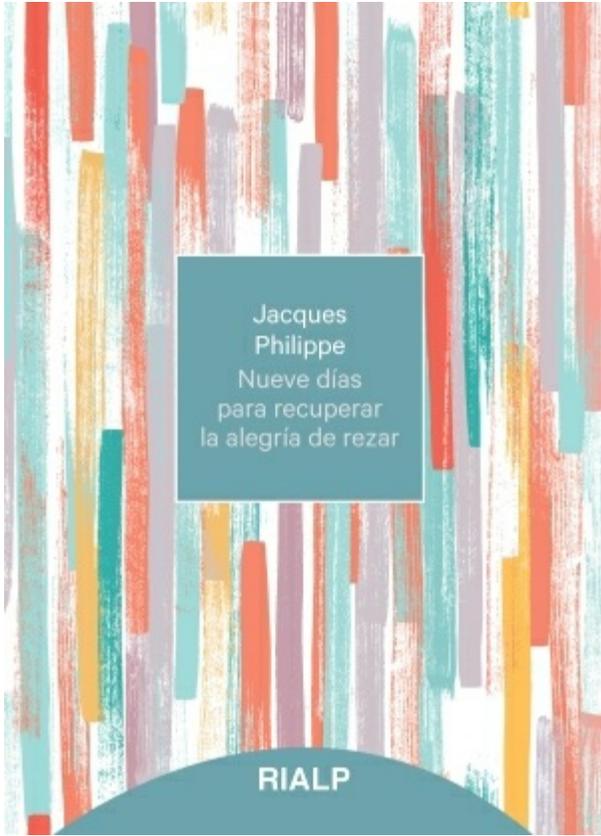
9788432144950

3021 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), sacerdote, fundó el Opus Dei en 1928 y fue canonizado por Juan Pablo II en 2002. Sus libros han sido traducidos en numerosas lenguas, y siguen reeditándose en todo el mundo (Camino , el primero de ellos, supera ya los cinco millones de ejemplares, en más de 50 idiomas). San Josemaría. Sus libros reúne en un solo libro digital sus escritos (Camino, Surco, Forja, Es Cristo que pasa, Amigos de Dios, Santo Rosario, Via Crucis y Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer), e incluye un índice general por materias y un índice de búsqueda de comentarios a textos del Antiguo y Nuevo Testamento en todos sus libros.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jacques  
Philippe  
Nueve días  
para recuperar  
la alegría de rezar

RIALP

# Nueve días para recuperar la alegría de rezar

Philippe, Jacques

9788432150869

78 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La oración transforma la vida del cristiano. Aporta alegría, luz, fuerza, energía. Pero a menudo, a pesar de la buena voluntad, percibimos que rezamos poco o lo hacemos con poca fe. En esta brevísima guía de oración, el autor, traducido ya a más de veinte lenguas, sugiere un camino para rehacer la propia interioridad: buscar diez minutos diarios de retiro, en casa, en el metro o donde se pueda, y orar. Se dirige a gente que apenas dispone de tiempo, y les ofrece, también de la mano de los santos, una valiosa escuela de oración. Jacques Philippe es sacerdote francés de la Comunidad de las Bienaventuranzas, y autor de numerosos libros de espiritualidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

Prólogo	7
I. Ir a misa, estar en misa, participar en misa	8
Coincidir corazones	9
Víctima con la Víctima, hostia con la Hostia	9
Algunos obstáculos para la participación	11
II. Descifrar el alma de las cosas	16
Abrirse al misterio	16
Pero... ¿cómo desentrañarlo?	17
Lo simbólico no es coyuntural sino constitutivo	18
Un necesario reaprendizaje	19
El requisito de la humildad	21
El alma de las cosas	21
III. Arribar, ubicarse, comenzar	30
Las disposiciones previas	30
¿Qué hacer al ingresar al recinto sagrado?	38
¿Cómo caminar dentro del templo?	39
La señal de la Cruz	39
Dolor de corazón	40
Gloria in excelsis Deo	41
La Oración colecta nos ubica	43
IV. «Dame, Señor, un corazón que escuche»	46
Iglesia de la palabra y de los sacramentos	46
La palabra de Dios como causa de la gracia	47
También la participación corporal	48
Creo y confieso	49
Invertir el orden	50
Una «novedad» que nos remonta a los orígenes	50
¿Ocasión de crítica?	51
V. La plegaria eucarística	54
¿Cómo vivir mejor el Ofertorio?	54
El sentido de la Oración sobre las ofrendas	57
Preludio de la gran acción sacrificial	57

El clímax del Drama	59
VI. La víctima se nos devuelve	65
El Padrenuestro	65
¿Consejos para comulgar bien?	66
La bendición final	73
VII. María... ¿en misa?	76
Recibimos a María en cada Misa	76
María en la Comunión	77
VIII. De misas a misas	80
IX. Detalles puntuales	84
Epílogo: La Liturgia Celestial	87
El sacrificio se va a la eternidad	87
La visión del Apocalipsis	87